
UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

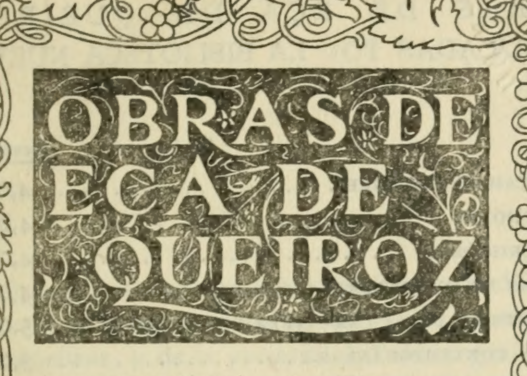
CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PARÍS

TRADUCCIÓN DE ANDRES GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA



CARTAS FAMILIARES
Y BILLETES DE PARIS



CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PARIS

TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

	Pesetas
UNA CAMPAÑA ALEGRE	4,00
SAN ONOFRE	4,00
SAN CRISTÓBAL	4,00
CARTAS DE INGLATERRA	4,00
EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CINTRA	5,00
NOTAS CONTEMPORÁNEAS	5,00
ECOS DE PARÍS	4,00
PROSAS BÁRBARAS	4,00
CUENTOS	4,00
CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PARÍS	4,00
ÚLTIMAS PÁGINAS	4,00

Establecimiento Tipográfico «El Adelantado de Segovia»

I

Aunque parezca extraordinario, dada la difusión de sus obras por los países de lengua portuguesa y castellana, y de la universalidad de su genio que irradia por toda la literatura europea del siglo xix, bañándola con luz propia y original, puede afirmarse que el gran novelista lusitano Eça de Queiroz apenas ha merecido de sus compatriotas un estudio de conjunto.

Fuera de la semblanza admirable, pero demasiado concisa y poco nutrida de datos concretos de su vida que él, por su calidad de amigo íntimo, había de conocer como pocos, que Ramalho Ortigão escribió un día a instancias del director del *Diario Ilustrado* y que recopiló luego en el volumen II de As Farpas; fuera del estudio demasiado prolijo y difuso de José Sampaio (Bruno), atiborrado de lecturas y poco saturado de buen gusto y de espíritu de artista; fuera del admirable capítulo IV que en su magnífica *Historia da litteratura realista* (1875-1900) el doctor Fidelino de Figueiredo le consagra, tributo de un admirador a la vez apasionado y consciente; fuera de la evocación emocionada

que le dedicó, con más solicitudes de amigo devoto que agudezas de crítico sagaz, el señor Jayme Batalha Reis, y que sirvió de introducción a la edición póstuma de Prosas Bárbaras (1.ª Edicão, Porto, 1903; 2.ª Edicão, Porto, 1913); fuera de las breves indicaciones críticas de Moniz Barreto en su estudio sobre la literatura portuguesa contemporánea (en la *Revista de Portugal*, año I, volumen I, número 1.º) apenas si ha merecido especial atención de la crítica esta individualidad poderosa de artista, «tan luminosa y tan transparente —como escribe João Chagas— que muy pocas habrá capaces de estimular la curiosidad de los investigadores del arte».

Y es que, como el mismo crítico hace notar, Queiroz «fué indudablemente poco conocido, y de ahí que haya sido poco estudiado». Su existencia de funcionario remoto le alejaba del conocimiento de sus compatriotas, y su temperamento demasiado preocupado de su arte, le distanció del ambiente positivo y práctico que la etapa del *regeracionismo*, del cual fué alma Fontes Pereira de Mello (1), había instaurado en Portugal.

(1) Oliveira Martins ha descrito admirablemente a este Fontes, órgano de los hombres nuevos, de los hombres de la generación del 68 en política, portadores de lo que se llamó *regeneracão*, de los coevos de Anthero de Quental, Oliveira Martins y Eça de Queiroz. Oliveira era el más político y el más clarividente, respecto a psicología de sus con-

Sobre Camillo Castello Branco se ha escrito mucho y se ha fantaseado mucho. Pero no dependía esto del mayor aprecio que por su literatura sintieran sus compatriotas, sino también del ambiente de leyenda que le rodeó y de la época romántica en que ha vivido. Oliveira Martins dijo exacta y plásticamente de Camillo, que había hecho de su vida una novela de caballería andante. Sobre Camillo escribió el señor Alberto Pimentel un libro—*Os amores de Camillo*—que casi podría titularse la formación de un mito. Camillo tenía reputación bien ganada de bravucón, era *brigao*, duelista, espadachín; aún no había publicado su obra maestra, al menos la que le ha dado más nombradía en su patria, *Amor de perdicao*, y ya se hablaba en todo el país de sus botas

---

ciudadanos, entre todos sus amigos. He aquí cómo describe a Fontes: «imperialista por temperamento, ingeniero por educación, aliteratado por un resto de romanticismo y por índole portuguesa; por lo demás, sin malicia, prosáicamente creyente en la limitada capacidad ideal de las sociedades por no tener genio y por obedecer a las corrientes de su época.» Luego añade, que «este nuevo Antony de la locomoción a vapor *(este novo Anthony da viação a vapor)*, perfumado, bien vestido, árbitro de la moda *(leão da moda)* llevaba expresado en el rostro el retrato del romanticismo nuevo... Don Pedro V le puso de apodo Don Magnífico». (PORTUGAL CONTEMPORÁNEO, tomo II, cap. III, § I, página 360; 2.ª edición enmendada; Livraria Bertrand; Lisboa, 1883).

altas, de su chambergo y de su revólver. Sus aventuras en la calle y su desorden doméstico contribuyeron casi tanto a popularizarlo como sus libros. «Camillo, en una palabra, estuvo en la cárcel. Eça de Queiroz nunca estuvo en la cárcel. Nunca bravuconeó, nunca usó botas altas, ni chambergo, ni revólver (1).»

«De su persona, de sus hábitos, de su modo de trabajar, de sus *tics*, poco o nada se sabía—añade el mismo crítico, admirador fervoroso de Eça.—Viene a Lisboa de escapada... No va a teatros ni a cafés, ni se recuesta en los mostradores de las tabaquerías, ni se detiene a leer un periódico en una esquina, en una mañana de sol... Cuando Lisboa curiosa procura conocerlo, marcha y es de nuevo, vagorosamente, Fradique Méndes.»

Tal es la explicación dada por un hombre tan veraz y sincero como João Chagas, de la generación posterior a Fradique Méndes—a ese Fradique Méndes que tan admirablemente encarnó bajo ciertos aspectos en la persona de Eça de Queiroz—del desconocimiento o más bien de la indiferencia que por la persona y actos del autor de A Reliquia sintió el público portugués de su tiempo. Aun los que más admiraron su obra, se desentendieron de estudiar

(1) *Vida Litteraria*, por João Chagas; págs. 163 y 164. (Coimbra 1906.)

su personalidad reflejada al través de esa obra. Es cierto que en Eça de Queiroz, la obra vale infinitamente más que la vida, por muy interesante que ésta hubiera sido; pero es evidente también que al público portugués, supersticioso de lo que deslumbra y brilla, amante del relumbrón y del oropel, público-alondra, público de relampagueo, superficial, espectaculoso y meridional, no podía sentir interés por la vida de este funcionario en apariencia oscuro, que se limitó a cumplir modestamente sus cometidos consulares, sus deberes con el Estado, y que al venir a Lisboa, pasaba inadvertido, siendo simplemente un *janota* más en un país donde tantos hay, un hombre elegante en una ciudad donde todos los hombres lo son en grado sumo.

II

Explícase así la anomalía de que haya tan pocas y tan mezquinas biografías de Eça de Queiroz, pues no puede considerarse como tal una obra tan difusa y atiborrada de superfluidades *balôfas* como la de Antonio Cabral: *Eça de Queiroz: A sua vida e a sua obra; Cartas e documentos inéditos* (Lisboa 1910)--que por su enfatismo, por sus vaguedades, por su estilo rimbombante y almidonado, ha merecido en las tertulias literarias de Lisboa el gráfico aunque cruel remoquete de «la venganza del Consejero Acacio»—

pues realmente Cabral escribe en el pomposo estilo en que el inmortal Consejero Acacio escribió aquella su famosa *Descripção das principaes cidades do reino e seus establecimentos*, de la cual leyó fragmentos, *velis nolis*, a sus convidados en aquel memorable día en que festejaba su nombramiento para el grado de Caballero de la Orden de Santiago...

Tampoco biografías, ni aun en resumen, pueden considerarse datos sueltos y dispersos, notas espaciadas aquí y allá en obras tan excelentes como la de Alberto d' Oliveira: *Eça de Queiroz (Páginas de memorias)*—Lisboa, 1918;—en una interesantísima obra de Carlos de Magalhães: *homens e livros;* (Garnier Livreiro-Editor; París, 1902); las notas ásperas de Bulhão Pato en sus *Memorias;* y las no muy gratas de Silva Ruto: *Controverças e estudos litterarios.* Una biografía, completa, total, harmónica, de conjunto, no existe en Portugal acerca de Eça de Queiroz, de quien hay por lo demás copiosa bibliografía en cuanto a la crítica de sus obras.

Hay detalles y datos biográficos en la *Introducción* de Batalha Reis, en el libro crítico del señor Figueiredo, en las *Cartas de Portugal* de Cámara Reis, en *Coisas de agora* y *Alguns homens* de la señora doña María Amalia Vaz de Carvalho en libros y artículos de João Chagas, Arnaldo Fonseca, Raul de Azevedo, Alfredo Pimenta, etc.; pero no hay una cabal y comprensiva biografía. Se anunció la publi-

cación de su *Correspondencia* completa, que hubiera sido tan interesante para el público portugués y castellano como lo fué la de Flaubert para el público francés y aun para el universal; y solo se lograron publicar algunas cartas en el libro de Antonio Cabral—algunas, por lo demás, muy interesantes como las dirigidas a Oliveira Martins, al conde de Sabugosa y al conde de Arnoso—y otras cuantas que este ilustre prócer, dedicado amigo del gran novelista, desperdigó por periódicos de Portugal.

¿Es que Eça no ha interesado nunca fundamentaltalmente al público portugués? Yo voy creyendo en ello y en tal presunción me confirman unas palabras del mencionado João Chagas en otro de sus libros. «Ahí tienes, por ejemplo, para hablarte de un contemporáneo relevante —Eça de Queiroz—. Sé tu devoción por el preciado artista para que añada a su nombre una palabra más. Muy bien. Pues Eça de Queiroz, por monstruoso que ello te parezca, no es un buen negocio de librería. Hácense limitadas tiradas de sus libros, y pasan largos y morosos años antes de que desaparezcan de las librerías. A mí me sucedió ver expuesto en un escaparate de un librero de la Baixa un ejemplar de El Primo Basilio, que de una tan larga exposición amarilleaba en vano, esperando un comprador. Un día entré en la librería y lo compré, no porque lo necesitara, sino para rescatarlo de su injusto olvido... Comprelo en un mo-

mento de pundonor patrio. En realidad no lo compré; lo rescaté. Eça es fundamental. Una sociedad que no se apodera de semejante escritor febrilmente está al margen de las bellas letras.» (POSTA RESTANTE, págs. 167-168; Lisboa, 1906.)

Algún detalle curioso nos da Chagas, su admirador idólatra, de su figura física y de sus *tics* cuando nos dice que por ese tiempo—cuando él le conoció, en plena gloria, en 1889, después de Os MAÍAS y de A RELIQUIA—, venía a visitar Lisboa de cuando en cuando, para reunirse con sus amigos, los gloriosos caballeros que por buen humor y por mofarse del vulgo se llamaban a sí mismos *los vencidos de la vida*, afirmando que era Eça de Queiroz «un bulto alto y flaco donde brillaba el vidrio de un monóculo».

Otro detalle curioso nos lo da Augusto de Castro en su ameno libro de crónicas ligeras *(Fumo do meu cigarro*, págs. 174 y 175; 4.ª edición, Lisboa, 1919), cuando nos cuenta que Eça de Queiroz no sabía andar y que preguntando a Ramalho, que tan fervoroso decidido era del paso gimnástico y de la agilidad de movimientos, cómo no había enseñado a su amigo Eça a andar bien —ya que Ramalho proclamaba que uno de los grandes defectos del portugués, del cual provenían sus defectos de conciencia y de cuerpo, era el no saber andar— el viejo maestro, fuerte como un roble, contestóle: Efectivamente; Queiroz no andaba, trotaba.

Albino Forjaz de Sampaio, en una de sus crónicas incisivas y preñadas de virulencias, así como de observaciones finas y de erudición, que me recuerdan tanto a nuestro Bonafoux y aun un poco al malogrado Prudencio Iglesias Hermida, nos dice cómo Queiroz tenía sentido de la realidad y cómo era hasta algo comerciante, dando lecciones de negocio editorial a Mariano Pina su amigo, que con él quería hacer una revista (1).

Con este motivo Forjaz de Sampaio, que sobre sus dones de satírico y de acerbo, tiene el don supremo de la admiración, junto con una gran facultad de archivero, curiosidad de rebuscador de papeles y legajos viejos, publicó una carta de Eça de Queiroz a Mariano Pina, fechada en Bristol a 24 de Mayo de 1885—y en la cual se excusa de haberle enviado un articulillo tan flojo y desmayado sobre Víctor Hugo para A ILLUSTRACAO (2) y habla del proyecto que por aquellos días tuvo de publicar un pequeño folleto sobre Víctor Hugo, proyecto que al punto abandonó porque «nada tendría que decir de muy nuevo y de muy profundo...» Por otra parte «el tiempo de escribir, de imprimir, de revisar ese folleto, haría que apareciese en Portugal cuando la emo-

(1) Véase el libro *Grilhetas*, págs. 87 a 110. Lisboa.

(2) Ha sido traducido y publicado por mí ese artículo en el volumen NOTAS CONTEMPORÁNEAS (Biblioteca Nueva; Madrid, 1921).

ción de la muerte del Hombre estuviese ya embotada, si no extinguida...». En 7 de Junio del mismo año vuelve a escribir a Mariano Pina y vuelve a decirle lo mismo, aproximadamente, que le dijo en la carta anterior y que dice en su artículo sobre Víctor Hugo. «Yo deseé enviarle, en reconocimiento de sus amabilidades, una pequeña cosa sobre Hugo. Pero confieso que habiendo cogido la pluma, no encontré en ese momento nada que decir de original y de justo... Yo, como usted sabe, soy un hugólatra, tengo la pasión del maestro; y en esos días después de la muerte de él no me sentía capaz de criticarle, sólo de echar flores sobre su ataud. Ahora bien, en esto no había interés para el público; flores era lo que todo el mundo estaba echando sobre el catafalco de los *Champs-Elysèes* con más o menos sinceridad; y flor más o flor menos nada importaba para el brillo de la apoteosis... Lo que sería interesante sería un estudio sobre la influencia de Hugo en mi generación, no diré ya sobre la humanidad, eso me había de llevar muy lejos; — ahora que precisamente la serenidad crítica para tal estudio es lo que me faltaba. Y faltó a todos los hugólatras. Guerra Junqueiro, otro fanático, en el discurso que hizo en la procesión de homenaje que Porto celebró, yendo en masa a coronar, en la Plaza de Boa-Vista, el busto de Hugo (lo cual, dicho sea de paso, honra mucho a Porto) no encontró nada que decir, sino que era una encina gigante

a la sombra de la cual se sentaba la Humanidad... Y no pasó de aquí. No son puntos de vista ni elocuencia para expresarlos lo que falta al amigo Junqueiro. Pero ¿cómo?... Es un hugólatra como yo y delante del hombre muerto se nos fué la idea y la frase. Sólo sabríamos agitar las palmas verdes de la apoteosis...»

En la misma carta rebate algunas apreciaciones falsas acerca de Inglaterra, de un hoy ignoto Abel Accacio y del propio Mariano Pina, a quienes vitupera por su equivocado concepto del pueblo inglés que estiman, según el cliché convencional, como un pueblo sólo compuesto de piratas y de comerciantes... «Las ideas de él sobre Inglaterra no son menos singulares. Y a este propósito déjeme decirle que usted también, a propósito de Inglaterra, tiene a veces la opinión *chauviniste* del *boulevard*. El francés, que odia a Inglaterra, *afecta* considerarla solo como un país comercial, sabiendo en el fondo perfectamente que es un gran país intelectual. Pero esto es en el francés solamente antipatía de raza, que en su exageración, *finge ignorar* las grandes cualidades de la nación rival. Solamente que usted y otros muchos toman esto en serio e imaginan que Inglaterra no exporta, sino calzado y carbón... Inglaterra exporta, sobre todo, *ideas*. Y la mayor parte las exporta para Francia. La ciencia está ahí viviendo de la idea de evolución, que para allá exportó Darwin que es inglés... La filosofía ahí está viviendo de las ideas que

para allá exportó Herbert Spencer, que es inglés. La política está viviendo de la idea del oportunismo que para allá exportó Inglaterra. Daudet es un discípulo de Dickens. El naturalismo en pintura, sobre todo en el paisaje, es otra exportación inglesa. La economía política está viviendo de lo que para allá exportó Stua rt Mill... Uno de los primeros novelistas del siglo es Jorge Elliot; uno de los primeros críticos, Ruskin, etc., etc. El papel no da para más, pero podía llenar más hojas... *Yo detesto a Inglaterra, pero eso no impide que sea, como nación pensante, tal vez la primera...*» (Bristol, a 7 de Junio de 1885).

En otra carta a Mariano Pina, datada en Bristol a 28 de Agosto de 1887, le envía las gracias por la tunda que dió al periodismo con motivo de A Reliquia, pero añade con ironía y escepticismo estas frases agudas e hirientes: «...En ese su vigoroso y vibrante ataque hay alguna injusticia; y por esta razón: porque la prensa en Portugal, tal como está organizada, tiene tanto que ver con la literatura como las figuras del arco de la Rua Augusta tienen que ver con la escultura. Un periódico en Lisboa es hoy una hoja particular volante donde un político defiende sus intereses e injuria a los que tienen intereses distintos; y como es necesario llenar el resto de la hoja, se busca en los Ministerios o en la *Baixa* un truhán que le transcriba los resúmenes del *Diario del Gobierno*, las *llegadas* y *salidas*, el parte de la policía y la

lista de la lotería... Un papel de estos tiene tan poco que ver con la literatura como un cartel de toros; y solo se parece realmente a un *periódico* por el formato y por el sistema de venta. Ahora bien, nadie debe pedir cerezas a un castañedo, ni crítica o interés por el arte al *Correio da Noite* o a las *Novidades.*»

Y por fin aparecen tres curiosas cartas de Eça, en que surge el hombre de cerebro equilibrado, el espíritu metódico y práctico de negociante que trata de poner en marcha el proyecto de *Revista Moderna*. En una de esas cartas se encuentra esta frase curiosa en un tan fino artista como Eça de Queiroz: «No tarde en responder sobre la propuesta Chardron... Pero ¡ojo con los números!... Vd. en su carta hablaba como escritor, y escritor que ve con impaciencia las pretensiones de los señores libreros *(qui voit avec impatience les pretentions de messieurs les libraires*, le dice en francés). Sacuda de sí al escritor y que quede solo el negociante...» (Londres, 15 Agosto 1888).

III

Por estos fragmentos de cartas que he transcrito del curioso libro *Grilhetas* de Albino Forjaz de Sampaio, comprenderán mis lectores, a quienes supongo lectores fervorosos y entusiastas admiradores

de Eça de Queiroz, lo interesante que hubiera sido la publicación de una Correspondencia íntegra de Eça de Queiroz—tan interesante por lo menos como lo fué en Francia la publicación de los ocho volúmenes de CORRESPONDANCE de Flaubert.

Durante algún tiempo hubo sin duda el proyecto de publicarla; pero atajaron este propósito escrúpulos de familia y dificultades editoriales.

En defecto de esa Correspondencia tenemos esta colección de cartas y artículos fragmentados que los editores portugueses rotularon CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PARÍS; y aunque yo creo que es impropio e inadecuado el título, lo respeto y hoy traduzco íntegro este volúmen que merece ser conocido y admirado por cuantos han consagrado un culto al genio inmortal del novelista lusitano.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid, Octubre 1923.

PRIMERA PARTE

CARTAS FAMILIARES
Y BILLETES DE PARÍS

JUANA DE ARCO

I

Aconteciόle una desgracia a Juana de Arco. La *Doncella de Orleans*, la buena y fuerte lorena, salvadora del Reino de Francia, fué beatificada por la Iglesia de Roma. Y (sin malicia volteriana lo digo) con su entrada en el cielo está perdiendo el prestigio que tenía en la tierra, y su santidad ya estragó irremediablemente su popularidad.

No había, sin embargo, figura de historia perfeccionada por la leyenda que fuese más popular en Francia que Juana de Arco, «La Pucelle». Tampoco ninguna otra concuerda más estrictamente con los gustos, los ideales y las cualidades mejores de la raza francesa.

En primer lugar, es mujer y moza y rubia y soberbiamente formada como afirman todas las crónicas, desde la «Española» hasta la de Juan de Metz; y esto, desde luego, la debía hacer grata a un pueblo tan sensible como el francés a las gracias e influencias de la hermosura, al pueblo que verdaderamente creó en el culto de la Virgen el culto de la mujer, Reina de Gracia. Después había salido de la plebe, de una familia de labradores de la aldea de

Domremy, en Lorena, que de la servidumbre de los señores de Joinville habían pasado al directo dominio de la Corona; que trabajaban la tierra por sus manos o pastoreaban el ganado mientras ella quedaba hilando junto al hogar con la madre, en una sencillez de vida tan grande, que nunca supo leer ni escribir; y la humildad de este origen naturalmente encantó siempre a la gente humilde, que, en el fondo de la Inspirada, de la compañera del Rey de Francia, encontraba una hermana en ignorancia y en pobreza, cubierta con una mala saya encarnada; una «paupercula bergereta».

Después, su acción en el mundo es de guerrera que asalta las murallas, levanta un pendón y desbarata huestes; y esta es la gloria más popular y amada entre la raza gala, raza de guerra y de ruido, cuyo genio no fué al principio sino impulso y conquista, y que, como dice Estrabon, «es loca por la espada y siempre ansiosa de pelea».

Luego su misión fué expulsar al verdadero enemigo de Francia, al inglés invasor; y ninguna otra podría ejercer mayor prestigio entre un pueblo que conserva como una de las formas del patriotismo la tradicional antipatía por el anglosajón (1). En fin,

(1) Véase en el prólogo de este libro los párrafos que transcribo de una carta a Mariano Pina (fechada en Bristol a 24 de Mayo de 1885), en que viene a decir las mismas frases.—(N. del T.)

tan profundamente francesa es Juana de Arco, que sigue siendo absolutamente francesa aun en aquellos estados de alma que son más ajenos al genio de Francia: los de la alucinación y los de la inspiración mística.

Imagínese una española del tipo de Santa Teresa que recibiese, como Juana de Arco, tan repetidas y visibles visitas del arcángel San Miguel, armado de su coraza de diamantes y transmitiéndole el encargo de Dios: la incumbencia heroica de desbaratar a los enemigos de España.

¿Qué no haría la española? ¡Qué transportes, qué intensidad de pasión desbordada en gritos e himnos, qué arranques de demencia divina...! La doncella lorenesa, rodeada de voces, de claridades celestes, tratada como una hermana por las grandes santas, arrastrada por la voluntad de Dios como por un viento fuerte, permanece muy sencilla, muy prudente, llena de buen sentido, penetrando y decidiendo las cosas de la guerra y del Estado con el propósito sagaz y bien avisado de un consejero que encaneció en los negocios.

Y esto es lo que da a la pobre pastora—«paupercula bergereta»—una tan encantadora originalidad.

Visiones como las de ella, ¿quién no las tuvo en la Edad Media? Francia, aun en tiempo de Juana, estaba llena de inspirados que conversaban con Cristo,

sudaban sangre y arrastraban multitudes por el encanto de sus predicaciones o por la evidencia de sus milagros. Mujeres empuñando una lanza, combatiendo en los asedios, derrotando astutos capitanes, tampoco eran raras aun en ese prosaico siglo xv; y contemporáneamente con Juana, las matronas de Bohemia batallaban en las guerras de los Hussitas «como muy feroces diablos», según dice el viejo Montrelet. Inspiradas y amazonas no faltaban; pero lo que ninguna tenía como Juana era el serio juicio en medio de la alucinación mística, y la dulzura y la bondad tiernas en medio de los choques y de la brutalidad de las armas. Esta es su privilegiada originalidad. Y ella fué la que le atrajo esa espléndida popularidad de patrona nacional.

Esta gloria de Francia no permaneció siempre, sin embargo, intacta y refulgente. Y bien se puede afirmar que, a raíz de su rehabilitación por Calixto III, y como si Francia hubiera saldado su deuda con la pastora que por ella había vivido y sufrido, Juana de Arco comenzó a ser olvidada. Su memoria debía ser hasta importuna a la Corona y a las clases nobles. Haber recibido un trono, y un trono hereditario, de las manos de una guardadora de ovejas, nunca puede ser agradable para una antigua Casa Real. El clero no tenía sino interés en que gravitase un pesado silencio sobre aquella santa que él había quemado, por uno de esos engaños tan frecuentes

en los cleros constituídos desde el pavoroso engaño del Gólgota. Y entonces el pueblo en Francia aún no existía como pueblo francés; era sólo un agregado de pueblos diferentes, sin comunión de sentimientos de donde naciese un culto patriótico por quien tan apasionadamente había trabajado en la unidad de la patria.

Creo, en verdad, que cuando el último de aquellos capitanes ingleses, para cuya expulsión ella se armaba a la voz de Dios, dejó el suelo de Francia, ya sólo era recordada Juana con amor por algún obscuro siervo de su aldeíta de Domremy o por algún agradecido burgués de esa Orleans que ella había salvado.

Los poetas del siglo XVI aún cantan, sin embargo, a la virgen lorenesa; mas a través del naturalismo pagano del Renacimiento aparece con rasgos lamentablemente deformados. ¡Ya no es la dulce y cándida virgen cristiana iluminada por Dios para sacar de su angustia y de su dolor al pobre reino de Francia, sino una valiente amazona, que amaba la sangre y la guerra y corría a ella por el mero y brutal deseo de destruir...! Así la representa un poeta de la época, armada, como una Diana, de arco y de flechas, y toda consagrada al homicida Marte.

Para el ilustre Malherbe (1), Juana es un Hércules

(1) Uno de los primeros poetas clásicos franceses que en el siglo XVI formaba escuela —la escuela del buen gusto

femenino, un formidable Hércules hazañudo, cuya violenta muerte llega como una conclusión natural de violentas aventuras, y que:

ayant vécu comme un Alcide
devait mourir comme il est mort (1).

Así desfigurada por el Renacimiento, la doncella lorenesa conserva, no obstante, una cierta grandeza heroica. Está convertida en un virago, del tipo truculento de nuestra panadera de Aljubarrota; pero aún se impone por la fuerza, por la bravura, por el patriotismo. Llega, sin embargo, Chapelain. Conocéis de fijo a Chapelain, el único hombre, desde que hay hombres, educado cuidadosa y expresamente por la familia para ser un poeta épico. Y fué, en efecto, un poeta épico; y de todos los poetas, en todos los tiempos, el más estúpidamente fastidioso y ridículo. El asunto de su enorme poema fué (infelizmente para ella) la infeliz Juana de Arco. Un segundo proceso de condenación no habría sido más funesto a la buena libertadora del reino de Francia que esta mediocre epopeya que la sublimaba.

---

y del buen sentido, tan franceses – frente a los un poco italianizados poetas de *La Pléyade*, acaudillados por el inquieto Pierre Ronsard.—(N. DEL T.)

(1) «Habiendo vivido como un Alcides (Hércules) debía morir como ha muerto.»—(N. DEL T.)

La hoguera atizada en la plaza de Rouen sólo la mató; pero el poema de Chapelain hizo su memoria perfectamente risible. Con tan difusa y patética ñoñería celebró este hombre cruel durante treinta interminables cantos la virginidad de Juana, que nadie más después pudo pensar en esa virgen sin sentir la tentación de burlarse de su virginidad. El poema era tan tonto que pedía represalias. Fué Voltaire quien se encargó de esas represalias en esa famosa y conocida bufonada a que dió el mismo nombre de la epopeya de Chapelain: *La Pucelle.*

Voltaire hizo mal, y seguramente hoy, si resucitase, reconocería con remordimiento que la virgen exaltada y victoriosa que restituyó la tierra de Francia al Rey de Francia, merecía algo más que la broma rutilante de un satírico genial. Es un error, sin embargo, suponer, como pretenden ahora los católicos y los patriotas, que ya en la época de Voltaire su gran facecia sobre la buena doncella lorenesa había sido reprobada. ¡Por el contrario! Todo el siglo XVIII aplaudió la facecia; y la concepción de una Juana de Arco soez y libertina fué considerada como perfectamente racional. Las personas más graves saboreaban y sabían de memoria cantos enteros de *La Pucelle*, de Voltaire. El virtuoso Malesherbes mismo, pesadísima columna de respetabilidad, acostumbraba a recitar con gusto algunos de los trozos más picantes de este divertido poema. Era una idea

general entonces, por todos recibida, que sólo se podía hablar de la doncella lorenesa bromeando.

II

A nuestro siglo romántico y novelesco, sensible y simpático a todos los complicados y exaltados estados de alma, lleno de una piedad filial por el pasado y ansioso de espiritualidad, correspondía emprender la rehabilitación de Juana de Arco. Ya Chateaubriand en su majestuoso paseo á través de la historia de Francia, al encontrarse con Juana de Arco, arroja a sus pies algunas maravillosas flores de elocuencia, como las sabía producir ese mágico renovador del estilo y de la imaginación.

Pero la verdadera rehabilitación fué hecha realmente por Michelet, en tres o cuatro capítulos de la *Historia de Francia*, que fijaron la belleza y la grandeza moral de Juana. La figura que Michelet impone a nuestra adoración no es rigurosamente histórica. Como siempre, aquel vidente de la historia idealiza y simboliza con exceso de pasión. *La Pucelle* no era exactamente esa pastorcita toda inocencia y bondad, tímida y pensativa, murmurando sólo sublimes palabras de caridad y de ternura divina, llena de horror por la violencia y por la sangre, tan angélicamente pacífica en medio de la guerra, que llevaba una bandera o un bastón para que sus manos cándidas ni si-

quiera tocasen la espada que hiere y mata. Todos los testigos contemporáneos nos narran otra Juana bien diferente y tal vez más interesante por ser más humana.

La virgen lorenesa, sin tener nada de la *virago* que cantaron los poetas de la Pléyade, era una vigorosa y corpulenta moza, alegre, casi holgazana, sin timidez, de una gran audacia de palabra y de acción, llena de confianza en sí misma y en su misión, y no desistiendo a veces de una buena y dura pelea. Es de ver cómo se permite gracejos con Roberto de Baudricourt, capitán de Vaucouleurs, a quien vino a pedir salvoconducto y cartas credenciales para presentarse a Carlos VII. El bravo capitán, con su burda y tosca malicia de cuartel, se burla de la moza por escoger la carrera de las armas en lugar de casarse honestamente en su aldea con un guapo mocetón que le haga hijos bonitos. A lo que *La Pucelle* responde al punto con agudeza y desenvoltura alegre:

—¡Más tarde, más tarde! ¡Cuando haya realizado todo lo que Dios me manda, entonces pienso tener tres hijos, y el primero ha de ser papa, el segundo emperador, y el tercero tal vez rey...!

El buen capitán acude con redoblada chunga:

—¡Hombre! ¡Entonces, quiero ser el padre de uno de ellos! Pues si han de ser personas de tan gran jerarquía, así me gano protector para la vejez.

Y la doncella lorenesa replica con singular finura:

—¡No, no, gentil Roberto...! ¡Quien los ha de hacer es el Espíritu Santo...!

¡Linda réplica! Pero ¡cuán lejos estamos de la virgen timorata y cándida de Michelet!

En cuanto a su caritativo horror por la guerra y por la sangre, es cierto que ella dijo más de una vez y con sincero dolor, «¡que nunca vió derramar sangre francesa sin que se le pusiesen los cabellos de punta...!» Así era con la sangre francesa; pero su compasión disminuía considerablemente cuando se trataba de sangre de borgoñones o de ingleses. En el cerco de Orleans, su intendente Aulon cuenta que la vió acuchillar al enemigo *formidable* y *rudamente.* En el asalto al bastión de Saint-Loup, Juana planta su estandarte en los fosos; los ingleses, que están dentro y son unos trescientos, ofrecen rendirse si se les promete salvarles la vida; Juana se niega, gritando «¡que los ha de degollar uno a uno!»... Son agarrados y uno a uno pasados a filo de espada. Ella misma habla de cierto machete arrancado a un prisionero borgoñón, y del cual gustaba de servirse por ser muy cómodo y ancho para el *buen golpetazo.* Lo que demuestra que si la valiente virgen no siempre acuchillaba, por lo menos siempre *golpeaba.*

Por lo demás, golpear con un palo, un recio bastón que, según la moda de la época, siempre llevaba en la mano, era para ella uno de los hábitos más espontáneos en días de acción y de presa. Ninguno de

estos rasgos rebaja a la doncella; al contrario, la hace más conmovedora porque la muestra más real.

En cuanto a la castidad, era perfecta y absoluta. Su heroísmo, el origen celeste de su virtud, casi la hacían asexual. Los rudos hombres que la rodeaban (como ellos mismos cuentan) no sentían delante de ella ni la fugitiva picadura de un vago deseo, a pesar de su belleza robusta y sobremanera apetecible. Sólo su valor les hacía recordar que Juana era una mujer, para admirarla más extrañamente.

El Duque de Alençon, el más hermoso de los caballeros que la seguían, y su preferido, como sobrino del Duque de Orleans, a cuya causa ella se había consagrado, cuenta que muchas veces había dormido al lado de Juana, debajo de la misma tienda de campaña, y la había visto despojarse de la armadura y mostrar lo que la coraza escondía *(videbat ejus mammae quae pulchrae erant)* (1). sin que le importunase un mal deseo de carne y de pecado. ¡Por el contrario! Dormía más serenamente por sentirse bajo una protección angélica. Y si ella para los hombres era tan poco mujer, para ella los hombres con quienes vivía promiscuamente, mozos, galantes y bravos,

---

(1) La frase latina entre paréntesis (que Eça de Queiroz no traduce por pudibundez) es más gráfica, ruda y expresiva, pues dice así: «Veía sus pechos, que eran hermosos.»—(NOTA DEL TRADUCTOR.)

eran por el lado de la virilidad menos que sombras o abstracciones.

Todos estos rasgos forman una Juana de Arco muy viva, muy real, perfectamente comprensible y del todo adorable. Pero al lado de ésta, Michelet compuso otra Juana de una gracia más frágil, llena de caridad, de la angélica resignación de una mártir; y fué esa la que la Poesía y el Arte y el pueblo escogieron para adorar y celebrar.

Esta popularidad, esta devoción ascendió al máximo fervor después de los desastres del Año Terrible. Francia entonces se asemejaba en cierto modo a la Francia dolorida de Carlos VII, puesto que la mitad de su territorio estaba invadido por el extranjero, y los alemanes de Moltke, como los ingleses de Bedford, acampaban tambien en Orleans.

Y había aún otra lamentable semejanza, y es que en París se batían franceses contra franceses, como en tiempos de los Borgoñeses y de los Armagnacs. Bien natural era que el pensamiento de los vencidos se dirigiese hacia la pobre pastora, que antaño, en días de peligros iguales, había sido la gran salvadora. Pero esta vez no había surgido una doncella inspirada del fondo de Lorena, ni Dios había intervenido por medio de su arcángel San Miguel.

La propia Lorena dejó de ser tierra francesa, y San Miguel parecía estar aliado con los Hohenzollern. Mas por lo mismo que no había sido salvada, Francia

sintió y comprendió mejor la grandeza de aquel alma sencilla y fuerte que antaño con tanta fuerza y sencillez la había salvado. La pena de no tener ya una Juana de Arco y haber para siempre pasado los tiempos en que eran posibles las Juanas de Arco, llevó a este pueblo de imaginación y de sentimiento a amar con un amor renovado y más ardientemente expresado a aquella que antaño había poseído, que fuera una rareza en el mundo y que nunca más podría ser repetida.

A los corazones en los cuales las desgracias habían exaltado la idea de la patria, Juana apareció como la encarnación más bella y más pura de esa idea excelsa.

Francia comenzaba a vivir para la esperanza del desquite y necesitaba una patrona, como Atenas la había tenido en Minerva. ¿Quién podría ser sino la virgen elegida de Dios que antaño apareciera con su rueca en la cintura, y que se ofreciera para ser el supremo instrumento de un desquite milagroso?

Desde entonces nació, sólo desde entonces nació verdaderamente en Francia el culto de Juana de Arco. Culto sin incrédulos y sin herejes. Aquella pastora que, en cuanto devota, era inspirada por el arcángel San Miguel para servir como súbdita al rey Carlos VII, encontró franca adoración aun entre los que tienen por profesión liberal reirse de los arcángeles y abominar de los reyes. La Historia, la Poesía,

el Arte, impulsaron ardientemente la glorificación de la maravillosa doncella. Los dos capítulos de Michelet, impresos en un pequeño volumen popular, se convirtieron en un manual de patriotismo. Los grandes poetas, unos encastillados en la antigüedad mística y clásica, otros dedicados solamente a la modernidad, algunos extraviados por la metafísica, otros obstinados aún en los temas del amor y de sus martirios, no pocos consagrados a un artificio pueril y picaresco, que parece tener relación con la reforma del diccionario, pero que no se sabe realmente a qué tiende, y que se llama *decadentismo*, no se ocuparon de Juana de Arco; y ningún canto verdaderamente bello la desquitó de la ignominia de haber sido cantada por Chapelain.

Los pintores y los escultores resucitaron, sin embargo, con entusiasmo a la buena lorena, unos prefiriéndola en su sencillez emocionante de guardadora de ovejas; otros en su audacia pintoresca de desbaratadora de ingleses. Y como en Francia no hay verdadera gloria sin la consagración del teatro, París aplaudió cada noche a la doncella, presentada magníficamente en melodramas y en pantomimas militares.

Entonces fué también cuando por todos los sitios de la vieja Francia por donde ella pasó, o triunfante o humillada, en Vaucouleurs, en Orleans, en Reims, en Rouen, se levantaron en su honor esos monumen-

tos cuya enumeración cansaría a un tan incansable enumerador de monumentos como el viejo Pausanias. En París, su estatua (¡que es de Fremiet, *el animalista* (1), y bien mediocre por cierto!) no cesó jamás de estar cubierta de coronas, de siemprevivas, de flores frescas, de ramos pequeños de un *sou*, de un céntimo, que allí depositaba la piedad de los humildes. Orleans, ciudad que ella libertó, todos los años celebraba su fiesta cívica. Domremy y la casa en que ella vivió, convertida en relicario, fué un lugar de peregrinación. Y la mayor parte de los tres mil volúmenes que forman hoy la bibliografía de Juana de Arco fueron publicados en este período de fervor.

Todo esto constituye más que la popularidad: es ya un culto. La doncella estaba convertida en Francia en una diosa civil.

---

(1) Claro está que esta frase, no usada en español, pero perfectamente adecuada al genio de nuestro idioma, expresa: el escultor dedicado a la especialidad de reproducir animales en piedra o bronce. Queiroz le da aquí un tono algo despectivo en el sentido de que le cupiera a la heroina de Francia tan poco elevado artista, que sólo a la subalterna tarea de estatuar animales y no héroes, santos o artistas se consagraba.—(N. DEL T.)

III

La Iglesia no podía permanecer ajena a este movimiento nacional. Es verdad que había sido la Iglesia quien había quemado a la dulce Libertadora, y quien después de quemarla, para justificar la hoguera, la calumniara atrozmente, no sólo por su voz, ya recia, sino por la voz, entonces terriblemente dogmática de su hija predilecta, la Universidad de París. Pero verdad es también que, pasados unos treinta años, el ilustre Papa Calixto III, por un rescripto pontifical, ordenara al Arzobispo de Reims que, asistido de dos Obispos y del Inquisidor general de las herejías en Francia, efectuase la revisión del proceso de Juana de Arco.

La primera reunión de este Tribunal apostólico tuvo lugar en París en la catedral de Nôtre Dame. Allí compareció la anciana madre de Juana, toda de luto y bañada en lágrimas, acompañada de sus dos hijos, Pedro y Juan, y de un gran pueblo que lloraba también y clamaba justicia. Estos clamores, estos llantos de una multitud, invadiendo una iglesia, suplicando que se restituya la gracia a un alma condenada, eran frecuentes en la Edad Media y en el siglo XV. Los delegados del Papa no se conmovieron. A lo que parece, incluso llamaron a la madre de Juana a la sacristía para recomendarle que se calmase, que

no suscitase disgustos, ni se extendiese en quejas, tal vez livianas, puesto que, «los jueces que habían condenado a Juana como hereje eran hombres revestidos de altas dignidades eclesiásticas y a quienes no se debía imputar fácilmente dolo o injusticia...» Así habló en la sacristía el Arzobispo de Reims. La hoguera, en ese momento, aún le parecía justa, por ser eclesiástica.

Sin embargo, en obediencia al rescripto pontifical comenzó la lenta y laboriosa revisión del proceso de Rouen. Y en Rouen mismo, un año después, fué proclamada la decisión de los revisores en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Bien podía, al fin, secar sus lágrimas la madre de Juana. La sentencia lavaba a la buena doncella «de toda culpa de impostura, brujería, magia, cisma, sacrilegio, idolatría, apostasía, blasfemia y otras prácticas abominables por las cuales había sido condenada, según los artículos del proceso, los cuales desde ahora quedaban casados, anulados, aniquilados, lacerados, puesto que ellos, revisores, decían, pronunciaban, decretaban y declaraban que tales artículos y procesos estaban contaminados de dolo, calumnia, iniquidad, error, etcétera, etc., etc...»

En fin, con toda esta terrible fraseología volcada en el proceso, la Iglesia apagaba jurídicamente la hoguera que treinta años antes encendiera. El cuerpo puro de la doncella allí quedaba en torreznos en-

tre los tizones de la hoguera, exceptuando el corazón, que, a pesar de los tercos esfuerzos del verdugo nunca quiso arder, y que fué necesario ahogar en el Sena.

Pero el alma (y eso era lo importante en el siglo XV) resurgía de la lumbre, absoluta y limpia. Después, habiendo cumplido este acto, que ella consideraba más de misericordia que de justicia, la Iglesia no se volvió a ocupar de Juana. Sus quehaceres eran considerables; y había otros, justos y sabios y filósofos y profetas, que estaban necesitando atención y hoguera...

Y no creo que durante los siglos siguientes la Iglesia concediese a la doncella un pensamiento. Es natural, pues, que en el siglo XVIII los galantes *abbés* de sotana de satén y polvos de iris en la coronilla, muchas veces leyesen en veladas mundanas los trozos más picantes de *La Pucelle*, de Voltaire, con alegría y con gusto.

Sin embargo, cuando ha veinte años se inició la resurrección patriótica de Juana y comenzó su culto civil, la Iglesia inmediatamente se lanzó en el movimiento con santo calor. Mientras los seglares pedían simplemente, para la buena Lorena, estátuas y fiestas, el clero francés, ascendiendo a los límites extremos de la glorificación, reclamó que fuese canonizada. Aquella a quien el genio nacional estaba prestando homenajes que sólo eran y sólo podían ser de la

tierra, la Iglesia, más rica en Dios, ofrecía luego el homenaje supremo: ¡el cielo...!

En este entusiasmo había mucha sinceridad. Todos los motivos que llevaban a la multitud lega a amar y exaltar a Juana actuaban también en el espíritu del clero, que es sobremanera inteligente y patriótico. Pero a este entusiasmo se mezclaba también mucho interés.

No era conveniente ni útil que en esa historia de Juana, ahora siempre recordada y mostrada constantemente como la maravillosa realización de todas las virtudes francesas, la Iglesia sólo apareciese como perseguidora al lado del verdurgo, con el tizón de la hoguera en la mano evangélica. Por otra parte, convenía que la libertadora del reino de Francia fuese una enviada de Dios, como tal reconocida y venerada por la Iglesia, y que, por lo tanto, en el espíritu del pueblo la idea del desquite nacional se mezclase íntimamente a la idea de la intervención divina.

Y, finalmente, desde que Juana de Arco, otra vez, como en tiempo de Carlos VII, tenía el don de arrastrar a las multitudes, era ventajoso para la Iglesia que una tan gran despertadora de fe, de emoción, de poesía y de patriotismo, estuviese colocada sobre un altar en el interior de un templo; porque todo el templo y los altares vecinos no podrían menos de lucrarse con huéspeda tan popular y tan atrayente.

Influyesen estos u otros motivos, el hecho considerable es que el clero francés comenzó a promover en Roma la canonización de Juana de Arco, con un entusiasmo, una abundancia y un ruido que inquietaron a la Francia radical y librepensadora. Los Obispos gritaban todos los días con entusiasmo impaciente: «Santísimo Padre, apresuráos a poner sobre la frente de Juana la aureola divina...!» Y el radicalismo, desconfiado, murmuraba: «¿Para qué?...» En Roma todo se hace con una prudente lentitud; y a más de eso, el Sacro Colegio, la Congregación de Ritos, el Papa, todos tendían a considerar a la buena doncella más como una heroína que como una santa. La aureola se retardaba. Y ante esta demora, el Gobierno de la República juzgó hábil republicanizar a Juana de Arco, instituyendo en su honor una fiesta nacional y civil, como la de la toma de la Bastilla, con iluminaciones y danzas, de modo que imprimiera definitivamente a la glorificación de Juana un carácter civil y oficial. Pero esta fiesta, que debía ser votada por el Parlamento, también se retardó, porque el Estado en Francia es una máquina que aún se mueve con más morosidad que la Iglesia. Los Obispos entonces redoblaron los esfuerzos, hicieron resonar todo el Vaticano con sus súplicas. Y su íntima intención ya se iba revelando, puesto que una de las voces eclesiásticas más poderosas y llena de autoridad, la del P. Monsabré, presentaba como ar-

gumento que desde que la Iglesia exaltara en la persona del reverendo La Salle *la enseñanza católica*, para protegerla contra las «intervenciones nefastas», debería sin demora exaltar en la persona de Juana de Arco *el patriotismo católico*, para que la patria francesa pudiese reconquistar su lugar en el mundo, como verdadera hija que es, e hija más vieja, de Dios.

El radicalismo y el libre pensamiento palidecieron, El plan de los Obispos era manifiesto. Así como habían intentado monopolizar la enseñanza, intentaban ahora monopolizar el patriotismo; y aherrojando a Juana de Arco dentro de la Iglesia, utilizando su fuerza en servicio de la Iglesia, procuraban convertirse en los dispensadores exclusivos de la fe patriótica y arraigar en el espíritu de las multitudes la idea de que Francia sólo puede ser salvada por el heroísmo que los Obispos bendicen. El librepensamiento, a lo que parece, aún intentó arrancar de la cabeza de Juana la aureola que la iba a convertir en propiedad del clero. Pero era tarde. León XIII, cediendo a las exigencias del Episcopado y seguro, por lo demás, de que santificar a Juana era honrar a Francia, canonizó a la doncella de Orleans.

Así tenemos en el calendario a una nueva santa, virgen y mártir, y mártir que no sufrió martirio por edictos paganos de Diocleciano o de Decio, sino por una sentencia eclesiástica firmada por Obispos. Creo

que por primera vez se da el caso singular de que la Iglesia llegue a adorar, como santa, a una mujer que aún no hace mucho había quemado como bruja. Y ambos juicios, el que quemó y el que santificó, fueron dados en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bajo la garantía de su inspiración. Tal es la certeza y la infalibilidad de la Iglesia. Y ahora que un espíritu nuevo la espiritualiza, y que a través de las ruinas del fanatismo intenta retroceder hasta la pureza primitiva, debía realmente la Iglesia revisar los procesos de otros ilustres quemados. ¿Quién sabe si muchos de ellos, bien examinado de nuevo su caso, no merecerían pasar desde la hoguera al altar..? Y en las tinieblas inferiores, donde yacen por sentencia eclesiástica muchos otros mártires, como Giordano Bruno y Savonarola, están tal vez, al sentir el aroma de incienso que asciende hacia la antigua sacrílega y nueva santa, murmurando amargamente: «¿Y nosotros...?»

IV

En fin, he ahí a la doncella de Orleans canonizada; y bien se puede comprender la solicitud con que el clero se apoderó de ella y la llevó en triunfo hacia la sombra sagrada de los templos, lejos de los masones, de los radicales y de los librepensadores, que la

maculaban con el vaho impuro de su entusiasmo literario y racionalista.

Aún no se había secado la tinta de la sentencia beatificadora, y ya en Nôtre-Dame de París se estaba celebrando, con el debido esplendor, su fiesta, la primera fiesta, con órgano y procesión, de Santa Juana de Arco. El clero todo clamaba victoriosamente por la voz de Monseñor Gouth-Soulard, Arzobispo de Aix: *¡Joanna nostra est!* ¡Juana es nuestra...!

Y el Arzobispo de Aix no sólo afirmaba la propiedad de la Iglesia sobre el alma de Juana, sino sobre todos sus hechos. «¡Juana es nuestra!» afirmaba el digno Prelado en una carta pastoral. ¡Ahora sólo es nuestra! Sólo nosotros, los católicos, tenemos la propiedad exclusiva de sus milagros. Vosotros, racionalistas, guardad vuestros otros grandes hombres. Colocadlos en el Panteón al lado de vuestro Voltaire. Nadie os los disputa, nadie os los quiere. Pero Juana es nuestra, *nostra est...!* ¡Y lo que es del cielo, no es del mundo...!»

Así hablaba el Arzobispo de Aix, en palabras aladas (como dice el buen Homero), y el radicalismo rugía de furor. Y al mismo tiempo aquella numerosa Francia que, sin ser radical ni libre-pensadora, no se adscribe, sin embargo, a la Iglesia católica-apostólica-romana, pensaba que siendo Juana una francesa que viviera y sufriera por Francia, debía pertenecer a toda Francia. Y el propio Gobierno republicano

se sentía apurado porque realmente la República no podía tributar honores oficiales a una Santa del Paraíso.

Arrancar a Dios de la enseñanza, secularizar todas las instituciones y conjuntamente decretar una función de gala e iluminar los edificios en honor de Santa Juana, sería un contrasentido que nada justificaría; ni el hecho de que Juana hubiese libertado a Francia de las huestes de Bedford, puesto que también Santa Genoveva salvó a París de las hordas de Atila, y no por eso el Estado le celebra la fiesta. (Por el contrario, la expulsó de su vieja iglesia para colocar allí a Víctor Hugo y después a Carnot.) Y para Juana de Arco el primer resultado de su santificación fué que el Estado le retiró la aparatosa fiesta cívica que le estaba prometiendo en nombre de la patria.

En otros tiempos, con otro pueblo, todo se podría conciliar; y Juana tendría su fiesta religiosa en la iglesia y su fiesta cívica en la plaza, como sucede en Portugal, a San Juan, a San Antonio y a San Pedro. Pero en esta Francia, dividida en dos Francias, la católica y la no católica, ambas hostiles, no queriendo tener nada en común, y cada una pisoteando lo que la otra adora, la buena doncella de Orleans, guerrera y santa, nunca podría reunir y gozar pacífica y simultáneamente la pleitesía de la Iglesia y la pleitesía de la sociedad ci-

vil. Para ella, o la popularidad secular y desde luego la desconfianza y la indiferencia de la Iglesia, o la gloria en los altares, y desde luego la incredulidad y el desafecto entre las multitudes racionalistas.

Y fué lo que sucedió. Apenas el clero, a quien había sido adjudicada, la instaló devotamente en su capilla nueva, no hubo más para la Francia libre-pensadora ni Juana de Arco, ni la buena lorena, ni la doncella de Orleans. Fué como si la guerrera, que era amada por el pueblo, porque en medio de él vivía, se retirase bruscamente del mundo y renegase de él, para esconderse en la sombra devota de una sacristía. Nadie más la comprendió ni la reconoció más bajo aquella túnica de santa, que ahora la cubría, en vez de la armadura de acero, y con aquella palma verde en la mano, en lugar de la recia espada borgoñona que también blandía en las trincheras de Orleans. El Estado ya había trazado una raya amarga sobre el proyecto de fiesta nacional con que la quería exaltar. Los Municipios interrumpieron al punto la construcción de los monumentos que le estaban erigiendo. Los escultores la abandonaron a los santeros. Los poetas no la celebraron más en poemas puesto que pertenece a los hacedores de loas. Y el teatro dejó de exhibir a Juana de Arco en melodramas y pantomimas bélicas, desde que ella, por su beatificación, volando de la tierra al cielo, perdía su realidad y se evaporaba en mito.

Pero el egoísmo del clero tornó aún más agudo este desafecto. Era usual en París, en estos últimos años, depositar flores y coronas en el pedestal de la estátua de Juana de Arco. Nunca le faltaron, vistosas y frescas. Para significar claramente, sin embargo, que esas coronas eran dedicadas a la guerrera y no a la santa, los no católicos comenzaron a añadirlas este dístrico: «*Juana, quemada por herética.*» Los católicos, indignados con ese recuerdo histórico ultrajante para la nueva santa, venían por la noche a arrancar estas coronas y arrojarlas al Sena. Pero cuando las sustituían por otras dedicadas en anchos rótulos: «*A Santa Juana de Arco*»; eran los librepensadores quienes corrían de noche y arrojaban al río las coronas devotas. Y así, por primera vez, desde 1871, se ve la estátua de la doncella desguarnecida de flores, con el pedestal desnudo, como el de una heroína desdeñada o de quien se olvidó el heroísmo.

¡Pobre Juana de Arco, tan amada, tan entronizada hace poco en el alma de Francia...! Ella misma había esperado antaño, durante las angustias de Rouen que un día «todos le querrían bien». Y ese día habría llegado, reparador y triunfal. Todos le habrían «querido bien», y todos le «querrían siempre bien» si ella continuase perteneciendo a todos o si las conciencias en Francia no estuviesen divididas como estaban divididos los intereses en tiempo de ella, cuan-

do había dos Francias, la Francia de los Borgoñeses y la Francia de los Armagnacs.

Ya no hay Borgoñeses y Armagnacs; la Francia es una políticamente. Pero hay una separación más honda; de un lado los católicos, de otro los racionalistas. Desde que la buena doncella fué, como santa, entregada al culto ritual de la Iglesia, no podía conservar más el culto afectivo del racionalismo. Para éste el clericalismo es, y será aún por mucho tiempo, el enemigo. Es pues, como si Juana se pasase con con sus armas y su bandera al enemigo.

Ciertamente, la pobre heroína no tiene culpa de su santificación. Y su alma no es menos divina por estar divinizada. Pero el buen racionalista no puede en buena conciencia prestar su homenaje patriótico a una gran figura que está cubierta de todos los atributos místicos: la aureola, la palma verde, la túnica de bienaventuranza, y cuyos heroismos fueron convertidos en milagros. La Francia republicana podría adorar a una inspirada, pero nunca a una taumaturga.

Y si no le retira completamente en estos primeros tiempos su amor, se abstiene por lo menos de traducirlo en una expresión pública. Para ella, de ahora en adelante, no más coronas entre su estatua, ni monumentos en las plazas, ni libros enaltecedores, ni fiestas nacionales; aislada en su altar, en la sombra de la iglesia, sólo gozará cada año su misa

con cirios, música y sermón. Es una decadencia. Y he aquí cómo la santidad mata la popularidad, y cómo un alma grande, por haber penetrado en el cielo, se torna olvidada en la tierra.

Porque no puede haber duda. La Iglesia misma la olvidará. En estos años próximos, mientras dure la generación clerical que la enaltece, y ella conserve el barniz fresco de una santa nueva, no le faltará ciertamente un culto estrepitoso y ruidoso. Ella es por ahora un motivo de batalla religiosa, como la Helena de una Troya devota; y el aparato y el esplendor de su culto es una de las formas y de las estrategias de la batalla.

Pero cuando pasen los tiempos y vengan nuevas generaciones eclesiásticas, nuevos obispos, Santa Juana de Arco no será, para ellos, especialmente distinta de otros santos de Francia, santificados también por sus hechos, como Santa Genoveva o San Luis. Tendrá su altar las dos velas que le corresponden según el ritual, y nada más: ni siquiera una genuflexión especial de los sacristanes. El polvo de los tiempos que lo va cubriendo todo, y que cubre también a los santos, apagará lentamente el brillo con que ella por ahora brilla. Poco a poco se convertirá en una antigualla de la Iglesia, como Santa Genoveva. Y como hoy ya no se escriben *Hagiologios* (1),

(1) Los *Hagiologios* son la recopilación de las vidas de

su leyenda, que ya esconde su historia, caerá en el olvido. La Iglesia tiene tantas santas, y todas ellas con derechos tan idénticos, que no puede realmente dedicar todo su fervor y todo su ceremonial a una santa única, puesta en un altar más alto, por una liturgia privilegiada. Santa Juana de Arco ha de contentarse con lo que se contenta Santa Eufrosina. Será, pues, una santa como otras santas, y como ellas, imperceptible, vaga y perdida en la celeste niebla luminosa que a todas las envuelve. En el término de cien años sólo algún clérigo muy erudito sabrá aún las hazañas y los milagros de la doncella de Domremy. El pueblo, lanzado sin duda alguna en los ardores de una religión nueva, habrá olvidado totalmente a Juana de Arco, que pertenecerá entonces a un culto desalojado por otro culto superior. Y cuando algún curioso de ruinas, en esos días, penetrando en un templo del pasado, y divisando sobre un altar vetusto una figura de mujer, con una bandera en la mano, pregunte de quién es esa imagen polvorienta y destartalada, el guardián tartamudo del templo encogerá los hombros sin saber. Si casualmente, no obstante, pasa algún arqueólogo buen entendedor de antiguallas, tal vez se detenga y murmure:

---

los santos, y por ellos se llama *hagiógrafos* a los especialistas dedicados a esta materia histórica.—(N. DEL T.)

—¿Esa? Es una Santa Juana... de las muchas Santas Juanas..., que hizo no sé qué milagros en una batalla con los ingleses hacia el lado de Domremy.

Y en ese tiempo, fuera, en las plazas de la ciudad, los héroes que no fueron canonizados, que quedaron entre los hombres, en su humilde gloria humana, conservarán sus estatuas bien limpias, bien visitadas, siempre contempladas, con una u otra flor en el pedestal, y aún serán héroes...

II

EL CONDE DE PARÍS

El Conde de París tuvo, como jefe de la Casa de Francia y, por lo tanto, pretendiente a la Corona de Francia, el defecto de no poseer sino virtudes.

Nacido sencillamente en una vieja familia aristocrática como los La Tremouille o los Mirepoix, la nobleza de sus instintos, su absoluta rectitud, su inteligencia absorbente y experta, su vigorosa cultura, la dignidad purísima de sus costumbres domésticas, el activo sentimiento de sus responsabilidades sociales, su infatigable aplicación al deber, su bondad amable, su acogedora urbanidad, harían del Conde de París un raro y superior ejemplar de hidalgo, derramando sobre su clase—ahora que está inactiva y rechazada de la vida pública por las desconfianzas de la democracia—aquel lustre que ella ya no puede adquirir por la acción colectiva, sino solamente por el valor intelectual y moral de alguno de sus miembros que se destaque o se eleve.

Si él perteneciese a una antigua familia parlamentaria de esa alta burguesía parisiense que hoy entró

en la República, donde representa los elementos de orden, de tolerancia, y de probidad, el Conde de París, como un colaborador natural de la Francia democrática, habría sido un grande y útil ciudadano, pues que sus cualidades y sus ideas eran precisamente las que más se necesitarían en un hombre de Estado, en este momento histórico de Francia, en que, bajo la disolución de las viejas doctrinas políticas, surgen con tanta impaciencia las nuevas e irreductibles fuerzas sociales. En cualquiera de los casos, al menos, el Conde de París habría sido lo que no fué: un hombre feliz. Viviría pacíficamente y ampliamente en esta tierra de Francia, que era su amor y su cuidado; ejercería una influencia continua y legítima, no fragmentaria, disimulada y constantemente sobresaltada; escribiría sobre las cuestiones económicas, que le eran gratas, libros sólidos, bien documentados, que, por venir de un espíritu muy sincero y muy libre, tendrían autoridad, si no popularidad; sería de la Academia, del Parlamento, del Gobierno; ciertamente, la índole especial de sus virtudes públicas le llevaría a la más alta magistratura de la República, y, sobre todo, tendría la satisfacción, para él suprema, de servir fácil y naturalmente a Francia como un buen francés.

Pero en vez de este tranquilo destino nació, como antaño se decía, «en las gradas del trono», nieto del último Rey de los franceses, heredero de un princi-

pio; por lo tanto, heredero de un derecho que él consideraba perfectamente legítimo, y al mismo tiempo de un deber que él consideraba absolutamente sagrado. Y aquí al punto aparece la excelencia moral de este príncipe. Ser Rey de Francia para él no era sólo la realización de un antiguo derecho, sino que, antes de todo, por encima de todo, era el cumplimiento de un gran deber. Muerto el Conde de Chambord, convertido él en jefe de la Casa de Francia, representante único del principio monárquico, a él incumbía, por herencia, el deber de restaurar en Francia, para gloria y felicidad de Francia, ese principio del cual era la encarnación. Deber para consigo mismo, deber para con su casa, deber para con su Patria, deber para con su Dios, puesto que la Monarquía francesa es en la tierra una de las grandes servidoras del Cielo. Y así, claramente visto y comprendido su deber, este príncipe admirable se consagró inmediatamente a cumplirlo, con la conciencia, la seriedad y el celo religioso con que se aplicaba a todos los deberes. No palpitaba en él la mínima chispa de ambición; lo que le impulsaba era más bien la sumisión; una sumisión filial a Dios, que le había hecho nacer de los Reyes de Francia, y le designaba para Rey de Francia, y una sumisión patriótica a los intereses de la Patria, que sólo en la Monarquía podría encontrar de nuevo la paz, la unidad moral, el prestigio histórico.

En el cumplimiento de este deber contrariaba todas sus inclinaciones, todos sus gustos íntimos. Las tendencias, los gustos del Conde de París eran más elevados; pero no eran desemejantes de los del Conde de Chambord, que nunca quiso ser Rey porque el agitado París y el Palacio de las Tullerías, enclavado entre las sombrías canterías del Louvre, le parecían desagradables, llenos de responsabilidades y de cuidados, en comparación de las quietas comodidades del castillo de Frohsdorff y de los hondos bosques donde él cazaba magníficamente, tan irresponsable y tan libre. El Conde de París, ciertamente, no quería ser sólo un simple ciudadano para poder ser un simple cazador. Pero a todos los brillantes destinos, sin duda, preferiría vivir en su castillo de Eu, como un buen hidalgo rural, administrando dignamente sus bienes, educando superiormente a sus hijos, componiendo narraciones de su mocedad militar, publicando en las revistas selectos artículos de sociología y envejeciendo dulcemente entre cariños y leales amistades. El destierro inquieto, estéril, amargamente errante en que se consumía, le hacía más apetecible esta vida estable, fecunda en alegrías y en obras. El mismo pensaba, por lo demás, que nunca sería Felipe VII, sino en el destierro... Pero ¿qué le importaba? Él deber que el Conde de Chambord no había cumplido por un egoísmo que disfrazó de escrúpulo, haciendo la realeza imposible para que él no fuese un

Rey posible, ese deber era ahora el suyo. Tomó, pues, valerosamente sobre sus hombros su cruz de pretendiente, y avanzó.

Pero inmediatamente, en ese avance hacia el trono, se levantaron contra él todas sus virtudes. Un pretendiente necesita tener ciertos defectos, algunos brillantes y que el mundo aclama, otros condenables y que desconsuelan a la moral pura; pero todos útiles, indispensables, cuando no quiera ser como ese extraño Borbón de España Francisco III, que hace días nos apareció reclamando también la corona de Francia, pero declarando que respeta la República y que no desea ser sino, como Rey de Francia, un buen General de brigada en España.

El pretendiente que no se limite al platonismo superplatónico de este delicioso Francisco III, ha de poner en actividad todos esos defectos clásicos, y que son, sobre todo: audacia temeraria, ruidosa prodigalidad, el charlatanismo que engendre la leyenda, el desprecio de todas la fórmulas legales o expresiones de soberanía popular que no sean la confirmación de su derecho personal, una bella indiferencia, una indiferencia de príncipe por la fortuna y por la vida de todos sus partidarios, y la capacidad de montar a caballo y surgir una mañana en la plaza con una espada desnuda... Ahora bien; el Conde de París (y esta es su gloria de ciudadano) tenía precisamente horror casi público a estos defectos, y el cul-

to casi supersticioso de las virtudes opuestas, siendo de esos hombres, cada día más raros, para quienes las reglas de la moral pública no se distinguen de las reglas de la moral privada. De esas virtudes, la mayor era en él el respeto a la legalidad y a la soberanía popular. La corona de Francia, que era dada antaño por Dios por amor al pueblo, quería él que fuese dada por el pueblo bajo la inspiración de Dios convencido de que esa dádiva era absolutamente conforme al Derecho, y que la aceptación era absolutamente conforme al Deber. Tan claro y positivo e inequívoco quería él ver el consentimiento de la Nación, que no aceptaría ser Rey en una Monarquía establecida por una mayoría parlamentaria; su idea era la de un gran plebiscito, en que Francia toda votase libremente la Monarquía.

Realmente, su conciencia sólo quedaría satisfecha cuando él mismo separase, contase, comprobase los diez o doce millones de papeletas del voto conteniendo en letras bien inteligibles estas líneas bien expresivas: «Queremos a Felipe, Conde de París, para Rey de los franceses.»

La República no era para él un hecho que le desconsolaba, sino una Constitución legal que respetaba. Francia había caído de nuevo en la vieja ilusión jacobina; pero había dado a esa ilusión una forma constitucional y jurídica, que sólo ella, en su soberanía absoluta, podía destruir. Su deber, pues, era

arrancar suavemente a Francia de ese error en que se debatía y en que se enflaquecía; y su acción como pretendiente fué por eso, simplemente, persuadir, predicar, lanzar manifiestos, crear comités de propaganda, diseminar artículos de periódicos, desrepublicanizar a Francia lentamente por medio de la dialéctica. Cada elección, de fijo, le probaba que Francia persistía en su ilusión, complicándola incluso con ilusiones nuevas, traducidas en sectas nuevas, y que cada día se alejaba más, y por caminos más obscuros, de la sólida y segura realidad monárquica. ¿Qué le importaba a él, hombre de deber? Reanudaba los comités, los manifiestos, la dialéctica. Y había aquí algo de religioso, de lo que hay de más noble en el espíritu religioso, que nunca duda de la conversión del pecador y de la eficacia de la gracia.

Este defecto tan grave en un pretendiente (el respeto de la legalidad) era suficiente para inutilizarle, y ciertamente, en la pura esfera de la conciencia, el Conde de París se sentía feliz en saberse anulado. Pero todas sus virtudes de hombre contribuían para anularle como pretendiente. Nada le perjudicó más que su modestia, su recato en esconder lo que en él había de moralmente superior. Nunca consintió que en torno de su persona se formase una atractiva leyenda. El «cabotinage» (1) napoleónico, repetido

(1) *Cabotin* en francés pone Eça de Queiroz; y es que *ca-*

después por Boulanger, era odioso a su naturaleza fina y grave.

A pesar de que entre sus partidarios abundasen los hombres de letras, no existen acerca de él libros que lo describiesen a la nación; casi no existen retratos suyos; y el Conde de París es aún, para una gran masa de la nación francesa, más un nombre que una persona.

Era su delicado horror a la exhibición lo que le hacía sumergirse durante meses, casi durante años, en una penumbra discreta, de donde surgía por fin su voz en las columnas de *Le Figaro* y de *Le Soleil*, y que por venir así de lo remoto y de lo vago, apenas hacía eco y se perdía al punto entre el rumor de la actualidad y de la vida.

En vez de animar las leyendas favorables, dejaba correr menudas leyendas desagradables y falsas acerca de su carácter, sin que levantase un dedo para detenerlas o pulverizarlas, como si fuese sencillamente un filósofo en su cabaña, para quien no existe el mundo exterior. Así toda Francia le consideraba como un avaro. Era el viejo rótulo de la avaricia que había sido adherido a Luis Felipe por los románticos y humanitarios de 1830 y quedó después como defecto tradicional de la familia de

---

botin y *cabotinage* son frases casi intraducibles a nuestros idiomas ibéricos. Algo como comicastro más bien que cómico: exhibicionista, presuntuoso.—(N. del T.)

Orleans. Las naciones más democráticas, como Francia, conservan aún de los tiempos en que la liberalidad de los príncipes era la riqueza de los particulares, la idea de que la realeza implica la prodigalidad y de que los hábitos fastuosamente perdularios prueban un alma verdaderamente regia. Cuando los príncipes (que la democracia muy justamente nivela con los ciudadanos) se comportan como cualquier ciudadano, administrando con economía y cautela su fortuna para garantizar la libertad moral, la dignidad de la vida y los días de escasez que les puede traer la inhumanidad de las revoluciones, son al punto acusados desdeñosamente de «roñosos».

Esta acusación parte principalmente de la clase media, que condena en los príncipes como flaqueza y vicio aquello que ella en sí misma exalta como virtud y fuerza. La clase media, involuntariamente, descubre de este modo el fondo de su naturaleza interesada y servil; —servil porque gratuitamente atribuye a los príncipes una naturaleza superior que no puede ser gobernada por las reglas comunes a la humanidad mediana—; e interesada, porque indirectamente lamenta todo aquel dinero que los príncipes guardan, y que, disipado, rodaría por un declive natural hacia el bolsillo burgués. Los «cortijos» del Conde d' Eu fueron, creo yo, una de las grandes indignaciones democráticas de Río de Janeiro, y en ninguna otra clase era más viva que en la de los pro-

pietarios de «cortijos». En Inglaterra, las economías del Duque de Edimburgo eran ultrajadas con rencor por todos aquellos que se habían enriquecido con las disipaciones del Príncipe de Gales. Francia, nación, sublimemente avara, que inventó «la media» (1) (de donde realmente saca, ¡loada sea ella!, su fuerza, su fortuna y su grandeza), censuraba ásperamente «la media» del Conde de París; ¡y el partido republicano todos los días escarnecía la parsimonia con que sufragaba los diarios monárquicos...! En realidad, el Conde de París era uno de esos hombres económicos que bajo la solicitación de un deber, se tornan al punto pródigos. Su caridad no tenía brillo, sino solidez. Una parte considerable de su renta era gastada en limosnas, fundaciones, donaciones, escuelas, obras de beneficencia. Y después de su muerte, sus amigos pudieron al fin contar desahogadamente que, impulsado por la carga creciente de su generosidad, aquel príncipe avaro, en los últimos años, «gastaba más de su renta», como un alegre calavera...

Pero prodigalidad por ambición no la tenía de

---

(1) La famosa calceta de los aldeanos franceses, que en portugués se denomina *mealheiro*, donde han guardado las economías que representan la fuerza del país. El cubrimiento rápido del empréstito de cinco millones en 1870, y el final de la guerra de 1914 ha venido a demostrar que la fuerza de Francia ha estado toda en su riqueza, en su espíritu de ahorro.—(N. DEL T.)

fijo, ni siquiera la comprendía; y ese era otro de sus defectos como pretendiente. Hoy ya no se compra el Imperio por una suma de oro puesta encima de una mesa, como sucedía en Roma, después de la generación de los Antoninos; el dinero, sin embargo, aún sigue siendo un supremo instrumento de revoluciones y de restauraciones. En unas y en otras, no obstante, desgraciadamente, se aplica sobre todo al soldado, y lo que con él se paga es siempre la indisciplina. No hay, por lo tanto, como agente político, otro más disolvente y más vil, porque, con el pretexto de restaurar la autoridad, no hace más que crear masas de rebeldes o grandes masas de desertores. Y no hay tampoco otro más funesto para quien lo emplee (sea República o sea Monarquía), porque todo Gobierno que se establezca sobre la rebelión o la deserción de tropas, no es sino un Gobierno nominal y sin soberanía; la verdadera soberanía no está ya entonces en el pueblo, ni en el príncipe, ni en el soldado. Un Gobierno así está exclusivamente creado para utilidad del Ejército o, más bien, de un grupo de coroneles. Ese grupo de coroneles es el que delibera, administra, dispone de la riqueza pública, mantiene o derriba los jefes aparentes, se convierte en violento señor de la calle y dueño de los ciudadanos... Tales formas políticas son hoy imposibles dentro de la civilización europea. España fué el último país donde se produjeron, pero donde ahora,

después de treinta años de disciplina, parecen ya anacrónicas y bárbaras a las nuevas generaciones militares, educadas en el patriotismo y en el respeto racional de la legalidad (1). Y aun en la misma España nunca surgieron y se mantuvieron las formas revolucionarias sobre el dinero, sobre la derrochadora prodigalidad con las tropas a la vieja manera pretoriana, sino sobre el idealismo político. Pagar cada mañana a los genízaros para gobernar con ellos (y en el fondo, para ellos) sólo ocurría antaño en Argelia, en el tiempo del Dey, o en Egipto, antes de Mahomet Ali; y sólo puede ocurrir hoy en civilizaciones muy atrasadas, donde no existen ni principios ni costumbres. ¡Pensemos, pues, lo que debía ser para un hombre del valor moral y del patriotismo y de la alta cultura política del Conde de París la idea de dar un céntimo para insubordinar un soldado...!

Sí el Conde de París, no obstante, fuese llamado al trono, o por una revolución, o por un plebiscito o aun por los desastres de una nueva guerra, todos estos defectos de pretendiente se convertirían en virtudes de Rey; y sería, indiscutiblemente (ningún re-

---

(1) Ved con qué respeto trata siempre Eça de Queiroz a nuestro país cuando se le ocurre alguna alusión a él. Escribía esto en 1894; había acabado para España la etapa de los pronunciamientos. Pero ¿diría lo mismo si escribiera ahora, después de 1.º de Junio de 1917?—(N. DEL T.)

publicano lo niega), un Rey admirable. Admirable, aunque tal vez no popular, porque en Francia la popularidad iría espontáneamente hacia un Rey del tipo de Enrique IV (a pesar de que el francés del siglo XIX sea tan diferente del francés del siglo XVI), y nadie menos que el Conde de París se asemejaba a ese hazañudo, jovial, sensual, escéptico y bonachón Enrique IV. El Conde de París era esencialmente el hombre íntegro, grave y creyente.

Si de su padre, el Duque de Orleans, heredara la firme inteligencia y la generosidad humanitaria, de su madre, princesa luterana, había recibido un espíritu piadoso y serio, que, desenvuelto a través de una vigorosa educación inglesa, le asemejaba, sobre todo, al *gentleman* inglés en su expresión perfecta. Ahora bien; el tono moral inglés nunca puede ser popular en Francia. El Conde de París daría más bien un Rey del tipo de su abuelo, Luis Felipe, con más elevación, más refinamiento, una ciencia más profunda del Gobierno y una noción más exacta de las ideas y de los ideales de su época. Sería, como él, un príncipe sobrio y casto, imponiendo el saludable ejemplo de todas las virtudes domésticas; pero sin tener, como el abuelo, en su palacio, lacayos especialmente encargados de mostrar a las familias el lecho real con las dos almohadas puestas lado a lado, en una ostentación oficial de la unión conyugal. Sería un Rey sencillo, eliminando de la realeza toda la pompa y lujo

nocivo, pero sin pasear por las calles de París con un enorme quitasol rojo debajo del brazo, como emblema constitucional del patriarcalismo. Culto y letrado también como Luis Felipe, pero más sensible que él a las letras y a su fuerza y dignidad, y prefiriendo siempre gobernar por las ideas a gobernar por los intereses. Incapaz, como él, de amargura o rencor; pero capaz, como el otro no lo era, de gratitud y reconocimiento a los servicios prestados y a los buenos servidores. Fuerte, como Luis Felipe, en la ciencia de los detalles, de los hechos, de las fechas, de los nombres, de los números; pero sabiendo también lo que el abuelo ignoraba; las tendencias, las aspiraciones, las corrientes invisibles de las conciencias. Celoso, ciertamente, de la autoridad real; pero prefiriendo ejercer la influencia a ejercer la voluntad, y dominar por la cabeza más que por la corona. Por lo demás, como Luis Felipe, tranquilo, trabajador, minucioso, intrépido, observador, organizador, afable, superiormente bueno. Con todas estas cualidades, dada una gran nación, es fácil ser un gran Rey.

Y estas cualidades proceden de la familia; son ingénitas en los Orleans. El grupo doméstico que salió de Luis Felipe es, realmente, admirable. De sus hijos ya decía Metternich que eran «muchachos como no se ven y príncipes como no hay». Todos los hombres, entre los Orleáns, son bravos; todas las mujeres, virtuosas. El talento en ellos anda mezclado con

la bondad. Pocas familias representaron en Francia con más brillo las virtudes propias de la raza francesa: el valor, el sentido, la gracia, la sociabilidad, el orden, el gusto, la elegancia afable. Hasta físicamente son excelentes ejemplares de fuerza viril y de belleza plácida y dulce. Sus existencias tienen siempre una dignidad especial, y nunca caen en la inutilidad tumultuosa o blanda que parece ser el destino de los príncipes. Unos escriben libros de historia o componen memorias; otros viajan y exploran regiones remotas; otros perfeccionan sin descanso sus talentos militares; todos de algún modo procuran servir a Francia, de la cual son una honra.

Y del Conde de París se puede decir también que sirvió a Francia mostrando por todas partes, desde Europa hasta América, a través de sus dos destierros, lo que es la virtud, el valor, el saber, la cortesía, la bondad de un príncipe francés. Por todo esto, su destierro fué una especie de empleo público lleno de responsabilidades, y encontró aún en él el medio de consagrarse a un deber y de ejercer, con amor y nobleza, una alta función patriótica. Desterrado de Francia, el Conde de París, por todas partes y en todas las circunstancias, en las cortes, en los campamentos, en las academias, en la vida social, como príncipe, como soldado, como pensador, como escritor, como hombre de familia, se ocupó incesante y magníficamente en popularizar y hacer amar a Francia.

III

CHINOS Y JAPONESES

Al Nordeste de la China, o más bien de la Manchuria, entre el mar del Japón y el mar Amarillo, hay una tristona península de costas escarpadas, que a sí misma se designó, desde el año de 1392—cuando comenzó a reinar la dinastía que aún hoy reina, o que aún reinaba el mes pasado—, con el nombre risueño, luminoso y fresco, de *Reino de la Serenidaa Matutina*. Los japoneses, vecinos suyos, llaman a esta tierra Ko-rai; nosotros, más cómodamente, la llamamos Corea. Es un país tan silencioso, tan recluído, tan separado de toda la humanidad, aun de sus parientes asiáticos, que en el Japón y en la China lo designan por el apodo de *País ermitaño*...

Lo que de él conocemos mejor nosotros en Europa, por estampas, es la figura de sus habitantes, hombres estirados y graves, de largos bigotes colgantes, que usan el más extraordinario sombrero que registra la historia de las modas; el formidable sombrero coreano, muy alto, muy puntiagudo y de alas tan amplias, que bajo él un patriarca puede abri-

gar a toda su descendencia, su muebles y sus ganados. Hablan estos hombres un chino mezclado de tártaro, se alimentan de arroz y habitan casas rudimentarias, hechas de bambú, adobe y papel.

Hay allí, como en China, una clase superior de letrados, pero injertada sobre la antigua casta noble de señores feudales; y son estos señores, educados sumariamente por los libros chinos, los que después de aprobados sus exámenes públicos y obtenidos sus diplomas escolares, ejercen los empleos, mandan las tropas, gobiernan las provincias, escriben las gramáticas, administran la justicia y forman la corte. Todos los demás servicios son hechos por esclavos. Las clases letradas profesan como moral, si no como religión, un *confucionismo* aún oxidado de brujerías y de magia. El pueblo en los campos adora el sol y las estrellas. Toda esta gente bebe cocimientos de arroz. El té es un lujo de la Familia Real. El arte más estimado es la música, que forma parte de la enseñanza primaria, como en la Grecia de Pericles. Sus industrias, si existen, son desconocidas. Cuando Europa le manda misioneros, Corea mata a los misioneros. Por capital tiene la vieja ciudad de Séul, que todos los coreanos consideran como si fuese sobre la tierra el centro supremo del fausto, de los placeres, de los bellos modales, de las existencias dichosas...

Es por causa de este *Reino de la Serenidad Matutina* por lo que el *Imperio florido del Medio* está en

guerra con el *Imperio del Sol Naciente*. Así contada de esta manera (que es la manera oficial) la lucha de la China y del Japón, parece un enredo de magia o el comiénzo de una de esas novelas alegóricas que tanto deleitaron al siglo XVII en los tiempos del Hotel Rambouillet, de la buena *Mlle. de Scudery*, de *Artaméne ou le Grand Cyrus* (1). Y, en efecto, para el gran público, para todos aquellos que no son profesionalmente diplomáticos, sociólogos, o estrategas, esta guerra entre las dos naciones fuertes del Extremo Oriente sólo ofrece el divertido interés de una pantomima militar celebrada en una región de fantasía, donde la política es dirigida por las hadas y donde los príncipes son picarescos. El europeo ha viajado ciertamente desde que se creó la Agencia Cook, hojea narraciones de viajes (cuando abundan en anécdotas y diálogos), y ya no exclama a la manera de las damas eruditas y de los espíritus picantes del siglo XVIII: «¿Cómo es posible hoy ser persa...?»

Hoy comenzamos realmente a comprender (con ciertas reservas) que se pueda ser chino. Pero esos pueblos de la extrema Asia, por ahora sólo los conocemos por los aspectos exteriores y excesivos de su exotismo. Con ciertos rasgos extraños de figura y de traje observados en grabados; con detalles de cos-

(1) Título de una novela de esta famosa novelista francesa.—(N. DEL T.)

tumbres y ceremonias aprendidos en los periódicos (sección *Variedades*); y, sobre todo, con lo que vemos de su arte, todo caricatural o quimérico, es con lo que formamos nuestra impresión concisa y definitiva de la sociedad china y japonesa. Para el europeo, el chino es aún un ratón amarillo, de ojos oblicuos, de larga coleta, con uñas de tres pulgadas, muy anticuado, muy pueril, lleno de manías rancias, exhalando un aroma de sándalo y de opio, que come vertiginosamente montañas de arroz con dos palitos y pasa la vida entre linternas de papel haciendo venias. Y el japonés aún es para nosotros un hombre flacucho, de cráneo rapado, con dos enormes sables enfilados en la cintura, jovial y airado, corriendo, agitando el abanico, disipando las horas fútiles por los *jardines del té*, y recogiéndose a la casa hecha de biombos y crisantemos, para tumbarse en una estera y rasgarse el vientre. A ambos les concedemos una habilidad hereditaria en fabricar la porcelana y bordar la seda. Como a veces sus poblaciones degüellan a nuestros misioneros, a estos rasgos de carácter (tan exactamente deducidos) juntamos el de ferocidad. Porque los chinos no quieren tener caminos de hierro, ni hilos de telégrafos, ni faroles de gas, que constituyen para nosotros las expresiones supremas de la civilización, deducimos resueltamente que son bárbaros. Y en cuanto a los japoneses, que ya copiaron las locomotoras y los teléfonos, sólo nos

parece que esa civilización importada, remedada (1) y mal usada, les hace irreparablemente grotescos. Que por detrás de la coleta y de los quitasoles de papel y de las rarezas y de todo el exotismo existen sólidas instituciones sociales y domésticas, una vieja y copiosa literatura, una intensa vida moral, fecundos métodos de trabajo, energías ignoradas; eso no lo sospecha el europeo vulgar.

Aunque conociese todas esas fuerzas y virtudes, no se impresionaría ni concedería más respeto a esas pobres razas que sólo le divierten. Cuando una civilización se abandona toda al materialismo, como la nuestra, y de él saca todos sus gozos y todas sus glorias, tiende siempre a juzgar las civilizaciones ajenas según la abundancia o la escasez del progreso material, industrial y suntuario. Pekín no tiene luz eléctrica en las tiendas; luego Pekín debe de ser una ciudad inculta.

Aquel locuaz personaje de Edmundo About que despreciaba profundamente a los árabes porque «los desgraciados aún no poseían siquiera cafés-concier-

---

(1) *Macaqueada:* dice mucho más gráficamente Eça de Queiroz, en participio formado del verbo *macaquear*, del sustantivo *macaco*, una especie de los simios. En español también tenemos el nombre *macaco* aplicado a una familia de los monos, y por traslación a un hombre de tipo grotesco; por lo tanto, sería totalmente lícito usar el verbo y el participio de él derivados.—(N. DEL T.)

tos», representa en caricatura al europeo mediocre juzgando las civilizaciones asiáticas. Millares, si no millones de europeos, no creen aún verdaderamente que los romanos y los griegos fuesen pueblos civilizados, puesto que no conocían la máquina de vapor, ni la máquina de costura, ni el piano, ni otras grandezas de nuestra época.

Por eso concedemos a esta guerra del Japón y de la China una atención errante y sonriente. Es sólo una tosca y ruda bullanga entre dos países bárbaros, uno de los cuales no es menos bárbaro que el otro por andar enmascarado con armas de Europa. Pretenden algunos visionarios, de esos que gustan de profetizar sombríamente, que esos centenares de millones de bárbaros caerán un día sobre nosotros y asolarán Europa, provistos del formidable material de nuestra civilización... La idea hace sonreir, y todo europeo, mirando en torno de sí su fuerza, su riqueza, las innumerables invenciones del saber, tanta máquina, y la naturaleza domesticada y trabajando a sus órdenes, sonríe regaladamente.

Así el galo-romano, antaño, en su linda vivienda de campo, reposando con un docto pergamino en las rodillas, bajo los frescos pórticos de mármol, o paseando en su huerto entre el acanto y los rosales entrelazados a los bustos de los dioses y de los filósofos, sonreía cuando le contaban de las ordas salvajes—francos o godos—que habían atacado alguna

vieja legión romana, lejos, en la tierra de los pantanos y de las brumas. ¿Qué podían importar esas gentes bestiales? ¿No era la Galia y toda la Italia una maravilla de fuerza y de riqueza con tanta máquina de guerra y tan magníficos inventos de la ciencia? Después, una mañana, el godo o el franco aparecía montado en un potro bravo, con una simple lanza, y del galo-romano, de los pórticos de mármol, del quieto jardín lleno de rosas, de los filósofos y de todas las invenciones del saber, sólo quedaba un poco de sangre y de polvo.

El motivo por que se están batiendo chinos y japoneses no es el que particularmente nos interesa. Ambos quieren dominar en el *Reino de la Serenidad Matutina*. Los chinos, porque ese dominio es para ellos una tradición secular. Los japoneses, porque temen (según dicen sus diplomáticos) que Rusia, a través de la debilidad o la condescendencia interesada de China, se extienda por Corea, ocupe alguno de sus puertos fronterizos al Japón (como Fuzan), domine, por lo tanto, el mar del Japón, que los japoneses consideran suyo, y venga, si no a amenazar la independencia japonesa, a perjudicar su desarrollo comercial. Pero todo eso es una cuestión de remota política asiática. Lo que ardientemente nos debe preocupar a nosotros, europeos, y hasta a vosotros, americanos, son las consecuencias de la guerra; sobre todo las consecuencias de una derrota de China, de

una buena derrota, bien estridente y humillante, que penetre hasta el mandarinato, hasta el inaccesible orgullo de la dinastía *manchú*. Si fuese el Japón el aplastado, no vendrían de ahí inquietudes para nuestro mundo occidental. Era sólo un pueblo ligero y atrevido que llevaba una paliza. China victoriosa sería China readormecida. China vencida es la Europa amenazada.

China es un pueblo de cuatrocientos millones de hombres (¡casi un tercio de la Humanidad!), todos extremadamente inteligentes, de una actividad de hormigas, de una persistencia de propósitos y de una tenacidad sólo comparable a la de los *bull-dogs*, de una sobriedad casi ascética y con increíble capacidad de aguantar y sufrir. Los europeos que habitan y visitan la China añaden que son, a más de eso, muy falsos, muy mentirosos, muy cobardes, muy solapados y muy sucios. Pero estos europeos verdaderamente sólo conocen de China el litoral marítimo, los puertos abiertos al comercio europeo, «las concesiones»: ¡Hong-Kong y Shang-Hai! Y en estos puertos sólo conocen materialmente aquel populacho chino, iletrado y grosero, que se emplea en los menesteres inferiores de barquero, cargador, criado, mozo de equipajes, vendedor ambulante, etc. Ahora bien; juzgar por esta baja patulea toda la sociedad china es como juzgar a Francia por los desarrapados que pululan en los muelles de Marsella, o criticar el Brasil y

su educación, su cultura, su fuerza social, por la gente baja que carga y descarga fardos de los muelles a los almacenes de Río de Janeiro. Viajeros que se hayan alejado hasta el centro de China y observado algunos modos y costumbres de las clases cultas, y escudriñado aquí y allá, a través de las hendiduras de las puertas, un poco de la vida íntima, de la familia, de las ideas, de las creencias, pueden ser contados por las puntas de los dedos. Los propios extranjeros residentes en Pekín, que forman el personal de las Legaciones, no penetran en la sociedad china: viven enclaustrados dentro de los muros de las *Residencias*, como los antiguos judíos en sus *Ghettos*, y sólo se familiarizan con los aspectos externos: calles, comercios, pórticos de los templos y cruzar de multitudes (1). Sólo uno de esos residentes había profundizado la China. Era un secretario de la Legación inglesa, que hablaba con perfección el chino, no sólo el idioma popular, sino el lenguaje mandarín y clásico, y que se había dejado crecer una enorme coleta. Durante treinta años, todas las noches, este hombre absolutamente *achinado*, vestía su túnica de seda, soltaba la coleta, tomaba un abanico e iba a pasar algunas horas amables con las familias nobles

(1) Eça de Queiroz se había interesado mucho por la China y había leído gran cantidad de libros de viajes y costumbres acerca de este misterioso país; con esas lecturas había construído O MANDARIN.—(N. DEL T.)

de Pekín. Ese conoció realmente la China; pero convertido en chino y, por lo tanto, en discreto, no escribió sus impresiones, y murió.

Recientemente, algunos empleados europeos del gobierno chino, como los ingenieros y profesores del Arsenal de Fou-Tcheon, han entrado suficientemente en las entrañas del mundo chino. Y todos esos vuelven contando una China muy diferente de la de los turistas que desembarcan una mañana en los muelles de Shang-Hai, y a la noche están graduando la civilización sesenta veces secular de un pueblo de 400 millones de hombres, por lo que observaron de vulgarote, de sucio, de grotesco y de bellaco en el *coolie*, que le cargó la maleta para el hotel. Los que así se internan por China ven la realidad maravillados; y habiendo ido a enseñar a los obreros chinos a construir ametralladoras, confiesan que aprendieron, en la convivencia de la burguesía culta y letrada, lecciones de conducta, de respeto filial, de profunda unión doméstica, de inteligente economía, de trabajo metódico, de subordinación, de pureza, de celo moral y de toda suerte de virtudes íntimas, que garantizan mejor la grandeza, la estabilidad y la ventura de una nación cuyo arte más sutil no estribe en fabricar obuses y en maniobrar torpederos.

Sólo se quejan de la falta de higiene municipal y de la porquería de las calles, que sobre todo en las provincias (y hasta en Cantón y en Pekín) están casi

tan mal barridas y son tan abundantes en lodo como las de París hace cincuenta o sesenta años, cuando ya el papá Hugo le llamaba «la ciudad radiante», alma del mundo y toda Europa la imitaba más que hoy en sus modales, en sus gracias, en sus modas y en sus vicios.

Pero que los chinos tengan sólo defectos o sólo cualidades, lo cierto es que han arreglado a su modo una civilización que tiene sin duda una fuerza prodigiosa, puesto que ha sobrevivido a todas las formas de civilización creadas por el genio de la raza aria; y que posee ciertamente también una gran dulzura porque el tema invariable y secular de la literatura china, desde las máximas de los filósofos hasta las canciones de los líricos, es celebrar la inefable e incomparable felicidad de ser chino, de vivir en China...

En efecto, de todo ha habido en China en estos últimos diez años próximos: excepto un pesimista. Dentro de esa civilización fuerte y dulce vivía China encerrada, como todos perfectamente saben, porque *la muralla de la China* ha sido una de las metáforas más activas de la retórica occidental.

Todos los que se precian de escudriñar los hechos civilizadores del siglo saben también cómo Inglaterra, ayudada por Francia, abrió brechas en esa muralla para meter dentro el opio; el opio que el Gobierno de China no quería admitir por la razón ver-

daderamente intolerable de que el opio enerva, envenena, destruye y desmoraliza las razas. Ese hecho se llamó la *guerra del opio;* y por ella triunfaron los sagrados derechos del negocio.

Después de entrar victoriosamente en Pekín, y de haber robado y quemado—a la vieja manera de los Atilas y de los Tamerlanes, «azotes de Dios»— el Palacio de Verano, que era el inestimable museo imperial del arte chino, y con él bibliotecas, archivos históricos y toda la riqueza literaria de aquella nación letrada, Europa forzó a China a abrir en su mapa cinco puertos al comercio europeo, a los algodones, a los herrajes, a las minucias occidentales y, sobre todo, al opio, al inmenso opio, a seis, a siete millones de kilos de opio por año...

Ahora bien; sucedió que por esos puertos, o puertas abiertas en la vetusta muralla de China, donde tropiezan los europeos, salieron los chinos a ver, por fin, el mundo, y esta familia humana de que hace tantos miles de años estaban separados... De entonces, con efecto, datan los dos hechos considerables de la nueva China: la emigración y las misiones mandadas a Europa para estudiar nuestras ciencias, nuestras industrias, nuestras flotas y nuestros ejércitos...

Estas misiones salieron de China con curiosidad; pero también con inmensa repugnancia. El chino tiene hacia el europeo un horror de instinto y de razón, fisiológico y raciocinado, que está muy bien carac-

terizado en una página de los *Anales populares del Imperio*, en que se cuenta la primera aparición de los holandeses en Macao y en las proximidades de Cantón... «Estos hombres (dice esa amarga narración) pertenecen a una raza selvática que habita regiones obscuras y húmedas y que nunca tuvo la ventaja de relacionarse y aprender con China... Son criaturas rojizas, de ojos azulados y estúpidos y pies inmensos, de más de un palmo... Parecen lamentablemente ignorantes... Y en cuanto a su aspecto exterior, nada se puede imaginar más exótico y repulsivo...»

He ahí la impresión que los buenos flamencos (que nos parecen tan sólidos, sanos y limpios tipos de hombres) hicieron a los chinos... Y los portugueses, que a fines del siglo xv aparecieron en las costas de China, y los ingleses y franceses que vinieron después siguiendo el rastro de nuestras carabelas, no fueron más simpáticos a los hijos del Cielo. Todos estos forasteros les parecieron grotescos e hirsutos de figura, groseros y brutales de maneras; y en cuanto a sus costumbres y moral, perfectamente despreciables. ¿Para qué habían atravesado el mar en sus grandes navíos...? Para piratear o, cuando más, para traficar. Ahora bien; la clase culta de China, la gran burguesía letrada, considera el negocio como ocupación inferior y baja; y la avidez del lucro, el hambre de oro, como la evidencia de una

naturaleza vil. En aquellos hombres turbulentos, de faz dura y arrogante, que sacaban constantemente enormes puñales, y para quienes el arte de vivir se resumía en el arte de mercadear, los chinos no podían encontrar las únicas cualidades que para ellos constituyen *el hombre bueno:* la quietud, la cortesía, la tolerancia, el sentimiento de la equidad, el amor de las letras y de la palabra escrita, el culto de la tradición y de la autoridad... Y desde entonces la idea del europeo quedó asociada en el Celeste Imperio a la idea del *hombre maléfico.* El nombre con que generalmente nos honran es el de *fankoreci*, que significa *el diablo extranjero*, el ser que trae de fuera el mal y lo esparce... Por lo demás, todos los otros europeos, que desde la apertura de los puertos, se establecen en China o la visitan, no mejoran esta impresión de desconfianza y desprecio. Son en su casi totalidad hombres de negocios, secos, bruscos, ocupados sólo de enriquecerse pasando una vida material, sin gusto por las cosas del espíritu y del saber; y, por lo tanto, según la idea del chino letrado, abyectos... Son también en gran parte marineros que desembarcan, y por su indisciplina, sus riñas, sus borracheras, escandalizan y desconsuelan al chino y le sostienen en la opinión de que en la raza europea, a más de avaricia, sólo hay brutalidad... Los misioneros que debieran ser los represetantes autorizados de nuestras

virtudes espirituales, no les impresionan sino desagradablemente. En su religión no muestran ni unidad ni dignidad, tratándose mútuamente de «herejes»; de un lado la Iglesia católica, de otro la Iglesia protestante, ésta minando a aquélla, que intriga contra la otra, y aun dentro de cada Iglesia, divididos en sectas que entre sí guerrean, calvinistas contra anglicanos, jesuítas contra dominicos... En sus costumbres no muestran humildad ni unción, presentándose todos como altos funcionarios europeos, usurpando las insignias exteriores de los dignatarios chinos (como la litera verde de cuatro cargadores), despreciando las leyes del Imperio, escarneciendo los ritos y a los sacerdotes budistas y adoptando una conducta toda ella llena de intolerancia y de arrogancia... A más de eso, su doctrina (sobre todo en la parte moral, que es la única que importa al espíritu chino) no parece superior ni nueva a quien fué educado en los libros de Confucio y en los conceptos budistas. En realidad, el letrado chino no encuentra en el cristianismo sino contradicción, inverosimilitud y niebla; y en lo poco que tiene de bueno, sus preceptos morales, sólo ve con desdén pálidas e imperfectas imitaciones de confucionismo y budismo.

De todo esto resulta para el chino un tremendo desdén por el europeo y la convicción de que, intelectual, moral y socialmente, le es de todo punto su-

perior y debería ser su maestro. Sin embargo, hay una cualidad que él reconoce en el europeo; es la de mecánico... Y esta es, por lo demás, la única superioridad que nos conceden los orientales, y cualquier brahman indio o cualquier *ulema* musulmán concordará en que, lamentablemente mediocres como somos en nuestros sistemas religiosos y éticos, en nuestra metafísica, en nuestra literatura, en nuestras doctrinas sociales, tenemos, no obstante, una habilidad de mano verdaderamente infernal para fabricar máquinas de vapor, aparatos telegráficos, toda suerte de herramientas astutas. Este talento nuestro, todo el Oriente lo considera ciertamente inferior, manual, propio de menestrales y de esclavos. Pero concuerda en su gran utilidad (no hay nada, aun para un mandarín de la academia del *Han-lí*, como una locomotora cuando quiere andar aprisa), y reflexiona que, si adquiere ese talento, se convertirá en un hombre verdaderamente completo, puesto que a la superioridad intelectual juntará la superioridad industrial, y será doblemente fuerte por la moral y por la mecánica...

Fué con esta intención como los chinos mandaron sus primeras misiones escolores a Europa y comenzaron su aprendizaje científico.

Esta iniciación habría sido, si embargo, muy fragmentaria, puramente casual y siempre contrariada por el viejo e irreductible conservaturismo chino, si

no la estimulase, por otro lado, el orgullo político de los mandarines y sus violentas rivalidades con el Japón. China, desde hace siglos, detesta al Japón por motivos un poco semejantes a los que mantienen a Francia y a Inglaterra en un perpetuo y sordo estado de antagonismo y malquerencia. Son las dos grandes naciones del Extremo Oriente, donde ambas aspiran al predominio; tienen un desenvolvimiento idéntico, aun en literatura, aun en arte, aun en industrias nacionales, que ambas exportan y que chocan en los mercados, lo que asocia a la emulación intelectual la emulación comercial; sus temperamentos, a más de eso, son desemejantes como el del francés y el del inglés, uno grave y práctico, otro ligero y fantástico; lo que crea en el constante encuentro de los hombres de las dos razas una multiplicidad de pequeñas antipatías individuales, que se prenden y se suman en un vasto odio internacional. Guerras sucesivas han intensificado esa rivalidad; y realmente, el chino y el japonés, que se tratan ambos mutuamente de *bárbaros* y de *escoria de la tierra*, sólo habían tenido hasta hoy un impedimento para desgarrarse entre sí, que era el mar que les separa, la insuficiencia de sus Marinas y el miedo común a Europa.

Ahora bien; el Japón, como todos saben, realizó una transformación extraordinaria y ciertamente única en la Historia. De la mañana a la tarde, sin

descanso, con un ardor frenético, este pueblo ligero y gárrulo sacudió sus tradiciones, sus instituciones, sus leyes, sus costumbres, sus trajes, sus modales, y se caló de una sola vez y toda completa, como una pelliza, la civilización europea, comprada a precios ruinosos en un almacén de civilizaciones hechas. Nada representa o debe representar mejor un Estado, que su jefe; y aun hace poco yo contemplaba dos estampas que pintan con un relieve desolador para el artista la transformación del viejo en el nuevo Japón.

En la una es el Mikado, aún Emperador omnipotente y hierático, medio hombre, medio dios, alzado en su trono, que más parece altar, todo envuelto en un manto de seda color de paja, con una mitra de laca blanca, donde rebrillan pedrerías, inmóvil y con los ojos bajos, a la manera de un ídolo, mientras el humo del incienso se eleva de las cazoletas y viejos Daimios feudales y Samurais magníficos, vestidos de brocados, de bronces dorados, con los dos sables en la cintura, las dos antenas de oro temblando en el yelmo, se postran ante la majestad del Hijo del Sol, tocan con la frente las finas esteras claras, trenzadas con la flor de *nassari*.

En la otra estampa, de colores vivos, es el mismo Mikado, años después, más pequeño y como disminuído, con un uniforme rojo de general inglés, que le hace arrugas en los sobacos; con un casco blanco

de general prusiano, que le cae sobre los ojos; con unos pantalones azules de general francés, que se le escapan de los tobillos, sentado de canto en una poltrona, dentro de una estación de camino de hierro, mientras en derredor se agitan funcionarios constitucionales de sombreros de pico, de sombreros altos, de sombreros hongos, cursis y contrahechos, y a lo lejos una locomotora humea y va a partir bajo un arco de lona, que ostenta este lema estupendo: *¡Viva la Constitución!*... ¡Este es el Japón nuevo! ¡Es lúgubre!...

Pero es fuerte; porque con nuestros horrendos sombreros de pico y nuestros pantalones agalonados, adoptaron también nuestros acorazados, las espingardas de Lebel, las ametralladoras, toda nuestra organización y ciencia militar. Y como no le falta la inteligencia diestra para aplicar nuestros principios y usar nuestro material, y como sus oficiales son educados en las escuelas, en los arsenales, en los campos de maniobras de Europa, en breve el Japón pintoresco se convirtió en el Japón formidable, y a pesar de que los uniformes mal hechos le daban un aire de bebé de Carnaval, siguió siendo la gran potencia del Extremo Oriente.

La China observó esta revolución social del Japón con indecible enojo; pero también con una vaga inquietud. Los hombres que abolían el más santo de los cultos, el culto del pasado, que se encasquetaban

la pelliza extranjera, que abandonaban sus fiestas religiosas para aplaudir en casinos, alumbrados por gas, las cancioncillas torpes de Marsella, eran sin duda viles; pero sus puertos estaban llenos de acorazados, sus arsenales de armamentos, una sabiduría nueva había penetrado en su educación, y podían, por lo tanto, a pesar de ser innobles, ser peligrosos. La habilidosa y fuerte civilización de «los diablos europeos» había convertido el Japón en una gran potencia asiática, comunicándole sus mañas y su fuerza; convenía, por lo tanto, adquirir también esa fuerza y esas mañas para que el Imperio del Medio no fuese sobrepujado por el pequeño Imperio del Sol Naciente, una vez que está probado, desgraciadamente, que la espingarda Lebel mata mejor que la elegante y venerable flecha de los abuelos.

Fué, por lo tanto, el Japón quien forzó, sobre todo, a China a entrar, bien a su pesar, en la imitación europea; y este paso humillante, tan contrario a todos sus sentimientos sociales, políticos y religiosos, a que China era impelida por la indecente europeización del vecino Japón, irritó más a los mandarines contra el Gobierno, ahora constitucional, del Mikado. El viejo Japón era ya antipático a China; el nuevo Japón, pertrechado a la europea, con gas y con teléfonos, se le hizo intolerablemente odioso. La propia cuestión de Corea, tan antigua entre los dos pueblos, se complicó, se agrió con esta cuestión reciente

y singular de las innovaciones occidentales. En Seul, en la corte del pobre rey de Corea, las influencias china y japonesa, en hostilidad latente desde largos años, combatiéronse ahora en estos últimos tiempos, acerca de esas formas de civilización, que el Japón, con el celo de los nuevos convertidos, intentaba introducir en Corea, y que China se esforzaba en repeler con rencor. Así el Japón llevaba al débil y aturdido Gobierno coreano a crear una escuela militar de tipo europeo; e inmediatamente China consiguió su supresión. Después fué un camino de hierro que, gracias a la influencia japonesa, tendió sus primeros rieles, y que la influencia china tortuosamente embargó luego y al fin destruyó.

Y, a pesar de todo, China continuaba importando nuestras armas, reproduciendo nuestro modelos, pero lentamente, a duras penas, sin gran confianza en su eficacia y segura aún de que en una guerra el Japón, con todo su material y ciencia traídos de Europa, sería aplastado por el número incontable de las viejas tropas chinas, mandchúes y tártaras.

Era una ilusión. Apenas declarada la guerra, en pocas semanas el Japón ocupaba Corea, aplastaba al viejo rey y al viejo Gobierno, rechazaba al ejército chino, destrozaba la Armada china, invadía el suelo chino y comenzaba una marcha sobre Pekín, para imponer al *Hijo del Cielo*, dentro de su ciudad santa, una paz llena de vergüenza y de ruina.

Por ahora el japonés aún marcha, aún está lejos de Pekín. Pero cuando entre allí, como todo lo presagia, China habrá sufrido la mayor afrenta de toda su historia de seis mil años. Y que a consecuencia de esa humillación la actual dinastía mandchú se evapore o permanezca, el mandarinato, que es eterno y sobrevive a todas las dinastías, ha de raciocinar (porque esa es su profesión) que la ultrajante derrota proviene sólo de que China no posee las armas y los métodos europeos, tan intrínsecamente fuertes que, aun usados por hombres tan viles como los japoneses, «escoria de la tierra», triunfan irresistiblemente de un poder tan augusto como el del Imperio Florido...

Y de este raciocinio justo resultará que, por lo menos militarmente, China se va a tornar europea, en lo que Europa tiene de más ingenioso, de más científico, de más moderno... Ella hará exactamente lo que en estos últimos años hizo el Japón, en proporciones superiores, como de quien tiene cuatrocientos millones de hombres e innumerables millones de duros, y con aquella inteligencia y tenacidad y sentido práctico y método que caracterizan a la raza... En veinte años, en menos, China puede ser la nación militar más poderosa de la tierra.

Y no le es menester para eso, como nosotros necesitamos, inventar, crear laboriosamente: basta con que compre y aprenda, lo cual es fácil para su inmenso dinero y para su agudo ingenio.

El genio ario está acá, en Occidente, en su sublime y natural tarea de calcular, de descubrir; el mongol de coleta sólo tiene que mirar, escoger, adoptar...

Ahora bien; cuando China se convierta en una nación militar en extremo poderosa, Europa quedará en una situación singularmente peligrosísima... No es que debamos temer, como todos temen y ya profetizan, una nueva invasión de bárbaros del Asia. Aun cuando en China surgiese un Atila, capaz de reunir, por la energía de su genio, a todos los pueblos del Oriente, para lanzarlos sobre el Occidente, nuestra civilización nunca podría ser sumergida ni siquiera parcialmente desbaratada. Su cohesión es enorme; hay una resistencia invenciblemente fuerte en su unidad social y moral; y Rusia forma un baluarte que ningún poder, aun organizado y pertrechado a la europea, podrá jamás trasponer.

A más de eso, China está prodigiosamente vieja: y esas aventuras reclaman una sangre nueva y rica como era la de los Hunos o la de los Godos. Por lo demás, el chino, como todos los pueblos rurales, es un pueblo esencialmente pacífico. Su educación, desde siglos atrás, ha sido antiguerrera; y toda su literatura, como toda su ética, enseña el desprecio por el hombre de armas. China es una raza de labradores, gobernada por una clase de literatos, y con estos elementos no se crean hordas invasoras. Creo, pues, que el galo-romano puede pasear sosega-

damente bajo los pórticos pintados de su *villa*, entre las flores y los bustos de los sabios... El hombre amarillo no descenderá en su peludo corcel tártaro, soltando el viejo grito de Tamerlán: *¡Haï-u! ¡Haï-up!*...

¡Pero vendrá, sin embargo, el hombre amarillo!... Vendrá muy humildemente, muy pacíficamente, en grandes vapores, con su mochila en las espaldas. Vendrá, no para asolar, sino para trabajar. Y esa es la invasión peligrosa para nuestro viejo mundo, la invasión sorda y hormiguera del trabajador chino. La California muestra en las pequeñas proporciones de una provincia lo que podrá ser en nuestro populoso Continente una ilimitada venida de chinos... Fué en 1852 cuando llegaron a San Francisco de California los primeros cien emigrantes, aún tímidos e inciertos, buscando trabajo en las minas. Diez años después eran cien mil... Serían hoy un millón, muchos millones de ellos, si el Estado de California no los hubiese repelido como una plaga, como se repelen en Argelia las langostas o en Australia los conejos. No es, como se cree, el hambre y la miseria lo que les impulsa de la China. Por el contrario, todos estos ricos emigrantes que vienen de las ricas provincias del Sur de China pertenecen a una clase rural bien acomodada, poseen una instrucción media, traen su peculio. No hay en ellos espíritu errático de aventura, sino el propósito muy raciocinado de hacer

una fortuna comedida y sólida y de volver a China, donde dejaron la casa, las mujeres, la familia, un centro estable con el que comunican constante y fielmente.

Toda esa emigración estaba admirablemente organizada por medio de asociaciones (todo en China se hace por medio de asociación), cuyos jefes, ya instalados en California, proporcionaban pasaje a los emigrantes, los recibían, los instalaban, les buscaban empleos, juzgaban sus disensiones, velaban sobre ellos paternalmente... Así se forma siempre en la ciudad extranjera una ciudad china, cerrada y compacta, con sus altares, sus tiendas, sus hospicios, sus escuelas, su mandarín, todos los órganos necesarios a una China pequeñita... De ahí irradian los trabajadores. Y nunca les falta trabajo. En primer lugar porque se contentan con la tercera parte del salario del trabajador blanco. El chino no tiene necesidades; una sola túnica de percal o lana gruesa le basta para una existencia; un poco de arroz y dos sorbos de té le alimentan... Donde el blanco comilón y vicioso necesita ganar dos duros al día, el chino es feliz con tres *tostoes*, y ahorra. En segundo lugar, tiene admirables cualidades de trabajador: puntualidad, actividad, docilidad, adaptación perfecta a todas las formas de servicios... Son superiormente inteligentes e increíblemente sufridos. Las colosales obras de terraplenamiento hechas en California y en Sierra

Nevada sólo podían ser ejecutadas por la dureza e infatigable resistencia de los nervios chinos. Sin ellos, el gran camino de hierro del Pacífico nunca habría sido construído tan rápidamente, tan hábilmente. En La Habana, en las grandes plantaciones de tabaco, de azúcar, de algodón, en servicios donde todas las razas sucumben, aun la negra, el chino prospera, se pone más lucido y gordo. Soles tórridos, lluvias torrenciales, terrenos palúdicos, microbios y toxinas, no ejercen acción sobre aquel ser, de apariencia muelle y como hecho de paja. Además, como es sabido, la sensibilidad nerviosa del chino es mínima, y por eso ellos son casi indiferentes a las penalidades usuales del Código chino: el bastonazo y el azote. Toda su sensibilidad es moral; y así en La Habana el castigo terrible y verdaderamente doloroso que se impone al chino, es cortarle la coleta. La coleta es el símbolo exterior de su dignidad, como eran antaño, para los caballeros godos o francos, los densos cabellos anillados.

El chino, luego que reune por el trabajo del campo, de la mina o de la fábrica, un saco de economías, viene a establecerse en la ciudad como jardinero, lavandero, sastre, zapatero, cocinero, joyero, etc.

Y en estos menesteres es incomparable por la habilidad, la rapidez, la originalidad, la excelencia de la mano de obra. Cuando las economías crecen, abandona la pequeña industria; entra en el comer-

cio, donde es prodigioso por la actividad, la finura, el tacto, la prontitud en comprender todos los métodos y mañas de la plaza. Después, apenas hace fortuna, sale para la China, llevándose el dinero del blanco y un desprecio más intenso aún del que trajera por la civilización europea.

Un emigrante con estas capacidades es terrible, sobre todo en países industriales, porque altera profundamente la balanza de los salarios. El capital productor tiene el sueño ansioso y legítimo de disminuir, por la baja de los salarios, los gastos de la producción. Cuando se le presenta, por lo tanto, un operario hábil, incansable, puntual, dócil, que no se mete en huelgas, ni en política, y es sólo un complemento inteligente de las máquinas, y ofrece su trabajo por la mitad o por un tercio del salario normal, inmediatamente lo acepta con alegría, sin cuidarse de que sea de raza blanca, amarilla o verde. Fué lo que aconteció en California. El hijo del Celeste Imperio comenzó lentamente a expulsar al *yankee* de toda actividad asalariada. En las minas, en las calles, en las fábricas, en las industrias, por todas partes donde se necesitaban brazos, los amarillos eran preferidos a los blancos. Y como esta emigración se desenvuelve siempre cada día más densa, y su creciente conocimiento del país le aumentaba los medios de expansibilidad, la competencia china en breve pesó victoriosamente en el mercado, y la tasa del

salario bajó de un modo alarmante para el trabajador de raza blanca... La consecuencia fué que la raza blanza (que ha inventado las teorías más nobles sobre la libertad del trabajo) pasó a impedir violentamente a los chinos que trabajasen. En las mismas fábricas, por todas partes, el chino era acorralado, golpeado, apuñalado, y la Policía de California desviaba los ojos benévolos. A más de eso, los políticos, bajo la influencia de la población obrera, que dispone del voto, comenzaban a crear leyes opresoras contra el chino, para hacerle la vida intolerable y disgustarle siempre de las dulzuras de California. El chino persistía, sin embargo, con la tenacidad de su raza. Cada vapor del Pacífico desembarcaba en San Francisco mil quinientos, dos mil chinos. Era como una antigua plaga de la Biblia. La población obrera, sumergida, amenazaba al Estado con una revolución. Los políticos, entonces, estirando, hasta hacerla estallar, la doctrina de Monroe, consiguieron formular una ley que prohibía al habitante de la China penetrar en el suelo de California...

Pero ¿cómo puede establecerse una ley tal, tan escandalosamente violadora de todos los derechos divinos y humanos...? Porque la China era débil y no tenía escuadras ni ejércitos para hacer respetar en sus nacionales el derecho que a todo habitante de la tierra asiste de recorrer la tierra y de escoger en ella un rincón donde se instale, trabaje pacíficamente y se nutra.

Como me decía a mí mismo un mandarín (el único que me fué dado conocer, hombre magnífico, de antiguos modales, incomparablemente aristocrático, y vestido con una túnica de seda verde mar e hilo de oro, que me fascinó); como él, pues, me decía: «El chino no podrá viajar mientras no posea, a la manera de Europa, acorazados para transportarle.» Y con esto significaba aquel venerable mandarín que China, cuando estuviese dispuesta, debiera hacer a Europa lo que Europa hizo a China: obligarla a recibir a sus trabajadores, so pena de ametrallarla.

Y aquí está el peligro económico que nos vendrá del Imperio Florido, cuando, derrotado por las armas europeas del Japón, sacuda el antiguo sopor bajo el cual está adormecido, arroje al lodo la flecha tártara, y se arme y construya flotas, y conozca profundamente el modo de maniobrarlas y convertirse en una inmensa potencia militar y marítima; el hombre amarillo hará luego su hatillo y embarcará, confiado y seguro, para venir a explotar Europa. Será un movimiento lento (tan lento como lo fué el de las hordas bárbaras dentro del Imperio romano); pero que fatalmente se dará como la natural consecuencia de cuatrocientos millones de hombres que entran de nuevo en la familia humana. El pequeño hormiguero chino que se arrastraba hacia California hasta que el *yenkée* le aplastó bajo su grueso zapato herrado y claveteado, comenzara de nuevo en proporcio-

nes inmensas para toda América, para toda Europa. Y entonces no se podrá decretar contra él la persecución —mucho menos la expulsión— porque detrás del emigrante chino avanzará el acorazado chino; *comer a un chino*, según la expresión americana, será entonces una aventura tan indigesta y tan llena de peligro como es hoy en la China *comer a un inglés*.

La desorganización económica que se produjo en California vendrá a repetirse en Europa con descomunal magnitud. En las fábricas, en las minas, en el servicio de los caminos de hierro, no se verán sino hombres de coleta, silenciosos y diestros, haciendo por la mitad del salario el doble del servicio; y el operario europeo, eliminado, o ha de morir de hambre, o hacer revoluciones, o forzar a los Estados a guerras con cuatrocientos millones de chinos.

Esta es la invasión a temer; no la invasión tumultuosa a la manera vandálica... Y sería tanto más temible, cuanto que tendrá por sí la fuerza del derecho sin que sea fácil ejercer contra ella el derecho de la fuerza... Tendrá, a más de eso, como cómplice e instigador, el interés del capitalismo; porque a medida que nuestras clases obreras, más educadas, se tornen más indisciplinadas (o más legítimamente exigentes) y el capital europeo entable una lucha más áspera con el trabajo europeo, su tendencia irresistible será utilizar la enorme masa dócil y fácil-

mente contenta que cada año le remita la inagotable China. En cada centro industrial de Europa habrá así un permanente y atroz conflicto de razas, como ya hoy se dan, y por motivos idénticos, conflictos de nacionalidades, en que el francés aplasta al italiano porque el hombre trigueño de allende los Alpes come menos carne y pide menos salario.

Y si la invasión obrera china no triunfase (porque la fuerza y la influencia del proletariado son ya inmensas y aún crecen), esa invasión sería en un gran período del siglo xx una nueva e intensa complicación, sobreviviendo a tantas ya temibles que esperan nuestros pobres nietos.

Pero ¡basta de chinos!. . Vosotros, amigos, ahí en el Brasil, parece que los deseáis para plantaros y cogeros el café. Seréis inundados, sumergidos. Irán cien, irán luego cien mil... De aquí a diez años en São Paulo y en Río de Janeiro tendréis vastos barrios chinos, con etiquetas pintadas de rojo y negro, hileras de linternas de papel, cubiles apestados de opio, toda suerte de asociaciones secretas, una fuerza inmensa creciendo en la sombra, y túnicas y coletas sin cesar hormigueando... Pero tendréis cocineros chinos, planchadores chinos; y sabréis, al fin, lo que es una sopa superlativamente sublime y un cuello lustroso y digno de los dioses... Todas las otras colonias, portuguesa, italiana y alemana, serán insensible y sutilmente absorbidas a sus patrias de

origen; y el Brasil todo, dentro de veinte años, será una China...

Los nativistas se lamentarán de dolor y de enojo. Y como por caridad intelectual es necesario que a todo espíritu se dé alimento, la mitad de la *Gaceta de Noticias* estará impresa en chino. Bueno es, pues, que comencéis a releer vuestro Confucio, camaradas; y que os iniciés en los libros fundamentales: el *Chu-King*, que es el libro de las Memorias; el *Chi-King*, que es el libro de las Imaginaciones; el *Ji-King*, que es el libro de las Vicisitudes; y el *Idi-King*, que es el libro de los Ritos...

Por lo demás, todo ese *chinesismo* no será para el Brasil sino un ligero aumento de confusión. Y después, ¿quién sabe? Tal vez la influencia ambiente del confucionismo infiltre por fin y derrame en el país los principios saludables de la doctrina perfecta: el amor de la disciplina, del respeto, de la tolerancia, del orden y de la paz laboriosa...

IV

EL ZAR Y RUSIA

El zar Alejandro III, a quien Rusia está hace tres semanas sepultando con una pompa tan morosa y difusa, era un hombre excelente, pacífico, probo y patriota. Estas cualidades, estimables y puras, no merecen generalmente canonización. Cuando las posee y ejerce un tendero, no resultarán, como beneficio para la Humanidad, más que algunos kilos de azúcar pesados con honestidad, o luminarias colgadas de un balcón en los aniversarios festivos de príncipes y Constituciones. Poseídas y ejercitadas, sin embargo, por un autócrata todopoderoso, adquieren una magnitud y una irradiación proporcionadas a la voluntad ilimitada que las ejerce, y de ellas pueden provenir bienes inestimables para un pueblo y aun para toda una agrupación de pueblos. Ahora bien; el zar es un autócrata omnipotente y de una omnipotencia sin igual en Europa, por lo menos en la historia de la Europa civilizada. Aun en las grandes civilizaciones asiáticas, los soberanos no disponen de un poder tan ilimitado. Así, en China, a más de las

costumbres inmutables y de los ritos que cercenan la autoridad del emperador, hay también para contenerla y retenerla la fuerza de los virreyes, como el virrey de Cantón y el virrey de Pet-che-li, que, disponiendo sin fiscalización, de los tesoros y de los ejércitos de sus provincias, constituyen útiles y formidables centros de oposición y de resistencia.

En Rusia, por el contrario, la autocracia es absoluta y más ilimitada que la de los Césares de Roma, de quien los zares, como herederos del cisma griego y a través de los Césares de Bizancio, son los sucesores remotos. Los Césares no eran propiamente déspotas, tal como se entendía entonces el despotismo y como existía en Oriente, y, sobre todo, en Persia, donde no había Estado, ni leyes, ni opinión, ni propiamente hombres conscientes: sólo había una horda tremenda de esclavos que el gran rey podía mutilar, matar, vender, lanzar en manadas hacia aquí o hacia allí, como ganado vil. Indudablemente, Roma vió formas violentas de tiranía bajo ciertos príncipes de naturaleza perversa o extraviados por ese desequilibrio de la voluntad absoluta que se llamó «la locura cesárea». Pero eran crisis transitorias, no situaciones normales. El cesarismo fué siempre, en realidad, una monarquía templada. Así lo entendían los contemporáneos y los que aún estaban próximos a un Nerón, a un Claudio, a un Domiciano. «No se debe confundir—dice el liberal Plinio—el

principado romano con el despotismo.» Las antiguas libertades no sólo habían quedado en las leyes después del imperio, sino en las costumbres.

Enfrente de los Césares permanecían aún muchas fuerzas vivas para constreñirlos y moderarlos. Todas las magistraturas que él nombraba y que le ayudaban a gobernar el imperio, ese Senado Augusto cuya autoridad era la más antigua, y revestida de carácter religioso; la opinión pública impaciente y locuaz; las tradiciones, las costumbres, la sociedad, el patriciado, el culto, el propio pasado glorioso de Roma, la memoria siempre viva de los altos hechos y de las altas virtudes;—eran otras tantas fuerzas que podían limitar y limitaban el poder de los Césares. Solamente que (y de ahí arrancaba el mal) la fijación de esos límites no se hallaba constitucionalmente determinada. Nerón decía, con razón, que los Emperadores nunca sabían lo que les era exactamente permitido o vedado. Lo mismo podían afirmar los magistrados y el Senado. A través de esta incertidumbre pudieron producir los males y los crímenes que ennegrecen la Historia augusta. El poder cesáreo no era ilimitado; estaba mal limitado. Pero, aun dentro de esos límites inciertos, fué siempre en principio (principio que, bajo los emperadores benignos, se traducía en realidades), ejercido en nombre del pueblo o del Senado. Con el pueblo, en verdad, los emperadores no contaban, porque el pueblo, desde Au

gusto, se había desentendido de las cosas públicas y ya ni comprendía el orgullo o el provecho de la libertad. Cuando Calígula reunió nuevamente los comicios populares, suprimidos por Tiberio, ni un solo hombre de la plebe romana apareció para votar. Estaban todos en los teatros, en los baños, en las fiestas, en las romerías. Con tal que las subsistencias siguiesen baratas y los espectáculos fuesen interesantes, el viejo pueblo romano aplaudía a su príncipe. Si el pan encarecía, si los juegos circenses eran sosos, la vieja independencia y altivez romanas reaparecían y las estatuas del emperador, a veces hasta la persona misma del emperador, recibían alguna de esas burlas de infinita malicia en que los italianos fueron siempre magistrales. Los emperadores sonreían, paternalmente confiados. Había sido la plebe quien los había elegido, sacaba de ellos un provecho seguro, y no había temor de que los cambiase por las contingencias y miserias de la rebelión.

El Senado era, sin embargo, el terror de los emperadores. La sacra y augusta Corporación de los Padres Conscriptos conservaba todo su prestigio, y el mundo romano miraba hacia ella y confiaba en ella. Lo que contribuía a su importancia universal y mantenía la certeza (y hasta la leyenda) de su poder, eran las muestras de respeto, de respeto humilde y filial que le prodigaban los Césares. Todos, desde Augusto, se esforzaban en no aparecer sino como servido-

res del Senado. Hasta bajo los más demagógicos y violentos, seguía siendo (según la expresión de uno de ellos, de Othon) «la cabeza y la honra del imperio». El mismo Nerón contribuyó a aumentar su brillo y su dignidad, y por lo tanto, en una sociedad tan jerárquica como la sociedad romana, su influencia y su mando.

Las persecuciones que un Claudio o un Domiciano ejercieron contra él, probaban también su poder y la pesada sombra que hacía a la autoridad imperial. Indudablemente, el Senado dió a veces, en épocas ya muy serviles, el ejemplo de todos los servilismos, porque la flaqueza de los hombres vicia y anula las instituciones más vigorosas. Pero ello no impidió que durante todo el imperio los Césares sintiesen sobre sí aquel soberano Cuerpo político, a tal punto, que el más intratablemente orgulloso, un Tiberio, no practicaba acto de que no diese explicación al Senado, en una de esas «largas y verbosas cartas» que a cada instante llegaban de Caprea.

El emperador de Rusia es quien no tiene explicaciones que dar a nadie, sino a Dios. Su poder, más absoluto que el de Luis XIV, porque no está contrapesado por los Parlamentos; más absoluto que el de Felipe II, porque no está coartado por los

Fueros;—corresponde, en rigor, al del gran sultán, en el antiguo imperio otomano, que sólo tenía por límites la religión. Con la diferencia, no obstante, de que el sultán podía ser depuesto por un decreto de los *ulemas* y de los *molahs* congregados en concilio, y no hay concilio de metropolitanos que pueda suprimir una partícula del poderío de los zares. Esa soberanía es una, indivisible, inalienable. Fundada sobre el sistema de los principios feudales, es como una propiedad, un mayorazgo heredado por cada emperador; y sería en él casi una cobardía, por lo menos una vileza, abandonar a sus vasallos individualmente o constituídos en asamblea, una porción, aunque fuese mínima, del depósito que recibió intacto de los antepasados, y que debe transmitir intacto a sus hijos. No sólo por la tradición medioeval, el zar es el propietario, el dueño de Rusia y de todos los rusos, sino que, por la teoría de los jurisconsultos, es, como zar, el único y perpetuo representante de la nación; y, además, por la doctrina de los teólogos, es, como David, el delegado especial de Dios sobre la tierra. Tiene la triple consagración de la costumbre, de la ley y del dogma. La civilización, la filosofía, la ciencia, la absorción de la cultura europea han endulzado sus formas, pero no han alterado en su esencia esta vetusta concepción de la soberanía rusa.

El emperador Alejandro III era, en realidad, tan

absoluto como el tremendo Iván III, hace trescientos años. Este Iván decía a los rusos, para definirles bien las relaciones de zar a vasallo: «Yo soy vuestro Dios, como Dios es el mío.» Y el pueblo ruso así lo entendía. Por eso soportaba todas las crueldades del soberano, no sólo en perfecta sumisión, sino aun adorando y con las manos levantadas hacia él, como hacen las razas muy creyentes cuando Dios les manda las privaciones del hambre o la peste. Alejandro III no daba de su soberanía la misma fórmula de Iván; pero en el fondo tenía de ella la misma idea, y Rusia continúa consintiendo en esa idea, si no ya con fervor devoto, como en las edades bárbaras, por lo menos con respeto jurídico.

Ahora bien; en un soberano poseedor de tal poder, estas virtudes sencillas de dulzura, probidad, patriotismo, respeto a la vida humana, espíritu pacífico, que en un mero ciudadano no tienen sino una acción restringida a la familia, y en un rey constitucional no tienen sino una acción restringida a la corte;—son de un alcance universal e influyen en los destinos del mundo, ¡sobre todo cuando la omnipotencia de ese omnipotente se extiende a ciento cincuenta millones de hombres! .. Más que todo aún, cuando a esas virtudes se junta, como en el emperador Alejandro, el sentimiento religioso de su responsabilidad para con Dios; y cuando, bajo la mirada de ese Dios, que él siente que le manda, se aplica a

ejercitar con indomable tenacidad, con impulso nunca extinguido, en lo que es grande y en lo que es mínimo, esas virtudes que recibió de Dios. Entonces su dulzura natural puede producir, a la larga, la felicidad de vastas masas populares; su probidad instintiva puede emplearse en la fecunda gerencia de la riqueza pública; su patriotismo creará tal vez la expansión y el engrandecimiento de la patria; las tendencias de su corazón pacífico pueden dar la paz al mundo. Su omnipotencia opera como una palanca que, bajo la presión de cinco dedos— y no dedos enormes del gigante Goliath, sino dedos usuales y frágiles del mediano hombre que pasa—levantará fácilmente la más monstruosa de las rocas. Y así, por poseer las tres o cuatro cualidades que casi todos poseemos, permaneciendo con ellas en irremediable obscuridad, el soberano absoluto del tipo del Zar se torna ilustre y hombre de historia, principalmente si tuvo la felicidad de vivir en una época como la nuestra, tumultuosa y vacua, época de mucha turba y de pocos hombres.

El zar Alejandro era característicamente un ruso. El mismo acostumbraba a decir, según cuentan, que «la única justificación de un zar era su rusianismo». Más que ruso, el zar era un mujik, un sencillo mujik coronado. Del mujik tenía la robustez enorme y mal hecha, el andar bovino y lento, el mirar pensativo. Sus placeres eran los trabajos rudos de los hom-

bres de los campos, en lucha con la Naturaleza áspera: desbrozar malezas, derribar árboles, cortar leña. En Gatchina, donde se escondía como en una ciudadela, había siempre durante el invierno algunas sendas del parque donde no se limpiaba la nieve, porque era el emperador quien todas las mañanas la levantaba con una inmensa pala, proporcionada a su inmensa fuerza, y con una pesada carreta, a la cual se uncía el Señor de las Rusias. Y con todo esto una ternura de sencillo, devotamente fiel a la zarina, en adoración delante de los hijos, temblando si uno de ellos tosía o si dormía mal, y tirando papeles del Estado y cuidados del imperio, para ir a arreglarles muñecos o para divertirlos en el jardín con graciosas hazañas de fuerza.

Su inteligencia era lenta y poco curiosa. Nunca fué hombre de libros ni le interesaban las cosas de la corte. Sus gustos tendían más bien hacia lo que es intrínsecamente precioso y brilla; y coleccionaba con ardor obras de orífice, pedrerías, vajillas. En el teatro estimaba, sobre todo, los dramones tremendos en que se llora, en que él lloraba. Su superioridad residía toda en el carácter, y, sobre todo, en la incomparable probidad, en el celo ansioso con que cumplía su oficio de reinar. El imperio no era para Alejandro III una sinecura espléndida. Así como poseía todos los poderes, tomaba a su cargo todas las funciones. En aquella centralización grosera, sin

fiscalización y sin publicidad, había de sustituir con su voluntad y sus acciones a todas las voluntades y todas las acciones abolidas. Ya se tratase de una alianza política o del arreglo de una carretera, era el emperador quien decidía y daba el impulso. Un régimen tal necesita una energía indomable, una severidad minuciosa, un discernimiento casi infalible. En realidad, necesita genio. El emperador sustituía la pequeñez del genio por la inmensidad de la aplicación. Para gobernar por medio de tal sistema, Federico II de Prusia levantábase aterrado a las cuatro de la madrugada, y Napoleón trabajaba diez y ocho horas por día, y aun a la mesa, o en el baño, mientras su criado lo refregaba todo con agua de colonia, dictaba a sus secretarios. Y ni uno ni otro dirigían máquinas que se puedan comparar con Rusia, por la complicación, por la grandeza y por la irregularidad. El zar, realmente, murió de ese trabajo sobrehumano. Aun durante las vacaciones, en el verano, cuando residía en Dinamarca, continuaba gobernando a Rusia, en todas sus menudencias, desde el fondo de la habitación del castillo de Fredensborg; ¡y para auxiliarle en la tarea pavorosa sólo traía consigo un amanuense!... ¿Era solicitud de autoridad celosa? ¿Desconfianza de colaboraciones infieles interesadas? ¿Pasión de burócrata como la que siente el sultán? Tal vez un poco de todo; pero, por encima de todo, el sentimiento austero de su responsabilidad. Su

celo administrativo era aún una forma de su celo religioso. Por la noche, aquel emperador era el hombre más fatigado de todo el Imperio. El trabajo, por su magnitud, casi estaba en relación con el salario. Pocos mujiks en los campos habríanse cansado sobre su labor tan duramente como el gran mujik coronado. Con los hombros caídos, como si sobre ellos cargase a Rusia, recogíase entonces al cuarto de la emperatriz, donde, como un padre sencillo, rodeado de los suyos, era él quien hacía el té...

...La idea dominante de este verdadero ruso fué rusificar por completo el imperio, fundir en una fuerte unidad política y religiosa todas las razas y todos los credos, de modo que no hubiese dentro de Rusia sino rusos, y rusos ortodoxos. Así fortalecía su propia autoridad, porque el Zar, jefe temporal, es también jefe espiritual. Para ese inmenso fin no desdeñó medio alguno, aun el más insignificante; como cuando ordenó que en la corte se emplease el idioma ruso y que las señoras volviesen a poner en moda los antiguos trajes rusos. No todos sus métodos de rusificación fueron indudablemente eficaces y hábiles porque no es con finlandeses oprimidos como se hacen rusos leales; y la expulsión de los judíos, por principio ortodoxo, no consolida la ortodoxia, ni la purifica, porque toda secta que se torna perseguidora pierde su fuerza y corrompe su espíritu. Pero en

su antisemitismo, el Zar obedecía fatalmente a sus íntimas antipatías de mujik. Esfuerzo más coherente y eficaz fué su metódica eliminación del elemento y de la influencia germánica. Bajo su reinado, Rusia casi se desgermanizó por completo. Y aquí también su interés político concordaba con su simpatía doméstica;—porque a la Zarina, hija del Rey de Dinamarca, el antiguo vencido de Koenigsgratz, era naturalmente odioso todo germanismo.

Pero la obra grandiosa del Zar fué la lenta extensión de Rusia hacia Asia: la marcha sobre el Afgahanistan, realizada con una tenacidad, un método, un saber admirables, a pesar de todos los obstáculos geográficos, de resistencia de poblaciones feroces y fanáticas, de la esterilidad de las regiones, nunca hasta entonces holladas, y del dispendio incalculable de millares de hombres.

Para llevar a cabo esta colosal ramificación de su imperio asiático, el Zar necesitaba dinero y paz. Y estos preciosos factores de la obra solo Francia podía garantizárselos; porque las otras dos naciones ricas y fuertes, Alemania e Inglaterra, rivales de Rusia en sus fronteras de Europa y de Asia, nunca contribuirían con empréstitos o alianzas a su engrandecimiento. Por eso el Zar se volvió naturalmente hacia Francia. Y nunca hubo una alianza más lógica, fundada en intereses más positivos.

Los franceses, que gustan de embellecer todos sus

negocios con una aureola de sentimiento, hablan de la fraternidad irreprimible «del alma rusa y del alma francesa». Estas almas, que no se conocen y que nunca se comprendieron, fueron por completo ajenas a esa alianza o acuerdo, que consistió en un intercambio muy sensible de servicios muy materiales. Francia dió a Rusia cuatro mil millones para que emprendiese su conquista asiática, y Rusia, en recompensa, sacó a Francia del aislamiento político en que yacía, débil, a pesar de ser tan fuerte, ante los siete millones de soldados de la Triple Alianza. Por encima de esto, es cierto, se cambiaron muchos abrazos, estalló mucho champagne, mucho lirismo batió el vuelo. Pero en realidad fué una transacción extremadamente seca.

Francia entregó cuatro mil millones de francos, y Rusia prometió cuatro millones de soldados. Mil francos por cada soldado. No es caro para Francia.

El zar nunca estimó ni podía estimar a Francia. Todo en Francia debía repugnar a ese autócrata devoto y púdico; su radicalismo político, su escepticismo religioso, el sensualismo de su literatura y de su arte, y hasta el cosmopolitismo liviano de su capital. Seguramente ante Alejandro III, Francia aparecía como el país de todas las irreverencias y de todos los libertinajes. La gran obra civilizadora de Francia, si alguna vez meditó en ella, ciertamente la atribuía y la limitaba a la antigua Francia histórica,

a la Francia gobernada por sus reyes. En efecto, la influencia de la civilización francesa sobre Rusia, en la época en que fué más viva, en el siglo XVIII, era de sociedad y de corte, e iba a San Petersburgo, no de Francia, ni siquiera de París, sino directamente de Versalles. Las clases rusas afrancesadas aún lo son a la manera del siglo XVIII; y hasta leyendo los libros modernos de París, buscan en Zola o en Bourget aquella cosa especial que buscaban en Dorat o en Crebillon. Ahora bien; este mismo rasgo francés de la sociedad rusa era profundamente desagradable al Zar. Para aquel puro y devoto monarca, el espíritu de Francia siempre pareció venenoso.

¿Amaba al menos el carácter de los franceses, su sociabilidad, su limpidez intelectual, su gracia inventiva y fácil, su arte fino de divulgar y popularizar? Es dudoso que la naturaleza del Zar fuese accesible a la seducción de estas cualidades. Lo evidente, sin embargo, es que el pueblo que en cien años ha demolido trece veces su estructura política y que no se cansa de hacerla cada vez más radical, más positiva, más irreligiosa, debía chocar con todas las opiniones y las crencias de aquel soberano de derecho inmutable, absoluto y divino. Y en el día en que él, en un banquete de gala, se levantó y escuchó de pie la *Marsellesa*, hizo indudablemente al patriotismo y a los intereses de Rusia el sacrificio de sentimientos muy íntimos y muy arraigados y muy queridos.

¿Y Francia comprende y estima a Rusia?

Ciertamente que no, a pesar de tanto como se ha declarado (más en París que en San Petersburgo) en estos dos últimos años acerca de la unión de las dos. No puede haber fusión de almas donde no exista identidad de ideas, de creencias y de costumbres. Sería imposible una estrecha alianza moral entre franceses y turcos. Ahora bien; Turquía no está moralmente más separada de Francia que Rusia. Entre París y Moscú existen no solamente, en cuanto a la distancia millares de kilómetros (que indudablemente acortan cada día los trenes expresos); existen, sobre todo, centenares de años, cuatro o cinco largos siglos. Y siempre entre Rusia y Francia se dió este radical contraste de progreso y barbarie. En el siglo XIII, cuando Francia y la Europa occidental están en la plenitud de la civilización medioeval y en las escuelas resuenan el tumulto de la filosofía, y en los concilios se dilucidan las más sutiles cuestiones espirituales, y los monasterios son centros fecundos del saber, y el arte gótico se expansiona en maravillas, y por todas partes resplandece la honra y la gentileza de la caballería andante; — Rusia es aún más una selva que una nación, donde los esclavos de la planicie, hirsutos, mudos, cubiertos de pieles, cobijados en chozas, son menos hombres que bestias. A fines del siglo XV, en el Renacimiento, durante el máximo esplendor del genio europeo, en tiempo de los grandes

poetas, de los grandes pintores, de los grandes humanistas, cuando la diplomacia sustituye a la fuerza, y los placeres más solicitados son los del espíritu y el mundo está lleno de letrados y de finos amadores de las conversaciones doctas, y los reyes y los papas se disputan la amistad de los artistas, y Francisco I recoge los pinceles del Tiziano, y el fastuoso Don Manuel (1) pasea por las vegas de Cintra entre Gil Vicente y García de Rezende;— en Rusia el zar Iván IV, el hombre más civilizado de su imperio, corta por su mano, con un gran cuchillo, las cabezas de los boyardos, hace cocer en calderos de cobre a los príncipes encarcelados, y después de comer brutalmente, como una fiera, se entretiene en los patios de su negra ciudadela en ver osos que devoran niños... En el siglo XVII, en el gran siglo, cuando Luis XIV resplandecía en Versalles como el sol, cuando la gracia y nobleza de la vida habían alcanzado la perfección suprema, y la cultura y las bellas letras se respiraban como el aire, y cualquier burguesa del Marais escribía tan puramente como los mejores de la Academia, y los escritores eran Bos-

---

(1) Es evidente para todo el que haya saludado la historia de Portugal, que el rey más interesante de este país es el rey D. Manuel, *el Afortunado*, que dió su nombre a un período del arte, tanto en arquitectura como en las bellas letras: el período *manuelino*, *emmanuelino*, tan admirablemente estudiado por Teófilo Braga.—(N. DEL T.)

suet y Pascal y Molière y Corneille y Racine y La Rochefoucauld y Boileau;—en Rusia, en San Petersburgo, los hombres de greñas incultas hasta la cintura, de barbas escuálidas hasta el ombligo, arrastraban por el lodo groseras túnicas tártaras; los mismos nobles sólo tenían por distracciones borracheras y riñas; las mujeres, tapadas con densos velos, vivían aherrojadas, sin permiso de salir a la calle, de asomar a una ventana, como en los harems de Bagdad; y en las casas, amuebladas con rudos trastros de pino mal pulimentado, no había un cuadro ni había un libro, porque en Rusia nadie sabía leer. Pedro el Grande (ese zar genial que cuando asistía a las sesiones del Senado terminaba siempre por apalear a los senadores furiosamente con un bastón) mandó cortar todas las barbas por decreto y acortar todas las túnicas; libertó, también por decreto, a todas las mujeres de su reclusión de serrallo persa; hizo obligatorias, también por decreto, las reuniones de sociedad y los saraos discretos; y estableció, siempre por decreto, los modales con que los aristócratas debían conducirse, las copas de aguardiente a que debían limitarse, los gestos de cortesía y deferencia con que debían saludar a las damas y el número moderado de latigazos que podrían descargar sobre los lacayos... Era un admirable zar, y vivía en la época en que Racine escribía *Athalie* y en que Luis XIV, cuando encontraba en los pasillos de Versalles a una camarista, se co-

sía a la pared y se destocaba su gran sombrero lleno de pedrerías y plumas... Al cabo de treinta años, a fuerza de rapar barbas, de sustituir túnicas tártaras por jubones franceses y de imponer a sus nobles, por rescripto imperial y bajo pena de prisión, alguna amabilidad con las damas, consiguió dar a Rusia, por lo menos a las clases superiores de Rusia, una vaga y exterior apariencia europea.

Pero bajo las barbas cortadas, las nuevas casacas de seda y las cortesías aprendidas, las almas continuaban siendo rusas, profundamente rusas como la del mismo Pedro el Grande. Tan rusas como eran en tiempos de Iván IV, teniendo solo por fuerza, en la ropa y en los modales, un barniz de París. Y rusas siguen siendo aún bajo este Zar gentil, de ojos pensativos que se llama Nicolás II y que es en el fondo aún un verdadero Iván IV en aquello que más importa a un zar: el poder, el poder ilimitado, enfrente al cual no hay otro poder. La distancia moral que va de Francia a Rusia es, pues, la que va de Casimir Périer a un Iván IV. Aún mayor; porque Francia, por su espíritu, ya está en el siglo xx, y Rusia aún se arrastra oscuramente en el espíritu del siglo de las Cruzadas, del Viejo de la Montaña y de Pedro el Ermitaño.

Rusia es en realidad una vieja casa asiática que tiene un balcón abierto sobre Europa. A ese balcón se asoma frecuentemente y desde allí interviene, con

su fuerza y con la autoridad que le da esa fuerza, en los negocios de Europa.

En esos momentos Rusia parece europea, porque se reviste de trajes europeos y se sirve de fórmulas europeas. Un poco del aire de Europa penetra entonces por el balcón, llevando el rumor de nuestras ideas y de nuestras innovaciones morales. Pero es un aire que apenas pasa de la barandilla del balcón. Y cuando las puertas se cierran, sólo hay dentro un Oriente antiguo y muy extraño que no podemos comprender.

Pero, a pesar de estar tan distante moralmente, Francia y Rusia seguirán políticamente unidas, porque aunque ricas y fuertes, una necesita siempre de más dinero para establecerse en Asia, y la otra siempre de más ejércitos para defenderse en Europa.

No creo, pues, que los franceses se deban preocupar de las ideas de este inédito zar Nicolás. Desde su balcón de Europa continuará necesariamente, como el padre, tendiendo, por causa de Alemania, una mirada amable hacia Francia y hacia su gran fuerza vital: el buen campesino de blusa azul que amontona sus buenas piezas de cinco francos, arrancadas a la mies y a la viña. Quien más habrá de preocuparse de las ideas del Zar mozo y todopoderoso son los rusos, los esclavos múltiples de la planicie rusa, para quienes él es Dios y padre. ¿Tendrán un zar de progreso, como el aristocrático y humani-

tario Alejandro II, accesible a la infiltración de las ideas germánicas y renovadoras, o un zar de retroceso como el devoto y plebeyo Alejandro III, hostil a todo germanismo y protector ultrarruso del viejo partido ruso? Como decía, no sé qué poeta en un verso verdadero y detestable:

«*No se pueden prever las cosas de tan lejos.*»

Y por lo demás, cualquiera que sea el temperamento manifestado por el zar Nicolás, Rusia continuará siendo Rusia, esto es: un inmenso imperio, tres cuartas partes del cual son asiáticas, y que, por lo tanto, ha de ser gobernado como si todo él fuese asiático, por la voluntad única e indiscutible de un autócrata, a través de un funcionarismo todo dependiente de esa voluntad y temblando siempre en el saludable terror de ella, y bajo la sanción tradicional de un clero servil e ignorante. Sólo así se gobiernan los Estados del Asia. Y como Rusia tiene también una frontera europea, conservará, como factor de vida social y para participar de las agitaciones intelectuales de Europa, uno u otro Tolstoi, predicando un idealismo evangélico, hecho de renunciamiento y humildad, un poco semejante al *fakirismo* de los países budistas y al *santonismo* de los países musulmanes, y que es la única filosofía posible y lícita en un Estado autocrático, de raíz oriental, y aún enfajado e inmovilizado en las concepciones sociales de la Edad Media.

V

LA SOCIEDAD Y LOS CLIMAS

Hace años, hace muchos años, cuando todos nosotros éramos jóvenes y la política se conservaba aún tan romántica como la literatura, un estadista nuestro, Fontes Pereira de Mello, aquel a quien se llamaba concisa y popularmente «Fontes», decía en un discurso parlamentario, comparando Portugal a otras naciones de Europa, estas palabras consoladoras: «Es cierto que nuestra patria no posee, como otras, la riqueza comercial, las numerosas vías férreas, las incontables fábricas, los astilleros, la herramienta industrial, los enérgicos factores del progreso: pero tiene sobre todas ellas una superioridad, que le garantiza la existencia más fácil y más libre; ¡y es este luminoso y magnífico cielo azul que nos cubre!...»

Todos nosotros, mozos entonces y pervertidos por los libros sonoros de Eugenio Pelletan, el divinizador de la máquina y el bardo heroico del progreso, nos reimos estridentemente de este hombre de Estado, lírico, casi idílico, que consideraba un pedazo de cielo azul como una fuerza civilizadora, anteponía la dul-

zura del aire a todas las magnificencias de la ciencia, celebraba a su tierra por los mismos motivos porque la exaltaban los poetas del *Almanaque de Recuerdos*, y, sin duda, cuando le pidiesen ideas de gobierno, de administración y de fomento, se contentaría con mostrar los rayos del sol meridional batiendo con providencial irradiación en las hojas de los naranjos. Nos reimos estridentemente. Pero nuestra risa estaba toda compuesta de inexperiencia y de ignorancia.

Fontes, relacionando la sociología y el clima, haciendo depender de la atmósfera las cualidades y por lo tanto, la felicidad de las naciones, estaba, en efecto, dentro de una doctrina muy vulgar a pesar de haberse deleitado con ella el siglo XVIII, tan ansioso de ciencias exactas, y de haberse constituído Montesquieu en su defensor paternal y clásico. Según esa teoría, en cada región, el suelo y la atmósfera influyen irresistiblemente sobre todos los productos de la naturaleza, comenzando por los hombres y acabando por los guisantes. Todo proviene, como demuestra el gran autor del *Espíritu de las Leyes*, de la acción que el aire ejerce sobre las fibras exteriores de nuestro pobre cuerpo. El aire frío, como el de Inglaterra o el de Suecia, aprieta esas fibras, aumenta su elasticidad y les da, por lo tanto, resistencia y vigor. El aire cálido, por el contrario, como el de Nápoles o el de Portugal, relaja esas fibras, disminuye su elasticidad y les hace decrecer en rapidez y fuerza. Quien

gana o sufre con esto es el corazón, que recibe una infusión de sangre más activa y viva cuando las fibras tienen robustez y elasticidad y más lenta y blanda cuando, bajo la influencia de un aire cálido, las fibras son laxas, lentas y flojas. (Es Montesquieu quien está hablando.) De aquí resultan los corazones fuertes de los hombres del Norte y los corazones débiles de los hombres del Sur. Ahora bien; el corazón es lo que constituye el carácter. Los hombres del Norte tendrán, pues, por causa de esta fortaleza del corazón, más confianza en sí mismos, lo que implica más valor; y tendrán una conciencia más clara de su superioridad, lo cual les dará franqueza, lealtad, generosidad, audacia de empresa, tenacidad de conducta, un espíritu igual y justiciero, horror a las intrigas, a las mañas, a las traiciones y a las venganzas oblicuas. El desgraciado hombre de los climas cálidos (siempre según el gran autor del *Espíritu de las Leyes)* tendrá todas las cualidades inversas, para su eterna humillación. Para él, y en virtud de sus fibras muelles y relajadas,—la cobardía, la volubilidad, la inconstancia del propósito, la indolencia de cuerpo y alma, la deslealtad y la desconfianza, el amor a la intriga, los gustos traicioneros y vengativos.

En los países fríos (continúa Montesquieu) están los pueblos sanos y bien constituídos, abundantes en virtudes, con pocos vicios, todos llenos de sinceridad y de claridad, amando solo los placeres que son

viriles y puros. En los climas templados están las gentes sensibles, impresionables, *imaginativas*, inconstantes tanto en las virtudes como en los vicios, incapaces de los grandes esfuerzos, locuaces y vanas. Pero cuando se penetra en los climas verdaderamente cálidos (¡y ahí está Montesquieu con vosotros, amigos!) parece que nos hallamos a millares de leguas de la propia moral, allí el cuerpo no tiene resistencia y el abatimiento contamina al espíritu; no hay ninguna alta curiosidad, ninguna noble empresa, ningún sentimiento generoso; todas las inclinaciones son pasivas y bajas; la felicidad consiste en la pereza; el egoísmo es el móvil supremo; las malas pasiones multiplican los crímenes torpes; y para no hacer siquiera el esfuerzo de conducirse y gobernarse a sí mismos, esos pueblos prefieren la esclavitud!...

El cuadro es tremendo. Pero ¡cuán falso y aturdidamente improvisado! ¡Y cuán accesibles y fáciles con las objeciones que se pueden poner a los manes venerables de Montesquieu, sobre su predilecta doctrina de las influencias climatéricas!...

El suelo y la atmósfera de Atenas no mudaron desde que esa atmósfera y ese suelo criaron la raza que repelió las invasiones del Oriente, dió a la humanidad los mayores filósofos y los mayores artistas y fué la más augusta de la civilización. ¿Cómo ocurre entonces que, en ese mismo suelo y bajo esa misma atmósfera, vive y respira hoy solo un populacho ig-

naro donde no hay un filósofo ni un artista, y tan flojo que no consigue desembarazarse siquiera de sus cuadrillas de salteadores, ella que antaño sacudió como simple polvo los ejércitos de Jerjes? El mismo fácil argumento se podía trasladar a Roma, que conserva el mismo suelo, el mismo aire, y que sin embargo (sin hacer ofensa a sus generales, a sus poetas, a sus oradores) no es la Roma de los Escipiones, de los Césares, de los Virgilios, de los Tácitos, de los Catones. Pero sobre todo París, el propio París, es el que debe preocupar a Montesquieu. El Emperador Juliano, que habitó mucho tiempo entre los parisienses, en estas márgenes del Sena, dice en su libro del *Misopogon*, que lo que más le encantaba en esos parisienses era ¡la gravedad de su carácter y la austeridad de sus costumbres!... Ahora bien; el mismo río corre entre las mismas márgenes; aún en ellas quedan las ruinas del palacio de Juliano y de las Termas que edificó; y el mismo suelo, según la teoría de Montesquieu, debía producir los mismos caracteres graves y la misma atmósfera debía producir las mismas costumbres puras. ¿Y dónde están hoy, esa austeridad y esa pureza? El nombre mismo de París simboliza todo cuanto no es grave ni puro—y París, es según todos los escritores que lo han explicado y celebrado, la cuna natural de las risas, de los juegos, de las gracias inconstantes y de los vicios amables y finos. Pue-

de, pues, haber aún alguna esperanza para los pueblos que viven con treinta y cuatro grados de calor a la sombra y a los cuales el duro Montesquieu condena por ello a una fatal e irremediable inferioridad... Los climas no son como él supone, tan rígidamente lógicos en su acción.

Sobre el mismo suelo y dentro de la misma atmósfera puede haber dos Atenas; una grandiosa, otra vulgar. ¡Y bajo de los trópicos, esos creadores fatales de la blandura, del vicio y de la servidumbre, brota mucha energía, mucha virtud y mucho civismo!... Las cualidades fuertes y las cualidades flacas no están divididas en la tierra por zonas, como las plantas; de lo contrario los lapones y los groenlandeses serían los pueblos superiores de la Humanidad y no se podrían explicar la nobleza, el heroismo y la disciplina social de los zulús, que ocupan algunas de las más tórridas regiones del Africa. En realidad, por esta teoría, toda la historia se tornaría incomprensible, y la civilización del alto Egipto, las arriesgadas conquistas de Cartago, la grandeza intelectual de los indios serían fenómenos absurdos ¡oh, mi ilustre Montesquieu!...

Si esta teoría de los climas, como la popularizó el ingenioso autor del *Espíritu de las Leyes*, en su generalización tiránica no se sostiene ante la Ciencia y la Historia, es cierto que la felicidad de los hombres y de los pueblos depende considerablemente del

suelo y del aire en que Dios los colocó. Hay en primer lugar la tremenda cuestión de las comodidades materiales. Son ellas, ellas sobre todo, las que complican y dificultan la vida y le dan su áspero carácter de lucha. La niebla, la humedad, el frío, la nieve, causan en gran parte los males humanos, los males morales y los males sociales. Para resguardarse de esas intemperies es para lo que los hombres necesitan casas bien amuebladas, y fogones, y caloríferos, y alfombras y gruesos cortinajes, y terciopelos pesados, y muebles acolchonados, y pieles, y carruajes, y la abundancia de las luces alegres. En realidad, es para contrapesar la miseria de los climas ásperos por lo que el hombre apetece el lujo. Sólo en la belleza, en el brillo, en las formas ricas de las cosas íntimas que le rodean, consigue olvidar la fealdad y la monotonía de cielos siempre cenicientos y sombríos. Ahora bien; como en estas nuestras imperfectas civilizaciones, las comodidades y el lujo no se alcanzan sin dinero, y el dinero, desde los grandes errores de Eva y de Caín, no se alcanza sin esfuerzo, he ahí la vida convertida en una lucha ansiosa y dolorosa para la conquista de un poco de oro o de pedazos de papel ensuciado que representa oro. De ahí estas nuestras sociedades occidentales, tan tumultuosas, tan confusas, con sus fábricas, sus bazares, sus bancos, sus bolsas, su agiotaje, sus huelgas, sus rebeldías, sus crímenes, su fiebre, su inestabilidad,

sus opresiones escandalosas, sus incurables miserias. ¡Y todo porque durante siete meses del año del Señor llueve, vienta, nieva, hiela y el cielo es como un techo mortuorio, forrado de papel pardo!... Que se compare el hombre de Londres, de París o de Berlín con el hombre de Oriente, el feliz habitante de Damasco, o el árabe de Palestina, o el indio en su aldea. Uno, ahogado en pieles hasta los ojos, con los pantalones arremangados, las manos agarradas al paraguas, cortando el viento, chapoteando sobre la nieve, con tinieblas por arriba y tinieblas en derredor, tembloroso y sucio, allá va hacia un quehacer entre la turba atareada, a empujones, en ansiosa lucha, para ganar artificialmente aquello que la Naturaleza le negó; un poco de calor, un poco de claridad, un poco de comodidad, un poco de bienestar. A la misma hora el indio, en su aldea y el árabe de Damasco en su huertecito, serenos, sin prisas y sin cuidados, están cubiertos por el esplendor de un cielo que es una fuente de alegría; un aire más dulce y suave que todos nuestros terciopelos le envuelve en una constante caricia; para cubrirse, un albornoz de lino blanco le basta; un poco de arroz y mijo cogidos sin esfuerzo, los frutos de cada árbol, el agua límpida de la fuente común, son el banquete que Dios le ofrece cada día; en derredor sólo ve formas graciosas y luminosas; su vida es toda de reposo y no tiene terrores. Pero no es preciso peregrinar tan lejos, a la Siria o a

la India. Detengámosnos en España o en Portugal y comparemos al trabajador del Algarve o de las vegas de Andalucía, con el trabajador del Norte de Francia o de Inglaterra. Un rasgo único marca las diferencias que opera un cielo hostil o un cielo amable. En el Sur el trabajo se hace todo cantando, como una devoción; en el Norte, el trabajo se hace sombríamente, casi amargamente, como una condenación. Al final del trabajo, después de soltar la azada o la herramienta, el reposo del hombre del Sur es saboreado entre cánticos y danzas, porque de su día fatigado sólo le queda satisfacción y esperanza; el hombre del Norte busca el reposo en una botella de *gin* o de alcohol, porque de su día sólo quiere olvidar la miseria y la aspereza. ¿Y por qué esta diferencia entre los dos trabajadores? Porque el uno trabaja en una naturaleza que le acaricia, y el otro en una naturaleza que le atormenta.

Pero en los temperamentos es donde especialmente los climas influyen de un modo tiránico. Este París es un ejemplo casi doloroso de esta cruda ley. En la primavera, bajo el hálito suave del aire resplandeciente, todo en esta ciudad es amable y fácil. El hombre y las mismas cosas tienen no sé qué indefinida sonrisa de universal cordialidad. Toda la ciudad se torna hospitalaria y bien acogedora; las mejores cualidades de la raza francesa, la cortesía, la sociabilidad, la gracia, parecen reverdecer con una frescura

nueva, como las hojas en los árboles. El extranjero siente en torno de sí un ambiente fraternal; las propias pasiones políticas, que en París nunca se desarman, pierden su ira y su acritud. Los periódicos son ligeros y llenos de noticias que alegran y reposan. Todos los cuidados tienden hacia las cosas de la inteligencia, del arte y del gusto. Los cocheros de los «fiacres» se amansan. Por las calles, la multitud, en lugar de empujarse febrilmente a encontronazos, se desliza como si en la vida solo hubiese ocios delicados. París es entonces verdaderamente como la querían y cantaban los poetas del siglo XVIII: la ciudad de los juegos y las risas. Pero viene el invierno y los primeros fríos y las primeras nieblas ¡y adiós el París cordial y dulce! Toda la ciudad se arruga y oscurece. Ya no hay rostro que sonría y los propios muros de las casas, tomando un color fuliginoso, se muestran ceñudos. Nadie piensa más en las cosas de la inteligencia y del arte. Quien triunfa es la Bolsa y la aspereza egoísta de los negocios; la política se hace feroz inmediatamente y rezuma rencor. Los periódicos, alzando el tono violento y siniestro, desbordan de injurias y sólo cuentan crímenes. El extranjero deja de ser huésped apetecido y pasa a ser el intruso irritante. De los cocheros no hay que esperar más compasión. Los proveedores presentan las cuentas crujiendo los dientes con ferocidad. En las calles sólo hay empellones y prisa brutal. Y París todo pa-

rece, acabados los juegos y las risas, la patria de la desconfianza y de la cólera. ¿A qué obedece esta lamentable transformación? Unicamente a la desaparición del sol, al cielo siempre color de plomo, a las nieblas glaciales, al lodo, a la tristeza invernal.

¡Gran razón tenía nuestro Fontes! No hay bien mayor para una nación que un clima suave y luminoso. Riqueza, fuerza, grandes industrias, minas auríferas, un comercio desbordante, nada vale para la felicidad de un pueblo como un lindo sol y un aire aterciopelado. Todo se simplifica en una región tibia y clemente. El contento del cuerpo, envuelto en luz y calor, contrapesa, calma, casi hace olvidar los descontentos públicos. Las diferencias de suerte y de fortunas, que son el origen de los males sociales, pierden su irritabilidad y su amargura. Bajo un cielo benévolo, el don de respirar, pasear, contemplar, son placeres superiores que Dios concede, aun al mendigo errante por las carreteras. La belleza exterior del mundo exterioriza la vida; el alma no se concentra ni se repliega sobre sí misma, y mucho menos se consume a sí misma. Tierra de atmósfera transparente no es propicia a los rencores, a los despechos, a las sordas envidias. La misma política pierde su violencia; el dinero casi no tiene egoísmo. Una bonachonería dispersa envuelve los corazones. Todos los intereses se ablandan bajo un fermento de vaga fraternidad. Como se vive en la calle y al aire y las

existencias se mezclan, todos se conocen y todos se toleran. La sociedad tiende a estar en armonía con la naturaleza y el universal impulso tiende sobre todo hacia las cosas agradables. El dolor nunca conserva allí persistencia y amargura, y para secar lágrimas no hay como el sol... Una mañana radiante consuela de la mayor decepción. Las pasiones son amenas y si los celos son un poco más ruidosos, son también más pasajeros y, nunca envenenan lentamente ni corroen... El bien está en las pocas necesidades de la vida y por lo tanto en su simplificación y libertad. Todos esos *impedimentos* (como dicen los ingleses) que tanto estorban en las sociedades septentrionales, son o pueden ser ignorados. Portugal vivió mucho tiempo y fué feliz, con cuatro sillas de paja en salas pavimentadas de pino blanco. El hombre no está abrumado por la acumulación de comodidades y puede moverse sin tener que trasladar consigo, como el hombre de los climas fríos, una montaña de cosas. De aquí proviene luego la modestia de las industrias, las exigencias menores del capital y el endulzamiento de las cuestiones sociales. ¡Cuántos bienes innumerables!.... Sin contar con que en las tierras de sol, la imaginación de los hombres nunca es sombría y, por lo tanto, están evitados los tormentos peores, los de la imaginación. El sol, que todo lo alumbra, llena también de claridad el espíritu. No hay fantasmas interiores. El mundo nítido impregna-

do de luz, no ofrece misterio ni terrores. En fin, nuestro político Fontes tenía razón que le sobraba: un buen clima es la mejor base de un estado feliz.

Todas estas reflexiones me las surgiere este largo, frío y tristón invierno. Hace seis meses que París no ve el sol. Es como si ese sol hubiese quedado para siempre en el mar, donde se sumergió una de las últimas tardes de Agosto;—Febo indolente que no se quiso apartar más del seno verde de Anfítrite. Desde entonces, para París, no hay firmamento; sólo hay un toldo blando y sofocante de algodón sucio. Dicen los entendidos que el sol está viejo, muy viejo, y que ya no tiene el esplendor y el vigor de los tiempos en que era adorado como el único Dios visible y el único incomprensible. El astro primordial sufre de anemia, de tanto haberse prodigado a mundos tal vez ingratos y con las pavorosas tempestades y revoluciones que en estos últimos tiempos le agitan sin cesar, su faz presenta solo manchas y arrugas, como cualquier rostro humano que las aflicciones devastaron. Así es tal vez y los mundos danzan y cantan su canto pitagórico, en torno de un moribundo. Pero decrépito y arrugado, clorótico como está, los hombres no pueden prescindir de él, sobre todo para su equilibrio moral. Los cuerpos, a

costa de fogones, de alfombras, de pieles, van vegetando; pero las almas, con toda esta sombra que las envuelve, van tomando un aspecto triste... El alma de París está sombría. Y este es hoy el mejor lugar para recordar con *saudade* y envidia el viejo verso de Eurípides, que dice: «¡Felices los que se mueven, con el espíritu sereno y libre, en una atmósfera luminosa y suave!»

VI

CASIMIR PÉRIER

El señor Casimir Périer presentó su dimisión de presidente de la República como un cajero mal tratado y enfadado que, en día de crisis comercial, se despide bruscamente del patrón y se marcha desahogándose contra las torpezas del comercio y golpeando furiosamente la puerta. En la larga historia de las abdicaciones, desde la del viejo Diocleciano, tan preparada, tan prudente y tan cuidadosa del bien del Estado, no creo que se encuentre otra más despojada de preparación, de prudencia y de consideración hacia el Estado y hacia su seguridad. El presidente ni siquiera abdicó realmente el poder, sino que una fría mañana salió del palacio, arrojó el poder en medio del arroyo con una sacudida a la cual no faltó ni valor ni independencia, y encaminó los pasos hacia su casa, hacia las dulzuras de la irresponsabilidad. No es un vencido que se retira; es un aburrido que se escapa.

Toda la prensa le cubre de injurias. «¡Es el cobarde! ¡Es el desertor! ¡Es el ligero que acepta funcio-

nes para las cuales se sabía incapaz! ¡Es el fanfarrón que por vanidad se enmascara de valentón! ¡Es el egoísta que sacrifica los intereses de su patria al sosiego de su digestión! ¡Es el capitán del regimiento que se fuga porque se rompió el fuego! ¡Es el caprichoso que pone mal gesto porque le dijeron que no!» Los propios periódicos que durante estos seis meses últimos más contribuyeron con asaltos feroces a aburrirle y desalojarle del poder, le fulminan ahora triunfalmente clamando contra su impotencia y su deserción.

Todo esto a mi ver es excesivo y proviene del aspecto del espíritu francés, siempre idealista, tendiendo incorregiblemente hacia las generalizaciones absolutas y que exige de los hombres la fuerza abstracta que sólo pertenece a los principios. Pero un hombre realmente no puede tener la rigidez impasible de un principio. Los principios son insensibles e intangibles; y los hombres son un haz de nervios sujetos a todas las influencias, incluso las de la lluvia y las del viento. Es absurdo pretender que un poeta sea tan poético como sus poesías o un clérigo tan transcendental como su dogma, y que un estadista elevado al poder para representar una idea se torne tan impersonal como ella y como ella prosiga impasiblemente en su evolución, aun cuando la tierra tiemble y los cielos caigan sobre él.

El señor Casimir Périer era simplemente un hom-

bre con todos los nervios y las susceptibilidades y las irritabilidades de un hombre. Tal vez, heredero único y jefe de una dinastía (la de los Périer), rico, inteligente, adulado por los suyos y por su clientela, habituado a ejercer un imperio fácil, respetado reverentemente por la contradicción, se convirtió en lo que llamamos en Portugal «un niño mimado». Si como presidente de la República hubiese encontrado delante de sí un camino seguro, liso, lleno de un dulce murmullo de loores, sobre todo, bien defendido por aquellos que tenían interés en su marcha victoriosa, y ofreciendo sólo aquellos obstáculos que una voluntad mediocre en seguida bordea o destruye, sin duda hubiera cumplido tolerablemente su misión, porque no le faltaban condiciones excelentes ni capacidad activa. Pero en vez de eso encontró delante de su sagrada persona un camino intransitable, inhóspito, barrido por vientos glaciales, infectado de bichos venenosos, enfangado del lodo que le salpicaba el rostro y, sobre todo, entorpecido de obstáculos que sus colaboradores, aquellos mismos que le debían asegurar y defender la marcha, venían de noche subrepticiamente a suscitarle y a erizar de espinos silvestres...

El resultado fué que el pobre presidente, helado, arañado, silbado, tropezando entre los pedregales, resbalando en barrancos fangosos, se desanimó y huyó por un atajo, gritando indiscretamente que

aquel camino real, que era el de la República, no ofrecía seguridad y conducía a desastres. Ciertamente, un héroe, un Hércules, habría avanzado; pero el señor Casimir Périer no es un Hércules ni un héroe, y como Francia, sobre todo la burguesía francesa, agotada, ya no produce héroes, parece insensato exigir de él una grandeza de alma y una fuerza que no son propias de su raza y mucho menos de su clase.

Su elección, obtenida con una casi unanimidad entre grandes esperanzas, después del asesinato de Carnot y cuando toda la Francia moderada temblaba ante el coco anarquista, tuvo una significación esencialmente conservadora. Él era el hombre de pulso fuerte que Francia llamaba para contener con ese fuerte pulso la marcha de las «hordas revolucionarias». Fué su reputación de energía heredada del abuelo, el ministro de Luis Felipe, el gran consolidador de la clase media, lo que le indicó para un Gobierno que todos querían resuelto y autoritario. Lo que se esperaba era que del ramo más grueso del árbol de la Libertad él hiciese un garrote. Francia hubiera preferido un general con una espada. Pero como los tiempos aún no están maduros para el advenimiento de esa espada de soldado, Francia se

contentaba con el garrote del burgués. En todo caso su elección fué un alivio, una esperanza; y toda la Francia que tiene una cuenta en el Banco y que desea tranquilidad y orden en torno del Banco, aclamó al hombre fuerte.

En estas condiciones, Casimir Périer podía legítimamente pensar que sería un presidente popular. Fué una ilusión que duró aún menos que la rosa de Malherbe. En la primera mañana que él salió en el «landeau» del Estado con su escolta de coraceros, divisó en torno suyo una Francia muda y glacial. Ni una sonrisa afable que le acogiese, ni un viva alegre que le animase. Tan extraño era este silencio, esta ausencia de las aclamaciones tradicionales del expansivo París que sus amigos lo explicaban por las dificultades eufónicas de su nombre (Casimir Périer), que, compuesto de sílabas largas, no se presta a ser lanzado en un viva corto y vibrante. Y, sin embargo, él no había hecho aún más que mostrar su rostro a la Nación. Pero ese mismo rostro al punto desagradó. En efecto, en su fotografía oficial, expuesta en todos los escaparates y publicada en todos los periódicos, aparecía con una carantoña agresiva, con un aire de «bull-dog» extremadamente desagradable.

Era tal vez simple culpa del fotógrafo. ¡Así la popularidad de un jefe de Estado depende a veces de la perfección o imperfección de un «cliché»! A más

de eso, el presidente usaba unos cuellos singulares, vueltos, prodigiosamente descotados, que no convenían a este pueblo, acostumbrado a los cuellos correctos, rígidos y mayestáticos del señor Carnot. Inmediatamente se escudriñaron otras razones para hacerle sospechoso. Los radicales ya andaban denunciando con júbilo sus relaciones mundanas y aristocráticas. Muy amargamente se contaba que cuando tuvo noticia del asesinato de Carnot estaba en una «soireé» oyendo música, sentado entre la Princesa de Hennin y la Condesa de Grefulhe. La democracia no perdonó nunca a esta princesa y a esta condesa que le contaminaban. Desde luego se profetizó con rencor que el Elíseo era un centro escandaloso de aristocracia orleanista. ¿No era él mismo un viejo amigo de los Orleáns? ¿No presentó él su dimisión de diputado cuando se decretó la expulsión del Conde de París? Evidentemente, su presidencia sería el prólogo subrepticio de la Monarquía.

Pero lo que más irritaba era su inmensa fortuna, sus tres millones de renta. La democracia (todos los publicistas lo afirman) es envidiosa; y este Presidente de la República, que poseía un palacio en la calle Nicot tan aparatoso como el Elíseo, y viviendas de campo que valían tanto como las antiguas viviendas reales, y cotos de caza, y una servidumbre de alto estilo, y refinamientos de vida privilegiada, parecía

un contrasentido, la negación misma de la igualdad republicana, un peligro, casi una afrenta...

Cuando se formaba así la opinión, vino la elección para la jefatura del partido que, al subir a la Presidencia, él dejaba vacante. Era su viejo partido, su ciudadela política. En su sustitución debía ser naturalmente elegido un sub-Casimiro del mismo aspecto conservador, que continuase en las Cámaras la obra de resistencia a la invasión socialista. ¡Nada de eso! El Comité eligió precisamente a un socialista. Todo el país se echó a reir con un júbilo de esta ingratitud, que era una lección. El presidente se tornaba defininitivamente impopular aun entre su antigua ciudadela. El radicalismo no cesó nunca más de cubrirle de ultrajes y de pillerías... Drumont lanzó contra él rayos, y Rochefort, papirotazos. Sus millones, sus libreas, sus bigotes, sus cuellos, sus abuelos y su energía hereditaria, todo fué vilipendiado o ridiculizado.

¿Tenía al menos el afecto y el apoyo de los conservadores? Tampoco; también se les había hecho sospechoso. Viendo que no blandía el famoso garrote, cortado en el árbol de la Libertad, y que la «horda revolucionaria» no cesaba de avanzar, los partidos conservadores comenzaron a desconfiar de la fuerza conservadora de su elegido. La afirmación constante que él hacía de la sinceridad de su republicanismo, su afectación en pronunciarse contra las tradiciones

de clase y en aislarse de sus relaciones elegantes, eran otros motivos de irritación para los moderados. De buen grado le dirían como el personaje de Shakespeare: «Probáis de más, señor mío; probáis de más...» A más de eso, por ser conservador no se deja de ser parisiense; y la irreverencia, el espíritu «frondeur», el irónico asalto contra todo Jefe de Estado que muestre vacilación o flaqueza, es uno de los hábitos más incurables del ingenio de París. Los mismos periódicos que le habían proclamado como el sostén fuerte del orden, comenzaron también contra él un tiroteo maligno. Con ocasión del «Grand Prix», el señor Casimir Périer, penetrado de la antigua idea de que la pompa refuerza la autoridad, resolvió ir a Longchamps a la solemnidad clásica del «sport» francés, con gran aparato, entre servidumbre de librea, precedido de batidores, a la antigua usanza imperial. Apenas se conoció por una indiscreción de los periódicos esta tentativa de restaurar en la República el lujo regio, todo París comenzó a reir; y nadie rió con más malicia que «El Fígaro». El Presidente, asustado, suprimió a última hora los batidores, y atravesó en un «landeau» democrático los Campos Elíseos, donde se había juntado una multitud inmensa, elegante y divertida, para asistir a esa magnificencia de libreas y de lacayos, tan nueva y tan poco grata para la generación republicana. Cuando se divisó el «landeau», sin batidores y sin libreas,

seco como la virtud, fué una decepción y una burla. Aquel Presidente que de repente, por miedo, recogía todo su lujo y lo dejaba escondido en el rincón más obscuro de las cocheras del Elíseo, pareció indeciblemente ridículo. Todo esto es minúsculo. Pero para una población tan ligera y mundana como la de París, son estas cosas minúsculas las que levantan o derrumban una popularidad, y a veces una forma de gobierno.

Pero los mayores disgustos del Presidente procedían de sus propios ministros. Por deferencia hacia su pobre antecesor, el señor Casimir Périer conservaba el viejo Ministerio, en cuyos brazos había muerto Carnot. Sin embargo, en lugar de dirigir su Ministerio y de hacer prevalecer una política conforme a sus ideales personales, el Presidente reconoció muy pronto que no era más que «una máquina de firmar». Todos los asuntos considerables se trataban sin que él fuese escuchado, ni siquiera consultado. Si intentaba afirmar su autoridad de Presidente, inmediatamente le recordaban la conducta ejemplarmente discreta de Carnot, que nunca había impuesto sus opiniones y que se había sometido siempre, con todo rigor constitucional, a las de sus ministros. Así, todos los planes, todos los proyectos de reformas que él esperaba realizar bajo su presidencia, encontraban una oposición cortés, pero irreductible. El Presidente últimamente ignoraba hasta lo que se hacía en los

distintos Ministerios, porque la más tímida y modesta información que pedía era tan aplazada, tan demorada, tan hábilmente seminegada, que de pura fatiga terminaba por desistir y enmudecer. Si indicaba, por ejemplo, la designación de un funcionario, era seguro que por todos los medios sutiles y oblicuos se la rehusaban. Si, al contrario, ponía objeciones al nombramiento de un prefecto, o de un general, o de un gobernador de una colonia, era seguro también que días después ese nombramiento reaparecía mañosamente entre los decretos presentados a su firma formal. Y si él aún vacilaba y se retraía, el decreto volvía a surgir entre los papeles, implacable, pasada una semana. La política internacional es aquella en que tradicionalmente el Presidente es siempre oído con deferencia. El señor Casimir Périer, que salía precisamente del Ministerio de Negocios Extranjeros, y que traía, por lo tanto, el conocimiento y la experiencia de los negocios diplomáticos, nunca era consultado.

Como nuestro don Juan VI, después de la Revolución de 1820, él sólo sabía a la mañana siguiente, por los periódicos, lo que se había decretado la víspera en su nombre. No era propiamente un jefe de Estado; era una estaca de Estado. Estaba allí plantado, en el Elíseo. Y no se le atribuía más sensibilidad moral que a una estaca. Sus ministros y su partido habían dejado elevar a la Presidencia de la Cámara a

Brisson, el jefe del radicalismo, su enemigo personal. Y ese mismo partido había decretado una acusación contra Raynat, su amigo íntimo. Era una estaca, que llevaba en la solapa la gran cruz de la Legión de Honor, y a la cual se tributaban honores regios; pero que en realidad no representaba nada, ni en la política ni en la nación. La única cosa para que servía era para que los periódicos le arrojasen cieno...

En estas condiciones, una buena mañana, el señor Casimir Périer, viendo que el Ministerio oportunista había caído, que le debía suceder un Ministerio radical, y previendo que, ya tan poco considerado por sus amigos, lo sería aún menos por sus enemigos, agarró el Poder, la Gran Cruz de la Legión de Honor, sus derechos mayestáticos, su casa civil y militar, su escolta de coraceros, todos sus honores, y lo arrojó todo de sopetón al medio de la calle, sacudiendo los hombros libres. Harto de ser una estaca, quiso volver a ser un hombre. El deseo es legítimo; y en el «gesto», como ahora se dice, no deja de haber audacia y elegancia...

VII

A PROPÓSITO DE LA DOCTRINA DE MONROE Y DEL NATIVISMO

I

Venezuela debe de haber alcanzado en este momento el punto supremo de su felicidad nacional, si es cierto que la nación reproduce siempre colectivamente y con intensa magnitud las virtudes y los defectos del individuo. El hombre de Venezuela, como generalmente los hombres de las Repúblicas latinas que rodean el golfo de México, si es que ellos conservan los temperamentos que les conocí (1), tiene el apetito constante e insaciable del brillo, de la publicidad, del renombre, de la importancia ruidosa y

(1) Eça de Queiroz ocupó el primer destino de su carrera consular en la Habana, donde permaneció año y medio, y estando allí hizo un recorrido por las Repúblicas del golfo de México, de las cuales hubo de sacar, sin duda, mala impresión, porque siempre que alude a ellas, las trata muy desconsideradamente, con menos fina ironía que acre sarcasmo.—(N. DEL T.)

que reluzca. Tal vez por eso se cargan profusamente de joyas para brillar a lo lejos.

Este prurito de gloriola, de carácter mórbido, constituye una verdadera inflamación aguda de la personalidad. Es una herencia de la vieja sangre española, a pesar de estar tan atenuada y aguada hoy en las venas por donde corre. Por eso aun a veces lleva al heroísmo; pero casi siempre acaba en alarde y fanfarronería. Transportado a Europa, donde la expansión de la personalidad es más difícil, porque hay menos espacio social, ese prurito toma aquel carácter a que los franceses dieron el curioso nombre de *rastacuerismo*. Por lo demás, el *rastacuerismo* no es una especialidad exótica del americano de la costa del Pacífico y del golfo de México, porque el francés, y sobre todo el parisiense, también lo cultiva ampliamente y con estrépito. Y el *rastaqouère* nacido en París y en el boulevard es infinitamente más desagradable que el *rastacuero* importado de Guatemala o del Perú, porque en éste hay un simpático fondo de ingenuidad, y en el otro sólo se encuentra sequedad y perversión...

En todo caso, este hambre canina de celebridad da gozos excepcionalmente fuertes a aquel que la satisface. No es fácil calcular por la tabla de medidas de que dispone la civilización la alegría colosal de un criollo cuyo nombre y personas y hechos consigan un día ocupar una página culta de un diario

de Europa. Si él alcanza la gloria superior del telegrama, entonces su felicidad sólo podrá ser comparada a la de un santo que, al fin de penosos años de penitencia y de yermo, vea abiertas de par en par ante sí, las puertas refulgentes de la Bienaventuranza. Ahora bien; Venezuela (si es que la nación reproduce al individuo) está hoy saboreando con indecibles delicias este triunfo inesperado. No sólo viene en los diarios de toda Europa, no sólo viene en los telegramas de todas las agencias, sino que, por causa de ella y sólo de ella, dos altas naciones del mundo están en áspero conflicto, y la diplomacia vacila indecisa, y las Bolsas se tambalean atacadas de pánico, y por los aires pasa con su acostumbrado rumor de hierro y de dolor la vieja Belona, ¡diosa de la guerra!...

II

No hay en la historia moderna más curioso conflicto que éste entre Inglaterra y los Estados Unidos del Norte por causa de algunas leguas de tierra perdidas en el fondo de Venezuela. Es cierto que dentro de ese pedazo de tierra existen minas de oro; y donde aparece el oro, el terrible oro, inmediatamente los hombres en derredor se miran rencorosamente y llevan las manos a las navajas. Fué por causa de unas imaginarias minas de oro por lo que Inglaterra

tan vorazmente intentó arrancar a Portugal el territorio de Manica, en Africa. Por fin, en Manica no había oro, porque ya los diligentes fenicios, hace tres mil años, lo habían extraído y fundido con él idolos y joyas para los colegios sacerdotales de Cartago y de Tiro. Los buenos ingleses, en esas minas vacías sólo encontraron vasos de barro y herramientas roídas por una herrumbre secular, sobre las cuales se dedicaron luego a escribir, con mal disfrazada melancolía, disertaciones eruditas para la *Revista de Edimburgo*. Porque tan fuerte es esta raza, que hasta transforma en beneficios de la ciencia las decepciones que sufre a veces en el ejercicio de la rapiña. En esas minas de Venezuela afirman, sin embargo, los exploradores ingleses y americanos, que aún queda oro, mucho y delicioso oro, porque los aztecas precisamente tenían allí sus yacimientos más ricos y profundos. Yo desconfío de ese oro. Los aztecas, según las últimas revelaciones de las ciencias etnológicas, descienden de los fenicios, que en sus esbeltas trirremes y mirando la pálida estrella polar, navegaron por todos los mares, arribaron a todas las costas, tuvieron Vascos de Gamas y Colones más de dos mil años antes de las naciones ibéricas, y conocieron realmente el mundo casi tan bien como el viejo Elíseo Reclus. Ahora bien; si los fenicios, esos formidables excavadores de oro y de metales preciosos, estuvieron alguna vez en las regiones de

Venezuela, temo que no se encuentre en ella, como no se encontró en Manica, oro bastante para acuñar una libra falsa. En todo caso, la *auri sacra fames* (la maldita hambre de oro, o la sagrada hambre de oro, según la traducción más o menos psicológica que se haga del versículo) no constituye sino un factor subalterno de esta brusca disidencia angloamericana. Los dos vigorosos hermanos han montado en cólera, y casi están en guerra, con fines más nobles, por causa de una doctrina, por causa de la tan cacareada y tan incomprendida doctrina de Monroe. Sería, pues, esa una guerra (si la hubiese) originada en un punto de casuística política. Amplio y legítimo orgullo para todos los legisladores y todos los hacedores de sociologías. Ya hacía siglos que los hombres materializados no se batían por discrepar en su interpretación de un dictamen. Ahora al menos alborea sobre nosotros la dulce y feroz esperanza de que se inunde de sangre y se cubra de ruinas cierto párrafo, obscuro y tortuoso, de un tratado de Derecho internacional.

III

¡Oh, esta doctrina de Monroe! ¡Qué extraña evolución sufrió desde que salió tan gravemente formulada de los labios del presidente Monroe, hasta convertirse en ese aforismo, hueco y mal interpretado,

que hoy todo *yankée* (y a imitación de él todo hombre de América) lanza con tanta desconsideración y arrogancia!

¡América para los americanos! En esta fórmula, que es doctrinalmente incomprensible y prácticamente llena de peligros, se convirtió la prudente doctrina del presidente Monroe en el corto espacio de ochenta años, y a través de una civilización cuyo objeto más constante ha sido la fusión y la confraternización de los hombres.

Comienza por ser singularmente equivocada esta expresión *doctrina* aplicada a la declaración muy sencilla y muy práctica que el presidenie Monroe hizo en su mensaje al Congreso de Washington en Diciembre del ya muy remoto año de 1823. Monroe era un hombre mediocre y limitado, totalmente incapaz de concebir y desenvolver una doctrina política, y sólo pensaba o hablaba bajo el aliento y la inspiración de su Secretario de Estado, Quincy Adams. Fué este fino y fuerte estadista, hoy olvidado entre el polvo poco interesante de los archivos americanos, quien ideó y redactó esas frases famosas del mensaje de 1823; pero fué el afortunado Monroe quien penetró en la posteridad, trayendo muy alta en las manos la tabla con su doctrina, como Moisés al descender del Sinaí. Así quedó este hombre, insípido y nulo, con la singular gloria de haber trazado el fuerte programa político que conduciría a América a sus

altos destinos, y de ser el Solón *yankée*. Muy bien me acuerdo de ver en los Estados Unidos un busto suyo con la corona de laurel, la corona profética que corresponde a los grandes legisladores de los pueblos. Y esta corona era tanto más divertida, cuanto que sucede a su doctrina lo que sucede a otras obras consagradas: que toda la gente la cita y nadie jamás la leyó.

Y, sin embargo, esa doctrina (para conservarle el aparatoso mote) cuando se lee parece excelente, y fué realmente excelente dentro del momento histórico que la originó. Era entonces el devoto y borbónico año de 1823, y Europa estaba en los grandes días de Metternich y de la Santa Alianza. Tan radicalmente mudó la faz política moral y social del mundo, que el conocimiento íntimo de esta famosa alianza, que a sí misma se llamaba y se consideraba *santa*, pertenece casi exclusivamente, a la erudición histórica. No la calumniamos ciertamente diciendo que fué una alianza de los reyes contra los pueblos. Nacida en el Congreso de Verona después de la caída de Napoleón, y bajo el miedo pánico que inspiraba aún la Revolución (de la cual Bonaparte fué una encarnación agresiva bajo la forma cesarista), la Santa Alianza arrancó de un principio completamente nuevo y desconocido en el siglo XVIII, y aun en el siglo XVII, durante el gran prestigio de las monarquías. Según ese principio, los reyes formaban

una familia superior y única, con intereses dinásticos y mayestáticos muy diferentes de los intereses de los pueblos, y, por lo tanto, debían de coaligarse y mantener entre sí una armonía inmutable para poder libre y seguramente sofocar todo espíritu de libertad y de revolución en cualquier pueblo que se produjese, y defender así colectivamente sus derechos sagrados de dinastía y de majestad. Esta alianza, de la cual Metternich, primer Ministro de Austria, era el alma matriz, funcionó con brillo hasta 1830; y en obediencia al santo principio de donde se originara, los reyes *santamente aliados* mandaron un ejército austriaco a sostener al Rey de Nápoles, destronado por la Revolución constitucional del general Pepe, y después un ejército francés a libertar al Rey de España, que se hallaba *coaccionado* por la Revolución de Riego, forzado a los sacrificios más conmovedores, ¡hasta expulsar a los jesuítas, hasta abolir la Inquisición!...

Habiendo de este modo aplastado gloriosamente las primeras explosiones liberales en el Piamonte y en Nápoles, y restituídos a España los pintorescos beneficios de Fernando VII, de la Inquisición y de la horca, la Santa Alianza declaró, a manera de una intimación final a los pueblos, que ella desde entonces y para siempre consideraba «como nula y desautorizada por la ley pública de Europa cualquier pretendida reforma efectuada por medio de la Revo-

lución y de la fuerza popular; y que se arrogaba el imprescriptible y sagrado derecho de tomar una actitul hostil contra cualquier nación que en cualquier parte del mundo y bajo cualquier forma derribase su legítimo Gobierno y diese así un pernicioso ejemplo de rebelión y de infidelidad social a los súbditos de los Reyes aliados...» Ahora bien; había entonces una parte del mundo que estaba dando ese escandaloso ejemplo, y donde cada año un pueblo se levantaba, derrotando ignominiosamente y expulsando con irrisión a su venerable y legítimo Gobierno.

Era América. Por toda su costa del Atlántico y del Pacífico no se veían sino virreyes españoles, huyendo con los baúles de cuero cargados de uniformes y de doblones, a bordo de las viejas naves, que viraban cabizbajas las proas para España. Una a una, todas las colonias, aprovechando las guerras de doctrina política que asolaban a la Madre Patria, se iban emancipando de ella y dando comienzo a esa magnífica *juerga* anárquica en que se han deleitado desde hace setenta años entre mucha gritería, mucho polvo y mucha sangre.

En 1802 fué Venezuela la que sacudió «las cadenas españolas»; después, ya en tiempo de la Santa Alianza, fueron Guatemala y el Perú; y esta ingratitud del Perú amargó más penosamente que las otras el corazón paternal de Fernando VII, que de él es-

peraba siempre, por tradición, una fuente de riqueza perenne y fácil. Tales emancipaciones constituían esos actos de «rebelión y fuerza popular» tan soberanamente condenados por la Santa Alianza. Para anularlos y anular a los gobiernos que de ellos habían salido (gobiernos viciosos y falsos, puesto que se basaban sobre el vicio y la falsedad de la soberanía nacional) es para lo que la Santa Alianza se creó y se armó bajo la mirada aprobadora de Dios, amigo particular de la Casa de Austria. Por eso la Santa Alianza, apenas acabó de concertar los negocios de Fernando VII en España y de aherrojar a los liberales en las prisiones del Santo Oficio y en los presidios de Africa, comenzó a pensar en arreglarle los negocios en la América española y en reducirle de nuevo las colonias a una sujeción filial, volviendo a dorar así el necesario prestigio de los Borbones, y dando simultáneamente una áspera lección a los pueblos que se quisiesen abandonar a la desleal quimera de la libertad. Con tan santos propósitos se reunió el congreso de Verona, donde se debían asentar las bases de una acción entre todas las potencias aliadas para el exterminio de esas abominables Repúblicas latinas, formadas con los pedazos partidos del Imperio español.

IV

Fué entonces, ante esta posible invasión de la América española republicanizada cuando se levantó pesadamente la voz poco elegante, pero justa, del presidente Monroe. La situación de los Estados Unidos era, en efecto difícil. Todas las colonias españolas habían imitado el ejemplo revolucionario de la colonia inglesa, y cada una aclamaba a su pequeño Wáshington.

Las constituciones políticas de que habían sido dotadas eran traducidas de la Constitución de los Estados Unidos; y así contribuían a dar a todo el Continente una vasta armonía política y económica. Por virtud de esas rebeliones, el suelo de América había quedado limpio de todas las máculas del absolutismo; y del Río de la Plata al Río de San Lorenzo no había ya, felizmente, ni un penacho de virrey, ni una sotana de jesuíta, ni una cárcel de Inquisición.

¿Podían, pues, los Estados Unidos consentir que una flota aliada, con pabellón apostólico, viniese a perturbar esta obra de Libertad y aún de Civilización de la cual este país había sido el inspirador y el maestro? Y la condenación por Europa de esa soberanía, que los criollos españoles se habían arrogado legítimamente, ¿no era la condenación injusta e implícita del derecho con que los Estados Unidos ha-

bían sacudido el dominio inglés? La opinión en toda la América del Norte fué al punto rencorosamente hostil a cualquier acción ejercida por la Santa Alianza contra las nuevas Repúblicas latinas, aún débiles y convalecientes del vasallaje español.

Y el presidente Monroe, en su famoso mensaje del 23 de Diciembre, no hizo más que traducir este sentimiento pronto y vivo de la nación. No hubo ahí pues, una doctrina nueva, salida, como una Minerva armada, de su cabeza, que ciertamente no era olímpica. Monroe sólo formuló oficialmente la voluntad íntima y popular de los Estados. Incluso dió a su fórmula el tono más discreto y más modesto. En estos tiempos remotos los Estados Unidos aún no habían adoptado en sus modales políticos esa arrogancia estridente que los ingleses llaman *estilo de águila de alas desplegadas.*

Monroe, hablando a la Santa Alianza, no olvida que ésta se compone de Reyes de la Casa de Borbón y de la Casa de Hapsburgo. Y en su mensaje, a través de la firmeza que da la conciencia del derecho, hay un agradable vislumbre de antigua cortesía colonial. «Nuestra política con respecto a Europa (dice él en ese mensaje tan famoso) consiste en no intervenir nunca en los negocios internos de las potencias, considerar como legítimos todos los gobiernos de hecho, mantener con ellos relaciones cordiales, conservando una actitud franca y viril, sin rehusarnos

nunca a las reclamaciones justas, y sin someternos nunca a las ofensas o injusticias. En cuanto al Continente de América, las circunstancias son eminentemente y notoriamente distintas. Es imposible que las potencias aliadas extiendan y transporten sus sistemas políticos a este Continente sin grave riesgo de nuestra paz y de nuestra felicidad; ni es fácil creer que nuestros hermanos del Sur, abandonados a su inspiración, adoptasen voluntariamente semejantes sistemas. Por lo tanto, es perfectamente imposible que nosotros *viésemos con indiferencia* cualquier intervención, y bajo cualquier forma, de las potencias aliadas...»

Tales son las comedidas palabras que constituyen aquello que tan pomposamente se llama hoy la doctrina de Monroe. Que ellas son justas y prácticas, y que en 1823, en vísperas del Congreso de Verona, se habían tornado sobremanera necesarias, nadie lo puede negar desde el momento en que conozca la historia del dominio español en América y el espíritu arcaicamente absolutista del *metternichismo* y de la Santa Alianza; pero es también innegable que esta declaración política está rigurosamente limitada por su propia fecha, nada significa fuera del momento histórico que la originó, y sólo podría ser desenterrada de los archivos y aplicada otra vez si las potencias de Europa se coaligasen de nuevo para enarbolar la bandera apostólica e intentar

en América el restablecimiento de sistemas vetustos que ellas mismas ya arrojaron al légamo del pasado. Y notemos aún que la declaración de Monroe, ni siquiera en el momento en que se produjo, en 1823, tuvo eficacia, pues no fué ella ni el sentimiento de los Estados Unidos, del cual era expresión, lo que atemorizó a la Santa Alianza, y la impidió repetir más allá del Atlántico las hazañas restauradoras de España y de Nápoles, reintegrando al buen Fernando VII en la posesión aurífera de su Venezuela, de su México, de su Perú... ¡No! Lo que detuvo a la Santa Alianza fué simplemente la actitud de Inglaterra, que protegió a las tiernas Repúblicas de la América del Sur; las reconoció luego como gobiernos legítimos, con el vivo y mercantil recelo de que la restauración de la política de España en el nuevo mundo fuese (como fatalmente sería) la restauración paralela de su sistema económico, que excluía de los puertos coloniales todo el tráfico, producción e industria inglesa. El mensaje del presidente Monroe era un decreto protesta, desprovisto de fuerza; y la Santa Alianza podía impunemente encoger sus reales hombros y mandar bogar sus flotas, llevando virreyes e inquisidores mayores, barnizados de nuevo y con horcas nuevas. Pero la oposición de Inglaterra era un obstáculo absoluto, porque en 1823 todas las escuadras juntas de la Santa Alianza y las del mundo entero no podían arriesgar siquiera la

punta de sus proas fuera de los puertos donde se abrigaban, sin permiso de Inglaterra, ya entonces y más que hoy, señora y soberana de los mares.

Pues fué de esta frase del Presidente Monroe, ya platónica y estéril en 1823, de donde los *yankées*, con el natural orgullo de quien siente cada día surgir en sí fuerzas nuevas, y con la ambición de pasar ante el mundo como creadores únicos de su grandeza, y aun también con ese sordo despecho que los pueblos coloniales conservan contra sus antiguos dominadores, cuya civilización más refinada, por ser más vieja y compleja, ellos nunca pueden igualar en su belleza, estabilidad y brillo histórico—extrajeron esa singular fórmula de *¡America para los americanos!*... Lo que significa (si yo no interpreto mal el sentimiento que inspiró la fórmula) que América, siendo obra exclusiva de la raza americana, sólo pertenece a la raza americana, y sólo por ella puede ser explotada y gozada.

V

Ahora bien; de los dos términos que esta proposición encierra, uno me parece ficticio y no existente; porque si todos sabemos, muy tolerablemente aprobados en Geografía, lo que es y dónde está América no se comprende tan fácilmente lo que sea y dónde esté *la raza americana*. Ciertamente existió (y aún existen

de ella restos diezmados y perseguidos) una verdadera *raza americana*, que todos los compendios de etnología describen, y que se componía aglomeradamente de los Tinnehs, de los Algonquinos, de los Iroqueses, de los Apalaches, de los Aztecas, de los Incas, de los Caraibas, de los Guaranís y de toda la gigantesca gente patagonia. Sin duda alguna, fuesen vascos o indígenas del Africa septentrional, u hombres del Extremo Oriente, o hubiesen emigrado a través del sumergido Continente de la Atlándida, o hubiesen subido por la alta Siberia y penetrado por el Estrecho de Behring, esos eran los legítimos dueños de América, cuyos desiertos poblaron, y donde establecieron civilizaciones primitivas y originales, que iban desde la tribu cazadora hasta las ciudades de los aztecas, llenas de templos y de artes. Pero no es ciertamente para esos para quienes los compatriotas del presidente Monroe reclaman el dominio y el disfrute exclusivo de América; puesto que esos (también por una extraña aplicación de la doctrina de Monroe) son perseguidos, exterminados como animales, que, por su propia animalidad, manchan el esplendor de la civilización americana y ocupan en el suelo, con sus pobres chozas, un espacio que pertenece al civilizado y a sus viviendas de diez y seis pisos. Fuera de esos, hoy raros, tan raros que sólo constituyen una curiosidad etnológica y como que pertenecen ya al *bric-á-brac* humano, yo sólo

veo en América una raza que es la europea, en las grandes familias en que la dividió la geografía y la historia moderna: los sajones, los germánicos, los escandinavos, los franceses, los italianos, los españoles, los portugueses... En todo el vasto Continente americano no hay una ciudad, un centro activo, donde exista o se pueda descubrir un único tipo *americano*. En Nueva York, donde se agitan dos millones de hombres que son irlandeses, o ingleses, o escoceses, o alemanes, o suecos, o franceses, o italianos, o rusos, o españoles, o portugueses, es fácil aún encontrar chinos, japoneses, indios, tártaros, persas, marroquíes, árabes del desierto, negros de los más negros fondos del Africa; pero es imposible descubrir un hombre que, en el puro sentido etnológico, sea un americano.

Para ver ese ejemplar venerable de los viejos señores del suelo es necesario emprender un viaje, pasar más allá de Omaha, más allá del territorio de Nebraska, más allá del país de los búfalos, y allí será posible, en torno a alguna estación del camino de hierro del Pacífico, divisar un *americano*, color de cobre, de largas guedejas lacias, esmirriado y embrutecido, que pide limosna y se rasca entre los harapos de la camisa y de los pantalones, recibidos por Navidad en la gran distribución *como limosna del alto padre del gran jefe blanco que está en Washington*...

Ahora bien; siendo éstos realmente los únicos americanos puros, la gran máxima política ha de ser interpretada de este otro modo, más coherente y más franco: «América pertenece exclusivamente a los europeos que nacieron en América...» Este es su verídico sentido, y de él proviene la ruidosa doctrina del Nativismo (1).

VI

No hay, sin embargo, originalidad alguna en esta doctrina del Nativismo. Ni nació en América. Más de dos mil años ciertamente han pasado desde que China la concibió y la practicó. El Nativismo es, en efecto, un producto chino, adoptado durante algún tiempo por el Japón, después por él abandonado como caduco y anticuado, y ahora puesto en circulación con gran estrépito por los pueblos americanos.

Fué durante la dinastía de los Tsin, y reinando el emperador Huang-Ti, cuando apareció en China y se apoderó de los espíritus este nuevo principio del *Nativismo*. Ese emperador Huang-Ti era un bandido, de ilimitado orgullo, ignorante y falso, que alteró

(1) El nativismo, o sea la doctrina que defiende los derechos de los naturales del país, de los indígenas, de los aborígenes, podría llamarse la doctrina del *autoctonismo* ó del *aborigenismo*.—(N. DEL T.)

toda la constitución política de China, dilapidó la Hacienda, inventó una religión grotesca, en que confusamente entraban la Humanidad y tres espíritus que habitan una isla, cometió el sacrilegio de reformar el calendario, persiguió a los poetas y a los eruditos, y quemó todos los libros sagrados de China. (Lo que prueba que las ideas extravagantes nacen sobre todo en los tiempos de anarquía y de decadencia.)

Solamente que los chinos pusieron en la aplicación de este principio, impuesto por un tirano fantástico, aquella coherencia fuerte y aquel vigor que siempre les caracteriza en la práctica de sus instituciones. Desde que el escandaloso Huan-Ti y sus mandarines (entre los cuales dominaba un cierto Lise, medio letrado y medio hechicero) concibieron la idea de que el uso de China debía ser vedado a todos los que no fuesen *nativos*, cerraron la China, cerraron materialmente toda la China; del lado de la tierra con la gran muralla y del lado del mar, en las embocaduras de los ríos, con fuertes diques de bronce y hediondos dragones de madera pintada... Después, así clausurados en su China como en una inmensa y silenciosa ciudadela, el mundo nunca más supo de ellos y casi perdió la noción de su existencia entre las gentes. Por lo demás, durante los siguientes siglos, si, a pesar de todos esos diques y murallas, algún extraño penetraba en China por mo-

tivos espirituales o temporales, un populacho nativista corría sobre él con cañas de bambú y cuchillos, y del abominable intruso sólo quedaba en breve una masa molida y destrozada encima de un charco de sangre. Los japoneses, más dulces y de naturaleza escéptica, nunca se abandonaron a estas ferocidades nativistas, y, cuando más, corrían al extranjero a pedradas por las calles hasta el batel del cual había desembarcado. En América, aún más dulce y más cortés, el nativismo se limita a algunos gritos en los periódicos, y el intruso es simplemente corrido con adjetivos... Así, las ideas fuertes, en su acostumbrada marcha de Oriente a Occidente, se enervan y suavizan...

Considerando, sin embargo, con toda seriedad y sin deseo alguno de sonreir, ese curioso fenómeno del nativismo chino, muy fácilmente se le encuentra justificación y hasta grandeza. Los chinos, no solamente son los primitivos señores de la tierra de China, sino que son los primitivos y únicos creadores de su civilización, que es sólo de ellos y bien original y bien propia, sin mezcla de idea o forma ajena. Fueron ellos, sólo ellos, los que sacaron de su razón, de su sentimiento y de su fantasía todo lo que temporal y espiritualmente constituye la China: su organización política, su religión, su moral, su derecho, su agricultura, su industria, su literatura, su arte, sus ceremoniales, sus armas, sus trajes... Toda la

China es absolutamente y únicamente de invención china. No hay idea o costumbre—ni siquiera una pequeña regla de etiqueta, ni siquiera una ligera forma de vaso—que fuese importada del mundo exterior, que para ellos es bárbaro, y que queda más allá de la Gran Muralla y del Mar Amarillo. Y tan intensamente homogénea es esta civilización, que cualquier idea o costumbre que llegue de fuera y consiga caer en ese compacto fondo de costumbres y de ideas, no se funde, no penetra en la circulación de la vida ambiente; queda enquistada en el lugar en que se posó, como un hueso estéril, y en breve se mustia y se deshace... Y por el mismo motivo, para dondequiera que emigre (ahora que emigra) el chino instala una pequeña China, donde vive una existencia sólo china, teniendo ya al lado un ataúd chino, para que, apenas muerto, lo conduzcan de nuevo dentro de él a la gran China.

Dada, pues, esta absoluta originalidad y homogeneidad de su civilización, el nativismo chino es lógico y legítimo. El chino demuestra soberanamente que, para construir una civilización completa, toda entera—desde las bases de la moral hasta el corte de los zapatos—y sólidamente estable (la más estable que conoce la Historia), no le fué necesario importar un solo principio, un solo utensilio, una sola forma lineal, y, por lo tanto, justamente piensa que el hombre ajeno a China, el extranjero (que era un

salvaje cuando él ya ejercía todas las artes), no tiene derecho a gozar y compartir los beneficios de una obra que nada le costó ni a él ni a los suyos, y para la cual no contribuyó con ningún elemento fundamental, ni siquiera con ningún retoque que la embelleciese... Por otro lado, esa civilización, que él solo concibió, tanta felicidad le da (para el chino, como todos los moralistas y poetas afirman, no hay ventura más cierta en la tierra que nacer y ser chino), que no puede admitir que el extranjero venga con sus ideas, sus creencias, sus métodos, a perturbar la armonía de su orden social, mancharle tal vez la pureza, estropearle acaso la solidez y comprometer, por lo tanto, esa inmensa felicidad que en ella encuentran, hace más de cuatro mil años, más de cuatrocientos millones de hombres... El sentimiento de los chinos realmente equivale al que sería el nuestro en Europa si los amarillos viniesen con misioneros, con prestamistas, con letrados, con artistas, a instar y a hacer propaganda para que nosotros usáramos coleta, habitásemos en casas de bambú y de papel y viajásemos en literas de machos, sólo leyéramos el libro de los «Deberes filiales» y quemásemos cada mañana un rollo de cera perfumada en loor de Confucio. ¡Cómo soltaría entonces Europa el grito unánime y feroz de supremo nativismo: fuera los chinos! ¡Europa es para los europeos! Por lo demás, ese grito rencoroso ya lo brama sin cesar California con-

tra los pobres *celestiales* que vienen a trabajar a San Francisco, sin que ellos introduzcan intensamente sus ideas y sus costumbres (como nosotros hacemos en China), y sólo porque en medio de la ciudad blanca, de raza sajona irisada de española, forma una mancha constante aquella colonia amarilla de túnica y coleta, que huele dulzonamente a opio.

VII

Pero si el nativismo chino, fundado en la originalidad e intransigencia de su civilización, es claramente comprensible, ¿quién puede comprender el nativismo americano y la pretensión extraña de excluir a Europa del uso y disfrute de una América que Europa creó con el esfuerzo de su genio, y que todos los días, incesantemente, continúa creando como su obra más querida? ¡Todos los días! Pues, como dijo con fina profundidad un humorista inglés, lo que Inglaterra exporta para los Estados Unidos, *son los mismos Estados Unidos*. En efecto, de cada puerto de Europa, en cada vapor, van Estados Unidos para los Estados Unidos (así como va Brasil para el Brasil); van los hombres y van las ideas, van los obreros y van los materiales con que se levantan la civilizaciones. Y cada semana, en cada vapor, América recibe un pedazo de sí misma, con que se va robusteciendo y con que se va ensanchando. De Norte a Sur, no hay

en todo el Continente americano (con excepción de los tocados de plumas de los indios) un único principio, una única costumbre, una única firma que haya sido originariamente inventada en América. Todo fué aquí concebido por nosotros, y por nosotros experimentado en una prodigiosa labor de siglos. Los chinos crearon su religión, su derecho, su moral, su filosofía, su arquitectura, su alfabeto. Pero la arquitectura, la moral, los códigos, los dogmas usados en América, todas las instituciones fundamentales de su sociedad, son la obra magnífica de algunos europeos que nunca conocieron América. Las lenguas en que América proclama los principios de su nativismo fueron por Europa inventadas y trabajadas. La propia tinta con que imprimen los periódicos en que nos acusan de intrusos, fuimos nosotros quienes la inventamos y la removimos. Y si los europeos nunca hubiesen fabricado zapatos, ¡aún las finas damas de Nueva York andarían descalzas!...

Los elementos primordiales de esta civilización fueron llevados a América, es cierto, por los primeros europeos en las primeras naves. Pero después de esos días imprudentes de Colón, de Cabral, de Magallanes, de Balboa, de Grijalva, han pasado casi cuatrocientos años. En este largo espacio de historia, los americanos establecidos en su Continente, habiendo fijado las divisiones geográficas, habiendo

experimentado las tierras laborables, con la habitación y el pan seguros, bien podrían haber desenvuelto esos elementos y completado una civilización suya, propia, adaptada a su clima, a su naturaleza, a las necesidades nuevas de las razas fusionadas. Pero no. Esa América que tanto se ufana de genio inventivo, no inventó nada en estos últimos trescientos años, que han sido los más fecundamente activos de la Humanidad. ¡Y fuimos nosotros, aquí, en esta agotada Europa, quienes, sudando y gimiendo, continuamos la espantosa tarea de la civilización, descubriendo las leyes del Universo, creando las ciencias naturales, construyendo los sistemas de filosofía, aquilatando la belleza de las artes, fundando industrias, dando al mundo la imprenta, la electricidad, el vapor, el gas, los telares, los telégrafos, millones de libros, toda suerté de ideas!...

Y de estos beneficios innumerables recibidos por las naves de la travesía, la buena América se aprovechaba y disfrutaba, conspirando ya sordamente contra nuestra supremacía. El motivo que ella invocaba para esta su sórdida abstención en la obra humana del progreso, era que su genio estaba ahogado bajo la dureza del régimen colonial. Vino la independencia, acabaron los regímenes coloniales, y América continuó viviendo únicamente a costa intelectual de Europa. En más de un siglo de independencia, esos mismos Estados Unidos no han contri-

buído a la obra de civilización del mundo con una idea nueva. Cuando más, hacen aplicaciones subalternas y complicadas de nuestros principios originales. Su única invención es tal vez el teléfono, que si no fuese enmendado y refundido por los mecánicos ingleses, aun hoy seguiría siendo un aparato grotesco y radicalmente inútil.

Ahora bien; es esta América, a quien Europa proporcionó todos los elementos esenciales para que existiese socialmente y políticamente e intelectualmente e industrialmente, la que ahora grita a Europa con soberbio desplante: «¡Fuera de este Continente, que es nuestro y que hicimos nosotros! ¡América es exclusivamente para los americanos! ¡Nosotros no queremos aquí ni vuestra influencia ni vuestra actividad!» Es grave. Y hay aquí, por lo menos, una escandalosa ingratitud. Porque si europeos y americanos definitivamente se desquitasen y cada uno recogiese aquello que es obra lenta de su genio, los americanos quedarían súbitamente sin religión, sin leyes, sin moral, sin ciencia, sin arte, sin industrias, sin costumbres, sin todo lo que constituye la vida superior de un pueblo, y serían unos salvajes rubios, unos *pieles blancas* absolutamente iguales a los *pieles rojas*, que ellos consideran una mancha en la civilización del Continente, y que persiguen a tiros como a los osos y como a los búfalos.

VIII

¡No! Sólo es legítimamente admisible el nativismo de un pueblo que, como el chino, haya concebido y realizado originalmente su civilización, y que no quiere, por lo tanto, que el extranjero, introduciendo en ella principios y formas heterogéneas, le perturbe la belleza y la utilidad. Una muralla de la China es entonces una construcción perfectamente racional. Un pueblo así ya demostró sobradamente que se basta y se completa a sí mismo, y que en el orden espiritual y en el orden material es independiente de todos, no siendo inferior a ninguno, por el vigor ya probado de sus instituciones.

Su nativismo representa entonces la justa y necesaria defensa de sus instituciones, donde encontró felicidad y estabilidad. Pero entre pueblos de civilizaciones idénticas, y de los cuales uno, el nativista, lo recibe todo del otro, desde los dogmas hasta las herramientas, el nativismo es esencialmente el *miedo egoísta de la competencia*. ¿Y de qué puede provenir ese miedo? Unicamente *del sentimiento de la propia inferioridad.*

Y he ahí por qué yo no comprendo el nativismo en pueblos tan orgullosos como los pueblos americanos, puesto que de él resulta simplemente que el

hombre de América se declara a gritos ante el mundo inferior al hombre de Europa.

¿Qué significa realmente el americano proclamando en sus periódicos o en sus Parlamentos que aquel pedazo suyo de América es solo para él y que no quiere ni la influencia, ni la actividad, ni siquiera la presencia del europeo? Significa en el fondo simplemente esta confesión, bien humillante: «Yo soy indolente, el europeo es laborioso; yo soy obtuso, el europeo es fuerte... Si el europeo entra aquí, yo, en la lucha y en la competencia de la vida, soy, indudablemente, vencido; ¡por lo tanto, levantemos contra el europeo una gran muralla a la buena manera de la antigua China!» ¡Oh, americano, bravo amigo! ¿Cómo puedes tú sin ruborizarte hacer tal confesión de debilidad? Y después reflexiona que si tú mismo te consideras inferior al europeo en la actividad, inteligencia y fuerza, implícitamente reconoces que el europeo, poseyendo cualidades superiores a las tuyas, podrá mucho mejor que tú explotar, valorar, civilizar, para bien general de la humanidad, ese pedazo de América de la cual eres tú el dueño geográfico. Los intereses superiores de la Humanidad reclamarían, por lo tanto, que ese pedazo de tierra te fuese expropiado, y que otros (que tú mismo reconoces como más fuertes y más hábiles) fuesen allá a crear la obra de civilización que tú, con las manos contritas sobre el pecho, te confiesas impotente para fundar.

Y si insistieses en levantar tu muralla, no debieras extrañarte que los otros la atacasen en nombre de esos altos intereses humanos y fundados en las confesiones de inferioridad intelectual y física que tú hiciste tan transparentemente cuando predicabas tu nativismo con un ímpetu que estaba compuesto de abdicación.

¡Nativismo! ¿Quién puede concebir a Inglaterra, Francia o Alemania, o naciones donde haya un pensamiento y un brazo, predicando el nativismo y regateando a cualquier hombre el derecho de venir en medio de ellas a contribuir a la obra humana? Por lo demás, no existen, en realidad, pueblos nativistas. Lo que existe en cada pueblo es un cierto número de naturales, que, por falta de cualidades activas, diestras y recias, sucumben y fracasan en aquellas mismas carreras, en que otros, que no son naturales, prosperan y florecen.

Es el tendero que ha de cerrar la tienda propia, mientras que al lado el comerciante extranjero amplía la suya, donde la multitud se apiña. Es el escritor que ve los libros extranjeros vendidos, discutidos, envueltos en la vida intelectual, mientras los suyos se pudren en el sótano de los almacenes entre el silencio, la obscuridad y el polvo de las obras muertas. Es el arquitecto, a quien ni el Estado, ni los particulares, confiaron la construcción de un muro de quinta, y que asiste al triunfo del arquitec-

to extranjero, encargado de cubrir la ciudad de casas y monumentos. Es el médico sin enfermos, que por detrás de las vidrieras, royendo sombriamente las uñas, cuenta la larga fila de clientes que entra en la puerta de su vecino, el especialista extranjero. Es, sobre todo, el hombre de las profesiones liberales, ávido de publicidad, de posición, de influencia, que permanece en la obscuridad, en el abandono, al paso que el extranjero es acogido, aclamado y festejado. Estos son los verdaderos nativistas, los que *fracasaron* enfrente del extranjero que *triunfó*. La ilusión y la vanidad nunca les consentiría reconocer que su derrota procedió de su insuficiencia; y como consuelo interior y aun como disculpa pública, se consideran y se proclaman víctimas de una vasta calamidad social: la invasión de razas extranjeras, que todo lo obstruye y lo dificulta, que se impone por la brutalidad del número y por la parcialidad del privilegio, y que arranca al pobre natural del país, aplastado, la parte que le correspondía del pan y del suelo natal. La identidad del descontento hace que todos estos descontentos se junten, desahoguen mutuamente, se exalten y acaben por organizar una secta que va predicando la salvadora idea nativista. Y en la mayoría de los casos no es con la esperanza de que esa idea triunfe, puesto que bien comprenden cómo no puede triunfar socialmente, sino sólo con el propósito, en parte ingenuo y en parte astuto,

de encontrar en el ejercicio de esa extraña profesión de *nativista* los provechos, la influencia fácil y la posición que no supieron granjear en las otras profesiones en que su mediocridad fué factor de su derrota. Y ese propósito frecuentemente lo logran; porque tan profunda es la credulidad emotiva de las multitudes, que no hay bandera nueva, por muy frágil que sea, con un lema nuevo, por muy irracional que sea, que bien enarbolada en la calle, no reúna y levante una legión. Y durante ese corto momento, el buen nativista saborea las glorias de un jefe, de un Mesías. Pero también es tan rápida la reacción del buen sentido en las multitudes educadas, que reconocida la fragilidad de la bandera y la irracionalidad del lema, la legión que se formaba al comienzo de la calle, queda reducida, aun antes de que desemboque en la plaza, a algunos camorristas y a algunos bobalicones. Ese es el momento desagradable para el nativista, porque entonces se descubre que aquello que se creía ser el movimiento vigoroso de una nación, era sólo el despecho, o la austucia, o la ilusión de algunos fracasados.

Por eso nunca me inquieté cuando hace un año se hablaba tanto de la agitación nativista en el Brasil. ¡El Brasil nativista! ¿Por qué?

Es posible que ahí, como en todas partes, haya alguno que otro ladino que viese en el ejercicio del nativismo una profesión facil, sin obligaciones, sin

horas fijas, altamente remuneradora y hasta divertida. (¿No se convirtió hoy en Francia el antisemitismo en una carrera magnífica, que lleva a la celebridad y a la fortuna?) Es probable también que, sobre todo, en Río de Janeiro, donde la competencia ya es áspera y difícil, algunos derrotados de la vida atribuyan cándidamente su derrota, no a la propia inhabilidad y flaqueza, sino a la fuerza aplastante de un fenómeno social, al número invasor de las razas extrañas. Y es casi cierto también que muchos mozos, con la ingenuidad un poco tumultuosa que es propia de nuestra raza, confundiendo *nativismo* con *nacionalismo*, hubiesen concebido el sueño de un Brasil sólo brasileño. Estas ideas e intereses, teniendo un fondo idéntico de negación, sin duda se juntarían, obstruirían la calle con su bando y su bandera, y por motivo de aquella excitación contagiosa que tanto perjudica a las sociedades meridionales, encontrarían apoyo por un momento entre multitudes crédulas y con los nervios aún trastornados por una dura guerra civil; pero esa influencia del nativismo sólo podía ser (como lo fué, creo yo) muy transitoria en medio de una nación tan amable, tan generosa, tan hospitalaria, tan *europea* y de tan amplia fraternidad como es el Brasil, para gran honra suya entre las naciones.

Las Repúblicas semimuertas de la América Central—una Guatemala, una Nicaragua, un Ecuador—

son nativistas con pasión, y su nativismo es comprensible, porque en ellas no sólo abundan los hombres *fracasados*, sino que ellas mismas son países *fracasados*. Comenzaron su carrera de nacionalidades sin tener para ello preparación o capitales, y en breve cayeron en tal desorden civil y en tal miseria moral, que toda la inteligencia, toda la actividad y toda la fuerza se les fueron agotando gradualmente, y hoy cualquier aventurero que allí entre, siendo un poco experto y un poco vidente, se puede convertir en un instante en su explotador y hasta su dueño. Pero el Brasil ¡nativista! ¿Cómo podría ser?

El nativismo en la América española es siempre sentimiento envidioso de mulato que tiene alma mulata y que fracasó. Ahora bien; el Brasil es blanco, de alma blanca; y está como nación en pleno y vivo éxito, a pesar de estos años de confusión política que proviene, no de la falta de ideas, sino de la falta de personal, junto con un individualismo exagerado que produce indisciplina. Y no puede dejar de tener éxito, de seguir en pleno éxito, siendo como es un pueblo superiormente inteligente y escandalosamente rico. Con tales cualidades, ¿qué envidia puede tener del extranjero y qué miedo de su competencia?

Y no tiene, como soberbiamente lo demuestra cada día con su magnífica franqueza hospitalaria, ni tal envidia, ni tal miedo; porque la hospitalidad no

es solamente una señal de dulzura; es, sobre todo, una señal de fuerza. Y he aquí cómo, arrastrado por la charlatanería godo-latina, dejé a un lado la doctrina de Monroe, para divagar a través del nativismo, su hijo bastardo y petulante.

IX

Por lo demás, ahora que fué bien definida en un informe parlamentario al Senado en Washington, esa buena doctrina interesa menos a los Estados de Europa que a las naciones del Continente americano; porque desde ahora ella ya no constituye una defensa contra la preponderancia de Europa en la libre América, sino que establece un verdadero principio de agresión contra la autonomía de las Repúblicas américo-latinas. En virtud de la antigua doctrina, tal como era predicada aún ha poco por los patriotas de Washington, los Estados Unidos pretendían que ninguna nación europea pudiese adquirir, por la fuerza y por la conquista, un pedazo cualquiera del Continente americano, donde fuesen a establecer sus vetustos métodos de política y de administración.

Ahora, sin embargo, los patriotas de Washington decretan que ninguna nación del Continente americano podrá ceder, cambiar o vender, a una nación de Europa una parcela, por mínima que sea, de su territorio, sin el consentimiento de los Estados Unidos,

que nunca lo darán, para evitar que se formen sobre el limpio suelo de América focos de infección europea. Ahora bien; el derecho de propietario incluye necesariamente el derecho de ceder, cambiar, donar vender la totalidad o una parte de su propiedad. Es este un principio que está en todos los Códigos de la civilización y aun en todo el derecho consuetudinario de los salvajes. Desde que se discute al poseedor el derecho de disponer de la cosa poseída, implícitamente se le discute la plenitud directa de la propiedad. Propietario directo o pleno es aquel que, usufructuando la tierra, tiene simultáneamente el derecho de alienarla. Aquel que habita la tierra, y la cultiva, y vive de los frutos de ella, pero no tiene la facultad de enajenar un árbol ni una piedra es usufructuario, no señor... Si alguien, venido de lejos, le propone la compra de esa piedra o de ese árbol, el usufructuario no puede resolver sin quitarse respetuosamente el sombrero e implorar el permiso del amo.

Ahora bien; los Estados Unidos pretenden, por una votación del Congreso, determinar que los pueblos del Continente americano son meramente usufructuarios de los territorios que habitan, puesto que sólo tienen derecho de disfrutarlos, no de alienarlos sin su consentimiento; y conjuntamente, por la misma votación, ellos se declaran señores directos de todo el Continente, puesto que sólo a ellos corres-

ponderá dar o negar ese consentimiento. Es una portentosa conquista, tan portentosa y fácil, que casi parece cómica.

Una tarde, de repente, al final de una sesión del Congreso, el *yankée* surge como el dueño de toda América. En torno ya no habría sino naciones usufructuarias. ¿Piensa el pueblo brasileño poseer el Brasil? El Brasil todo, desde el río Parima hasta el río Paraná, es del *yankée*. Al pueblo brasileño sólo le corresponde habitar su suelo, plantar en él laboriosamente su café y estarse quieto. Pero si un día tuviese la libre idea de vender al inglés o al turco tres metros de arenal o de tierra laborable, habrá de ir con la frente baja a implorar licencia del *yankée*, que se la negará ásperamente con vago gesto señorial...

Y hay aún aquí moderación de parte de los Estados Unidos; porque podrían, en vez de declarar a los pueblos de América simples usufructuarios, decretar que serían, a partir de este año de 1896, meros arrendatarios, que debían pagarles semestralmente la renta de los territorios usufructuados, bajo pena de expulsión. Los franceses dicen, con su usual cordura y exquisitez, que *quand on prend du galon on n'en saurait trop prendre* (1). Si los Estados Unidos

(1) Proverbio francés: «Cuando se bebe aguardiente, nunca se podrá beber demasiado».—(T).

están en vena de arrebatar propiedad, ¿por qué no la arrebatan toda y completa con los deleitosos beneficios de la renta?... Sería eso un gran dominio a la antigua manera oriental. ¡Sólo pueblos tributarios en toda América; y allá arriba el *yankée* gran señor!

Y entonces, todos los años, subirían del Sur y del Centro lentas filas de emisarios, unos con viejas carteras cargadas de papel (a falta de oro), otros cargando fardos llenos de cacao o de café, y todos camino de Washington, a deponer el tributo en las escaleras del Capitolio, a los pies del Presidente de los Estados Unidos, Presidente de los Presidentes, dueño supremo de los hombres, como el viejo Jerjes. Ese espectáculo deleitaría el corazón de todos aquellos para quienes la gran confraternidad democrática de América es la más divertida de todas las granujerías sociales de este siglo...

X

En mi aldea, en el Norte de Portugal, si un labrador que durante varios años trabajó la tierra, recibe bruscamente de un caballero, vecino suyo, la intimación de que esas hectáreas de vino y pan le pertenecen por posesión directa, como antiguo dueño, comienza por inclinar la cabeza y comer esa noche, ante el hogar, su caldo con más lentitud y silencio... Por la mañana, al apuntar el sol, se cuelga la chaque-

ta y va al leguleyo, a quien paga cinco *tostoes*, después de escucharle pensativamente. Luego vuelve al lugarejo y pide al caballero, con el sombrero en la mano, sus documentos, sus papeles. El caballero no tiene pruebas; tiene sólo su arrogancia, su palacio, sus criados de caballeriza y montería, su influencia en la parroquia. ¡Y quiere las tierras!... Entonces el labrador vuelve al rincón del hogar y agarra la cayada. Y en esa tarde hay, junto a cualquier *sebe* (1) donde se enrosca y perfuma la madreselva, un caballero con una clavícula y tres costillas absolutamente destrozadas.

Así es en mi pequeña aldeita. No sé cómo será en esa inmensa América.

---

(1) Conservo esta palabra portuguesa porque en mi mimoso y dulce dialecto bable, en que tantas desinencias y palabras portuguesas se conservan, aún vive esta palabra *sebe* que es equivalente a la palabra castellana *mata*, *zarza*, *matorral*.—(N. del T.)

VIII

EL INVIERNO EN PARÍS

Este invierno en París, reunió todas las condiciones para ser espléndidamente elegante y alegre.

Hubo diez y seis grados bajo cero, la nieve endurecida blanqueó el Bosque de Bolonia, todos los lagos estaban helados y un sol claro y fino brillaba en un cielo de tonos delicados.

Hace diez años, aun bajo la República (que por profesión debe siempre mostrarse modesta y austera) tales bellezas invernales excitarían de un modo sobreagudo ese famoso *amor al placer* que todos los moralistas afirman ser el motor natural del carácter francés. Así como el verano atrae a los hombres hacia las simplicidades y verdades de la Naturaleza, el invierno incita en todas partes hacia los refinamientos de la sociabilidad; pero principalmente en París, donde el frío y la nieve fueron siempre los principales creadores de esa actividad mundana que tantas formas interesantes reviste, abarcando, ya en el orden intelectual, ya en el orden físico, una infinidad de ejercicios y de emociones, desde el patinar hasta el neo-evangelismo. Actividad absolutamente inade-

cuada al verano, con polvo, un sol rutilante y los árboles todos llenos de hojas y de pájaros. La propia producción de las ideas necesita el invierno, el sosiego pensativo de las chimeneas encendidas y los cielos velados, los árboles desnudos, una Naturaleza sin brillo que no distraiga de las contemplaciones abstractas. Nunca se concibió un poema o una grande y nueva teoría científica en Mayo o en Julio cuando los prados están en flor y las aguas son murmuradoras; las densas y frescas sombras despiertan irresistiblemente en el hombre los viejos instintos adámicos de la ociosidad divina.

Pero es necesario también que el invierno, para ser fecundo, se conserve luminoso, seco, vivo, fino, crespo, con aquella ligereza de aire abundante en oxígeno que también excita y tonifica la vitalidad nerviosa. Invierno morriñento (1), pardo, muelle, sombrío, hosco, es totalmente hostil a las alegrías de la sociabilidad, a las invenciones del espíritu, a toda especie de actividad, ya se traduzca por bailes, ya se traduzca por libros. Pero es sobre todo desfavorable al brillo fastuoso de una ciudad mundana, porque adormece y debilita totalmente toda energía festiva. En París este invierno fué favorablemente seco, soleado, bien helado, vivificante y excitante, y, sin embargo, fué triste...

(1) No temo adaptar este adjetivo que emplea Queiroz en su giro dialectal gallego: *morrinhento*. – (N. DEL T.)

Ni fiestas, ni pompas, ni la tradicional representación de las clases patricias, ni el lujo casual y exuberante que desborda hacia las calles; ni aquel movimiento siquiera de una escintilación algo febril que, en el sencillo y vivo cruzar de los carruajes, en la mera animación de unos ojos que pasan y sonríen, prueba cuándo una sociedad se está divirtiendo con seguridad y con vigor. ¡Por el contrario!... París tuvo este invierno un aire parado y pensativo. Reparando bien, hasta existía un cierto encogimiento y un malestar moral. Nadie parecía dispuesto al placer; había en todos como un recelo, un escrúpulo de abandonarse al placer, ruidosa y descaradamente. Es claro que París, amigos míos, no se tornó de repente un mortificado convento de Trapenses. Aún se baila, aún se abren botellas de Champagne, aún se encargan a las modistas vestidos de tres mil francos. Pero no hubo, no hay ya aquel vivir ardiente y libre, aquella elegancia petulante, aquella jovial audacia en el placer y la aturdida acumulación de fiestas que eran la gloria mundanal de estos inviernos de París, cuando Dios los dotaba de toda su belleza invernal... ¿Por qué? Por un motivo que no es sólo parisién, sino europeo, y que sería en gran manera honroso, si en él entrase sólo la generosidad y no entrase también mucho egoísmo y algún miedo.

¿Es sólo delicado pudor la generosidad de quien no quiere, mostrando la riqueza propia, hacer más

angustioso en los miserables el sentimiento de su miseria? No, ciertamente. Es también miedo. Es el miedo creciente que los ricos tienen de los pobres desde que los pobres son una irresistible fuerza que se une, se disciplina, se concentra, se prepara. Si no se exhibe hoy el lujo es, principalmente, para que no irrite más a la indigencia. Todo millonario se siente amenazado y evita prudentemente mostrar como antaño, sus millones al sol. Es que antaño el Estado por medio de su policía, de su ejército, de todos los instrumentos de gobierno, defendió siempre al millonario y a sus millones. Todavía lo defiende, sea Monarquía o sea República, porque tiene aún su base en las clases medias, poseedoras de la riqueza. Pero hoy ya se considera probable, tal vez próxima otra organización social en que el Estado tenga por base las grandes masas proletarias, y en lugar de consolidar, destroze el poder del capitalismo. ¿Quién diría hace diez años que en las calles de París doscientas mil personas gritarían como gritaron en el día en que Drumont amnistiado regresó de Bruselas: *Abajo Rotschild?*... Grito extraño que revela el advenimiento de un mundo nuevo. Por eso Rotschild (y considero aquí a Rotschild como un símbolo capitalista) se retrae, se desvanece, elimina en sí y en torno de sí todo lo que muy brillantemente pruebe y revele su *rotschildismo*.

Es la antigua historia de la aristocracia, escon-

diendo en los armarios las libreas doradas de los lacayos, raspando en las portezuelas de los coches los blasones muy vistosos. A su vez la plutocracia se hace modesta y sencilla. Ni estruendo de fiestas, ni lujo que brille a lo lejos. Todo muy discreto, muy disfrazado. Las cortinas de las ventanas bien corridas para que no se divise de fuera la luz de las lámparas. Sólo tres o cuatro amigos a comer, con un *champagne* tímido. Y cuando se baila es por suscripción, en beneficio de algún asilo o casa-cuna, para que hasta el placer parezca estar al servicio del sufrimiento.

Y he ahí por qué el invierno fué tan triste en París. La ciudad de las gracias y de las risas apaga el antiguo fulgor de su risa y esconde la vivacidad de su gracia, algo por deferencia, mucho por miedo a aquella otra ciudad que está en derredor, mostrando como una acusación permanente su faz hambrienta, donde las risas son raras, y cuando estallan, son amargas. Y casi a escondidas, con las puertas bien calafateadas, es como París se divierte. Y este encogimiento difunde sobre sus mismas diversiones una indefinida sombra de tedio, porque como dice uno de los más viejos y sinceros proverbios de Francia y en el que el pueblo francés se pinta todo: *où il y a de la gêne il n'y a plus de plaisir* (1). Así uno de los primeros e inesperados resultados del movimien-

(1) «Donde no hay molestia no hay placer», reza este viejo proverbio francés.—(N. del T.)

to socialista es la austeridad de París, su renunciación forzada al placer vistoso y franco. La festiva ciudad está pasando por aquella crisis de gravedad sorrumbática (1) que Londres atravesó en la época de Cromwell y de los puritanos, cuando era casi un crimen de Estado cantar una copla en una taberna o apretar el jubón con un lazo de colores garridos.

Crisis peligrosa porque la diosa de la Alegría, como la diosa de la Fortuna, rara vez vuelve a los sitios de donde fué expulsada por motivos de doctrina. Inglaterra, que hasta Cromwell estaba tan llena de festivales y holgorios que se llamaba *Merry England*, la jovial Inglaterra, pasó a ser la tierra clásica de la insipidez. En vano fué restaurada la Monarquía y desaparecieron los puritanos con sus largas capas negras y su rencor a toda gracia y a toda risa; el puritanismo quedó gravitando sobre Inglaterra, como una gran sombra del sepulcro. Las almas habían tomado resignadamente el hábito de la sosería (2) y ya vegetaban en ella como en su oscuro elemento natural. Sólo ahora, después de casi tres siglos, es cuan-

(1) Quiero aficionar al lector español a este lusitanismo, que yo he empleado a sabiendas de que no está en nuestro Diccionario y que seguiré empleando en prosas mías, como muy expresivo y vigoroso, y conforme al genio del idioma.—(N. DEL T.)

(2) Para transcribir con precisión y exactitud la frase portuguesa *semsaboria* sería menester acuñar, como palabra

do por esfuerzo lento del antiguo temperamento sajón, comienza a surgir de los cenicientos velos puritanos y a recobrar un poco del brillo, de la espontaneidad jocunda, de la ligereza galante del tiempo en que era la *Merry England*, la jovial Inglaterra.

¿Quién sabe también si Francia no está riendo a la sordina sus últimas risas, y si con el advenimiento del Cuarto Estado, con el triunfo social del proletariado, no se tornará a su vez la patria clásica de la melancolía?... En efecto, una vieja profecía del monje de Orval anuncia que allá hacia 1897 o 1898 *París dejará de reir*. El terrible monje, que vivió en el siglo XV, presagió a Luis Felipe y profetizó la guerra del 70. Y esta nueva amenaza, el fin de la risa en París, bien se puede realizar igualmente; porque ya aquella risa que ha sido, desde el siglo XVIII, la seducción de Europa, se produce con esfuerzo en labios que están pálidos y comienzan a marchitarse...

Que aprovechen, pues, este resto de alegría y corran deprisa antes de que se extinga, aquellos que vengan a París, sobre todo con el fin profano de ser los huéspedes acariciados y deliciosamente acogidos en la ciudad de los Juegos, de las Gracias y de las Risas.

---

del idioma castellano, el modismo dialectal andaluz *esaborisión*, que, por lo demás, es de exactitud formidable adecuada al caso, pues lo que advierten los andaluces en los ingleses es que son unos *esaboríos*.—(N. DEL T.)

A PROPÓSITO DE «THERMIDOR»

Victorien Sardou, hace cinco o seis años, escribió (o más bien, *maquinó*, porque este verbo mejor le compete) un drama intitulado *Thermidor*, que fué representado una vez en la *Comédie Française* e inmediatamente prohibido por el Gobierno como funesto para la República y para la libertad. *Thermidor*, en efecto, resucitaba una época esencialmente antiliberal y antirrepublicana, puesto que durante ella se desenvolvió el reinadod el Terror y la sangrienta tiranía de Robespierre.

Pero (cosa democráticamente divertida) la pieza de Sardou fué prohibida, en nombre de la República y de la Libertad, por lo mismo que, a través de ella, en charlas amargas y en episodios demostrativos, se condenaba el despotismo. La razón aducida por el Gobierno, más bien, por la mayoría de las Cámaras, que, bajo el mando fogoso de Clemenceau (entonces omnipotente), votó la prohibición de *Thermidor*, era que todo verdadero y leal republicano debía aceptar la Revolución francesa *en bloque*. En ese día nació o,

por lo menos, fué acuñada en aforismo y penetró en la circulación banal, la doctrina, hoy famosa, *del bloque.*

Consiste ella en que el buen republicano, verdaderamente útil a la República, debe aceptar la Revolución francesa en todo su conjunto, en su absoluta totalidad, con todos sus beneficios magníficos y todos sus crímenes bestiales, sin separar, sin escoger; sin sonreir a Camilo Desmoulins porque fué generoso y poético; sin repeler a Marat, porque fué sórdido y sangriento; amándolo todo, reverenciándolo todo, los hombres todos, las fiestas todas, los héroes y los canallas, la abolición de los derechos feudales y las matanzas de Septiembre, como si esa Revolución fuese en realidad un bloque, un bloque de metales fundidos donde no se pudiese desligar el oro puro del plomo vil, y donde el plomo estuviese tan sumido en el oro que en realidad todo pareciese y valiese por oro. Y según esta dogmática doctrina, un Gobierno republicano, aun reconociendo a solas con su penacho que Robespierre fué vagamente ridículo como Papa (Papa del Ente Supremo) y secamente sanguinario como dictador, nunca podría permitir que Robespierre, que es uno de los pedazos considerables del *bloque*, afrontase un pateo en un teatro de París.

De ahí la supresión dictatorial de *Thermidor.* Y había también la vieja razón de los Gobiernos (tan

vieja y decrépita y trémula y tonta, que me asombra cómo aún puede aparecer en las asambleas y ser tomada por una realidad viva): la manoseada razón de orden público.

En efecto, según afirmaba el Gobierno, los jacobinos y los sebastianistas (porque este apodo del Brasil, sacado de la poética secta de Portugal, conviene admirablemente a los realistas de Francia) habían proyectado descender en masas densas sobre la *Comedie Française*, unos para silbar al reinado del Terror y aclamar a Sardou, que lo denigraba, los otros para vitorear a Robespierre y destrozar a Sardou y las butacas; y ambos para aullar y tratarse mutuamente de «golfos» en nombre del 89 y de la *Declaración de los derechos del hombre*.

Hasta se murmuraba con terror que en esa noche debía aparecer Lissagaray, el propio Lissagaray, el formidable Lissagaray... Yo nunca supe quién fuese ese hombre asustador, ni siquiera si era un hombre o un símbolo, como Fierabrás o Polifemo. En mi mocedad, cuando yo conspiraba en Lisboa, en la travesía de la Conceição Nova, contra Napoleón III, había en París un Lissagaray terrible, en quien Cassagnac había descargado alegremente estocadas o bastonazos. ¿Sería aún ese el hombre terrible?... En todo caso, símbolo social u hombre mortal y apaleado, Lissagaray en esa noche debía venir. El Gobierno ahogó a Sardou para salvar al Orden. Y la *Comédie*

Française, en vez de *Thermidor*, dió la pieza que mejor convenía como comentario: *Tartufo*.

¡Pues bien! Cinco años han pasado, como se decía en las novelas románticas. Y ahí tenemos a *Thermidor* representado en el teatro de la *Porte Saint-Martín* durante dos meses, bajo la benevolencia paternal del Gobierno y en medio de un risueño y delicioso orden público. Y notad que el maestro Sardou, sagaz cocinero de guisados teatrales, sabiendo bien que nunca se debe servir un plato de la víspera sin una salsa nueva y fuertemente condimentada, introdujo en el *Thermidor* episodios inéditos y todos desagradables para la Revolución, unos mostrando su incoherencia anárquica, otros ennegreciendo su ferocidad impía. Hasta hay una sesión de la Convención, la sesión del 9 de Thermidor, en que Robespierre fué acusado y derribado, reconstituída, en un escenario erudito, con los bancos y las tribunas, y los convencionales más ilustres, y el pueblo tumultuoso, y las grandes invectivas históricas, y los gestos, y los silbidos, y los rugidos, y los ultrajes, y Robespierre, de casaca color de piñón, con el puño cerrado, gritando al presidente Collot de'Herbois:—*¡Por última vez te pido la palabra, presidente de asesinos!*...

Y, sin embargo, a pesar de estas exhibiciones irritantes, que el Gobierno hace cinco años temía o afectaba temer, por causa del viejo orden y de la reverencia que se debe al *bloque*, todas las noches *Ther-*

midor se desenvuelve en medio de un sosiego atento, como si en vez de la Revolución se tratase del Renacimiento o de la guerra de los Cien Años. Lo que interesa no es la suerte de Robespierre, sino el arte de Coquelin. Nadie piensa en los principios, a través del placer que dan el color y la animación de los escenarios.

Y jacobinos y sebastianistas salen del teatro y encienden pacíficamente sus cigarros, con la sensación muy cierta de haberse divertido. Ahora bien; hace cinco años, si el Gobierno no se hubiese asustado con sus vivos pudores conservadores y revolucionarios, *Thermidor* correría entre el mismo sosiego, apenas removido por una llamita más viva de curiosidad y de excitación.

Y de aquí a diez años, si el mismo Sardou u otro Sardou volviese con otro drama de la Revolución, hablando de Dantón o de Marat, reinaría en torno de él un sosiego aún más quieto, y los jacobinos y los sebastianistas ni siquiera se divertirían; antes bien, al salir del teatro encenderían sus cigarros con el vago consancio y tedio de quien hubiese visto durante cinco actos pasar y volver a pasar, entre pórticos, a Belisario o a Artajerjes.

¿Y por qué? Porque, ¡ay de nosotros!, una gran indiferencia a manera de la sombra de un crepúsculo, comienza a descender sobre la Revolución francesa. Es la misma indiferencia que, en una capa más

densa, ya cubre a Luis XIV y al Gran siglo, y después, en capas sucesivamente más espesas y más negras, cubre y ahoga la matanza de San Bartolomé, y la guerra de los Cien Años, y la expulsión de los moros de la Península, y la invasión de los Bárbaros y la caída de Jerusalén, y la conquista de las Galias, y las guerras púnicas con su Aníbal y su Escipión, y todos los hechos y todos los hombres desde ahí arriba hasta Nemrod y sus hazañas.

Entre nosotros y la caída simbólica de la Bastilla ya media un siglo, y el siglo más henchido, más fecundo, más rico en hombres y en hechos de que se ufana la Historia. Ya hubo, pues, tiempo para que el mundo se restableciese del inmenso trastorno y emergiese del inmenso deslumbramiento que le diera aquel tumultuoso caer de Bastillas, de instituciones y de cabezas. Ninguna época hubo, es cierto, que prolongase tanto como la época de la Revolución el calor intenso de sus pasiones allende las fechas cronológicas que la limitan. Y ningún grupo de hombres históricos continuó viviendo más allá de la tumba, entre las generaciones sucesoras, como éstos de 1789 y de 1793, que yo, en mi primera mocedad, aún conocí *vivos*; vivos de una vida real y casi física, vivos por la expresión, por la voz, por el gesto, por el traje; vivos, sobre todo, por los entusiasmos o las cóleras que inspiraban, como sólo las inspiran los vivos.

En Coimbra, en la ardiente y fantástica Coimbra de mi tiempo, en medio de nuestras discusiones de principios, tan tremendas y tan vagas, aún se oían gritos de estos, lanzados por un camarada, con el puño cerrado, contra otro camarada, de ojos centelleantes: «¡Dantón! ¡Delante de mí no te atrevas a hablar así de Dantón! ¡Mira que olvido que somos amigos! ¡Dantón es sublime!...» O bien, en una furia mayor, con patadas atronadoras en el pavimento: «¡Marat es un monstruo!... ¡Conozco perfectamente a Marat! ¡Es un monstruo! ¡Y si lo niegas, es porque no lo conoces, o mientes, o estás miserablemente vendido!...» De Marat, de Camilo Desmoulins, de Saint-Just, de todos los hombres de la Revolución, nunca decíamos *era*, sino *es*, en presente del verbo, porque para nosotros estaban presentes, siempre vivos, habitando París, habitando también Coimbra, vivos y presentes en todo lugar donde hubiese un corazón revolucionario para comprenderlos.

Y todos nosotros los conocíamos personalmente, familiarmente, y sabíamos sus hábitos, sus amores, sus manías, sus gestos, el color de sus casacas. Ví compañeros míos profundamente enamorados de la Princesa de Lamballe. Aún se hacían entonces sonetos, penetrados de devoción, a Charlotte Corday. Y el ser guillotinado, después de una cena como la de los girondinos, entre bellas palabras históricas lanzadas a la Posteridad, parecía a muchos de nosotros el

mejor y más dichoso fin de una vida de hombre verdaderamente digno de la Humanidad. Portugal en esa época andaba siempre veinte o veinticinco años atrasado de Francia. (Hoy anda sólo quince días, cuando no se adelanta.) Y el estado de espíritu de Coimbra no era más que la traducción sincera de los sentimientos que agitaban a la mocedad de París en 1840. Ahora bien; si en París, en 1840 se hubiese representado un *Thermidor*, el escándalo hubiese sido pavoroso.

Apeados de su pedestal, colocados entre la Humanidad media, los hombres de la Revolución aparecieron como realmente habían sido: ni dioses ni demonios, sino simples hombres capaces de sublimidad y capaces de perversidad, como tantos otros que integraron otros capítulos de la Historia. ¿Son para adorar? ¿Son para maldecir? No. Eran ideólogos enfáticos; pero sacrificaban la vida por consagración a un teorema. Eran ásperamente egoístas; pero sus simpatías envolvían a la Humanidad entera. Eran de una tremenda vanidad; pero de un patriotismo magnífico. Eran sanguinarios; pero ejercían la crueldad bajo la ilusión del bien universal. Eran escépticos, eran sensualistas, eran ridículos; pero luchaban por la verdad abstracta y tenían como fin la salvación del mundo.

Eran hombres llenos de ideas grandes y de ideas mezquinas, de cualidades bajas y de cualidades magnánimas. Pero, desde que una historia verdadera-

mente crítica y no cantada al son de la lira o rugida como un vituperio, a lo Carlyle, los mostró así, como simples hombres, todo el interés vivo y palpitante que inspiraban se apagó. ¡Ah! La Revolución francesa, ¿no es una epopeya sobrehumana en el género de la guerra de los Titanes?... Entonces no gastemos más en ella nuestras preciosas emociones. Que quede de una vez y definitivamente arrumbada en el catálogo general de la Historia, como la Reforma o la *Jacquerie*, o la guerra de los Cien Años, o el Imperio portugués del Oriente. No le dedicaremos ya nuestra pasión, sino sólo nuestra investigación. Sería pueril que nos exaltásemos más por Dantón y Robespierre que por Escipión o por Carlos el Temerario. Lo que a unos y a otros compete son eruditas tesis, bien documentadas, con notas y con glosarios.

Pero desde que no conservamos ya la Revolución entre el vivificante calor de nuestras discusiones y no la abrigamos bajo nuestros entusiasmos, quedó como abandonada y sin defensa contra las fauces devoradoras del Tiempo. No es hoy un pedazo de nuestra vida; sólo es un capítulo de la Historia Moderna. Ya se convirtió en cosa muerta; está más allá del Leteo, del río de los Muertos. Y esa cóncava fauce del Tiempo a la cual el poeta llamaba *el Pôrtico del Olvido*, ya comienza a extender sobre ella su sombra densa. Asistimos así al desvanecimiento de la Revolución. Cada año que pasa la va llevando más lejos

de nosotros, en un alejamiento que le quita los vigorosos relieves y en que sus vivos y ardientes colores desmerecen y se marchitan.

Era un grupo moviente de gente viva; ahora no es más que una galería de figuras extáticas, bajo una luz neutra. Aún se ven a lo lejos los maderos de la guillotina (y es lo que se ve más nítidamente); pero ya no se percibe aquel chorrear y humear de sangre, que hace poco era motivo de tanta cólera y de tanto dolor. La Convención está borrosa sin que se le puedan reconocer los aspectos violentos y populares. El Club de los Jacobinos no es más que un temblor de manchas negras y anónimas. La gracia conmovedora o el heroismo de las Charlotte Corday, de las Lamballe, está tan mustia, que ni el corazón más sectario se entusiasma por ella. La elocuente voz de Mirabeau, que aún hace poco resonaba entre nosotros y nos hacía estremecer, es simplemente un murmullo confuso. De Dantón, que llenaba el mundo, queda una sombra sobre un muro. Y ya ni se advierte el color de la casaca de Robespierre... Todos nosotros la conocíamos, esa casaca, que él traía tan lustrosa, tan tiesa, tan autoritaria... Y ya no nos acordamos, ni podemos comprobar a esta distancia de allende el Leteo, si era azul o color de piñón.

¿Será definitiva esta entrada de la Revolución en la paz silenciosa de los archivos? ¿Resurgirá de ese mausoleo erudito, como ahora resurgió Napoleón?...

Lo dudo... Napoleón es un héroe sencillo, comprensible, fácil de reconstruir sin los profundos estudios a los cuales no es propicia nuestra época. La Revolución, por el contrario, es inmensa y complicada, llena de ideas y de hombres; un pesado mundo, difícil de resucitar y de sacar a luz...

Es, pues, casi cierto que quedará en el vasto cementerio del Pasado, al lado de otras grandes épocas muertas. Y cuando alguno de sus héroes vuelva a aparecer durante algunas noches en el escenario de un teatro de París, no despertará más entusiasmos ni más cóleras que Carlos V o César Borgia, cuando esos ilustres personajes, vestidos de trajes ricos, expresan sentimientos hondos por medio de versos bellos. En realidad, la Revolución ya está bastante muerta para comenzar a ser tratada en verso. *Thermidor* aún está en prosa. De aquí a algunos años, Mirabeau, Marat, Robespierre dirán las grandes ideas y las grandes pasiones de la Revolución a través de cinco actos, en alejandrinos sonoros, de rima preciosa. Años después, los tres hombres terribles, en la batería, cubiertos de terciopelo, con la mano sobre el pecho, entre amplias sonoridades de orquesta, cantarán un terceto sublime de tenor, barítono y bajo.

No me atrevo a prever cuándo la Revolución será puesta en bailable. Pero en el día glorioso en que Dantón, vestido de malla color de rosa y danzando

un *pas-de-deux* patriótico, ordene por música las matanzas de Septiembre, y en que Mme. Roland, con faldas de gasa abullonadas y los brazos en arco, suba, con piruetas graciosas, a una guillotina, enguirnaldada de flores, podemos respirar y considerar que se cerró el ciclo histórico de la Revolución y saludar a los tiempos nuevos.

SEGUNDA PARTE

BILLETES DE PARÍS

I

FIESTAS RUSAS.—LAS DECORACIONES

Francia, nación dichosa, durante tres días caminó como Ruy Blas, *toute vivante dans son rêve etoilé*, ruidosamente despierta y viviendo el sueño radiante que en estos tres años anduvo soñando, entre tanta esperanza, tanta ansiedad y tanto remoquete irónico de las viejas monarquías que la rodean. Durante tres días el Zar estuvo en París. ¡El Zar en París!... Dos millones de parisienses, a los cuales se unieron dos millones de provincianos, contemplaron por fin al Señor de todas las Rusias, real, no pintado, en un coche que tenía en la portezuela el blasón de París, con las rodillas tocando en las rodillas del Presidente de la República, entre las escoltas de la guardia republicana, circulando en las calles y en el polvo de París, visitando al Presidente del Senado y al Presidente de la Cámara, penetrando en *Nôtre-Dame* para inclinarse ante la Virgen a la cual rezó Juana d'Arc, bajando a la cripta del Panteón para colocar un ramo de orquídeas sobre la tumba de Carnot, asistiendo a una sesión de la Academia Francesa en la que los in-

mortales dijeron versos y discutieron el Diccionario (que en ese día, simbólicamente, llegaba al sustantivo *amistad*), poniendo la primera piedra de la Exposición de 1900, hojeando en los archivos de la *Sainte-Chapelle* el vetusto pergamino eslavónico sobre el cual juraron los primeros Reyes de Francia, bebiendo champagne «Montebello» en el *Hotel de Ville* con el municipio radical y socialista, recorriendo los Inválidos, entre las banderas tomadas en Crimea, hasta el túmulo de Napoleón, pasando revista en el campamento de Chalons a los ochenta mil hombres del ejército ya reconstituído, riéndose en la *Comedie Française* con la más clásica de las comedias de Molière y riéndose también en las galerías de Versalles con la más pícara de las farsas de Meilhac, rindiendo igual pleitesía a la vieja Francia que a la Francia nueva, y sobre todo, más que todo, difundiendo sobre la multitud encantada una mirada que los periódicos más comedidos califican de *dulce y cariñosa*. Durante tres días Francia condensada en París gozó, deslumbrada, de esta realización triunfal de su sueño de tres años. ¡Ah, si después de los abrazos de Cronstadt y de las efusiones de Toulon y del almirante Avelane acogido en los *boulevards* como antaño la paloma fué acogida en el arca, el Zar viniese a París!...

El Zar vino a París. Vino a París trayendo a Rusia porque Rusia toda se resume en él, trayendo a la

Emperatriz y a su hijita Olga y hasta a su perro *Lofki*.

Para recibir a este bien deseado, Francia prodigalizó alborozadamente su dinero y su genio decorativo y su entusiasmo. Y el resultado, queridos amigos, no se me antoja suntuoso. El francés, por lo mismo que es eminentemente intelectual, no tiene el ingenio decorativo, ni el don plástico de crear lo pintoresco. Cuando sus glorias le impulsan a adornar sus ciudades, nunca su invención va más allá de mástiles y columnas de lona pintada y manojos de banderas que emergen de escudos de cartón piedra ceniciento, formando una panoplia triste. Y después de este esfuerzo los decoradores municipales quedan exhaustos. Esta vez, como el patriotismo les exaltaba, tuvieron un arranque de imaginación y cubrieron las ramas deshojadas de los castañedos de los Campos Eliseos con florecitas de papel escarlatas y blancas. París entero se maravilló con esta ornamentación, que es usual en todas las aldeas de China y que los buenos burgueses alemanes de Wurtemberg ya habían inventado en 1805 para festejar a Napoleón. Cualquier villa de Italia, de España o de Portugal desenvuelve realmente más color y más brillo en el adorno de sus calles, para solemnizar a su Santo Patrono (con quien está ya familiarizada y de quien ya nada espera, ni siquiera lluvia en tiempo de sequía) que este rico y genial París para

festejar a este gran soberano que le trae la seguridad y la paz. Para todo francés, por lo demás, es más fácil componer una lúcida, fina y bien coordinada tesis histórica, que guarnecer su ventana con elegancia aceptable.

Por el mismo motivo, por el admirable equilibrio de su razón, el francés no tiene el arte vistoso y sonoro del entusiasmo. Los españoles dicen que quien en ciertas ocasiones no pierde la cabeza, es porque no tiene cabeza que perder. Los franceses (por lo menos del Ródano para arriba) desmienten completamente este refrán de *la tierra privilegiada de ios bellos gestos y de los bellos gritos* (1). Tienen cabeza y muy bien construída, muy sólida, funcionando con suprema precisión y eficacia y nunca, absolutamente nunca, la pierden. Su razón está haciendo siempre la policía de sus pasiones. Amando u odiando, las emociones del francés se mueven invariablemente entre alas vigilantes de raciocinios, que, a manera de *gendarmes* en medio de una turba, las alinean y las contienen.

Este discreto temperamento, refinado también por la cultura y por la disciplina social, ha arrancado gradualmente al gesto del francés toda la vivacidad

---

(1) Subrayo por mi cuenta estas palabras para que el lector advierta cuán cariñosamente habla Queiroz de nuestra patria.—(N. del T.)

arrebatada y a su voz, aun en días de victoria, toda la sonoridad ovacionante. Donde el español, en un rasgo inmenso, tira al aire *¡caramba!*... el alma y el sombrero (1); y donde el inglés, acumulando toda la sangre en el rostro, lanza *hurrahs!* que derriban las chimeneas y hacen arremolinarse las nubes — el francés esboza un saludo risueño y murmura un *¡viva!* con la amabilidad muy tranquila con que nosotros, en las tierras trigueñas del olivo y del mijo, decimos a un viejo amigo: «¡Sea muy bien venido!»

Este pueblo equilibrado nunca se desenfrena. Y siendo tan naturalmente alegre, aun cuando más se alegra, está siempre vigilando para que su alegría no flamee y no atruene. Alguien observó ya que Francia por dentro y por fuera es *cenicienta*. Por lo menos, está toda en tonos neutros. Su cielo, aun en julio, en el día más abrasador, nunca es rasgadamente azul, sino discretamente azulado. Su vegetación nunca brota vivamente verde, sino de un color sobrio y moderado de reseda. Las mismas flores silvestres, y por ello mal educadas, como la amapola y el botón de oro, que en todas partes rutilan con descarada magnificencia, no osan, en las campiñas de esta tierra comedida, vestir su escarlata y su oro. Son así,

---

(1) Hay más fuerza gráfica en este período con la expresión popular española de *caramba* que en todas las «españoladas» de Gautier.—(N. del T.)

en tonos neutros y pardos, sus ciudades, los trajes de su pueblo. Son así, en tonos neutros y finos, su literatura y sus sentimientos.

Hasta el gas y la electricidad, aun en noches de gala, se encojen y retienen su fulgor.

La naturaleza tiene aquí, como la sociedad, horror a lo excesivo. Por eso Francia se reconoce y se ama sobre todo en su bella Turena o en el país angevino, tan decorosamente francés, con sus numerosas planicies tranquilas y sus chopos muy finos, en hileras muy regulares, a lo largo de ríos muy rectos y de un agua muy clara. Por eso en literatura su grande hombre será eternamente Boileau (a no ser que un día sea Sarcey). Por eso en política procurará siempre resucitar a Luis Felipe. Limar, mondar, alisar, pulir; he ahí la misión de Francia. Este es el país que, si tuviese leones, los cazaría para peinarles la melena, limarles las uñas y enseñarles a rugir por los métodos del Conservatorio. De una tal raza no habría que esperar aunque el Hijo de Dios encarnase de nuevo y viniese a pasar algunos días en el *Grand Hotel*, festejos y aclamaciones que celebrasen condignamente tan prodigiosa visita. Y así fué que a pesar de haberse gastado, a lo que parece, siete millones de francos (que son ahí, en Río de Janeiro, con este horrendo cambio más de siete mil *contos*) y de andar por esas calles de París durante tres días cuatro millones de gentes contentas, las fiestas no

fueron más pintorescamente festivas que las que nosotros, en Portugal, hacemos todos los años a nuestro viejo San Antonio o a nuestro amado San Juan...

Y el Emperador de Rusia nunca vió en torno de sí el entusiasmo ardiente que advierte el torero Mazzantini en Madrid, en la Plaza de Toros cuando mata al toro, en suerte gallarda, con una estocada fina y limpia, y las palmas retumban y los pañuelos se agitan y las flores cubren la arena... Aun los poetas encargados por el Estado de celebrar al huésped adorado, entonaron cantos singularmente débiles y blandos... Coppée, a quien correspondió saludar al Zar en nombre de la Academia Francesa, fué tan banal como la banal alfombra que se extendía bajo la poltrona imperial. Encargado de cantar a los soberanos cuando ponían la primera piedra de un puente de París, Heredia, el sonoro Heredia, que es un cincelador en oro, en esta ocasión tan rara cinceló en cobre unas estrofas tan deleznables que tenían el color, la blandura, el sonido muerto del cobre. Y Sully Prudhomme, a quien el Protocolo pidió que en la fiesta de Versalles cumplimentase al Zar en nombre del Gran Siglo, fué a molestar a una Ninfa y después a despertar la sombra de Luis XIV, para hacerles gemir, a través de los labios plañideros de Mme. Sara Bernhardt, conciertos flébiles, que adormecieron al propio protoco-

lo... ¿Por qué flaquearon así estos tres poetas que representan en la poesía francesa el pensar grave, la forma rutilante y la gracia familiar?... ¿Por ventura las musas de Francia, siempre tan expertas en celebrar el Poder, que llegaron a inspirar esa obra maestra del cortesanismo poético —la *Ode a Namur*— perdieron, en estos veinte años de República el arte de incensar a los Reyes del mundo? ¿O fué que los poetas amantes de la simetría, no quisieron desentonar de la tonalidad neutra de estas fiestas y de propósito rasparon el relieve de sus pensamientos y apagaron el fulgor de sus imágenes? No lo sé;—pero fueron ñoños, muy ñoños. Y así fué París y hasta el mismo cielo sobre París, que se mantuvo siempre entre color de perla y color de ceniza, retraído y reservado, sin ennegrecerse y sin verter chubascos descorteses, pero también sin vestirse francamente de luminoso azul y esparcir sus rayos de fiesta, como lo habría hecho el cielo de España.

II

MÁS SOBRE LAS FIESTAS RUSAS.—LOS PERIÓDICOS

Notaba yo ayer la recatada sobriedad de estas fiestas. Y, no obstante, todos los diarios de París afirmaban en columnas sólidas que las fiestas habían realizado las maravillas siempre irrealizables de las *Mil y una noches*, que el entusiasmo trastornó al firmamento atónito, y que una inspiración nueva y rara vibró en la lira de los poetas. No hay aquí, sin embargo, exageración. Los parisienses (aunque la mayoría de ellos sean nacidos en Marsella) no son exagerados.

Hay aquí únicamente un excelente sistema desde hace largos años adoptado por la prensa de París, que debiéramos seguir solícitamente en el Brasil y en Portugal, y que consiste en afirmar, con desenvuelta certidumbre, sin escrúpulos y sin pudores, que todo cuanto se dice o se hace en París es perfecto, del más exquisito gusto, de un esplendor supremo y desmedidamente superior a cuanto se hace y se dice en las otras naciones subalternas. ¡Excelente y fecundo sistema! Termina por arraigar vigorosamente en el espíritu de los demás, como un dogma, la

idea de la supremacía total de Francia; y, sobre todo, convence a Francia de su supremacía y la penetra absolutamente de aquella confianza en sí misma que es la inspiradora de los grandes hechos y de las grandes obras.

Mis amigos: la loanza bien entendida debe comenzar por nosotros mismos, porque en este caso se convierte en una verdadera forma de caridad. ¡Guay de aquellos que, por humor sombrío o por desaliento muy expansivo, se cubren de ceniza delante del mundo, porque el mundo, inmediatamente, por encima de la ceniza, los cubre de lodo!... La humildad sólo fué posible en la Tebaida, y los propios santos nunca se muestran a los hombres sin su pomposa aureola.

La oveja, mientras balaba timoratamente y bajaba el hocico, fué siempre esquilada por el esquilador y comida por el lobo; hasta que un día (según nos enseña una venerable fábula oriental), habiéndose revestido de una piel de pantera para sustituir a sus pobres vedijas rapadas, vió al lobo temblar delante de ella y retroceder, al esquilador huir con sus brillantes tijeras, y acabó por instalarse y pastar tranquilamente en el fragoso valle donde el lobo reinaba. Y si desde la antigüedad fué adoptado el pavo real como el ave más ornamental y más bella, es porque desde los primeros días de la Historia el pavo real se empavonó, y desplegó la cola y rebrilló magnífi-

camente al sol e impuso su plumaje a la admiración de los pueblos y de los reyes.

«Ten confianza en ti, proclama tu valor, y al punto poseerás el perfecto arte de vivir»; así preconiza el «Mefistófeles» de Goethe Pero el buen Mefisto, tan astuto psicólogo, debía añadir que la proclamación de nuestro mérito es un ejercicio excelente para aumentar y hasta para adquirir efectivamente ese mérito. Otro apólogo oriental cuenta que el negro grajo tanto y tan estridentemente afirmó que era blanco, que terminó por emblanquecer.

Es éste un fenómeno que el fabulista antiguo no conocía, pero que anda hoy en todos los compendios de Fisiología y que se llama *autosugestión*. En efecto, quien sin descanso pregone la virtud, a sí mismo se sugestiona virtuosamente y acaba por ser a veces virtuoso. La exaltación afectada de nuestra fuerza actúa como un estímulo permanente, que equivale realmente a la fuerza. Y quien engrandece desmedidamente un hecho pequeñito, muestra que siente la nobleza de emprender altas cosas, prueba su gusto por los aplausos de los hombres y está ya, por lo tanto, en el camino y con el arranque moral suficiente para practicar un hecho grande.

No supongáis, pues, amigos, que en estas túrgidas narraciones de los diarios de París hay una pueril y palabrera exageración. ¡No! Hay el intento, muy legítimo y muy patriótico, de afirmar la superioridad

de Francia, aun en materia de flores de papel y de columnas de cartón-piedra, y de mantener, por lo tanto, en los ánimos ajenos ese respeto, y en los propios esa confianza, que son para los hombres y para las naciones dos formidables elementos de éxito. También yo antaño suponía que esas amplificaciones que de una lamparilla hacen un sol procedían siempre de un espíritu exagerado, inconsciente, falseador de las proporciones. Pero fuí muy finamente esclarecido por un maestro eminente. Este maestro era un cocinero chino. ¿No se manifestó siempre la China como una experta maestra de la Humanidad?

Pues hace muchos años, una tarde, en La Habana, estando con un amigo en su jardín tomando te helado, bajo un pabellón de magnolias, vimos de repente al cocinero de la casa, ese chino, correr con la coleta erizada, gritando que había matado una culebra. Mi amigo que era alemán, banquero y erudito, y por lo tanto, amante por triple aspecto de datos positivos, quiso al punto saber el tamaño exacto de esa culebra que así había invadido sus quietas arboledas.

Entonces el chino, a la moda china, diseñó con un palo que traía en la mano, sobre la arena lisa del jardín, una inmensa culebra, una serpiente de tres metros de largo, más gruesa que un tronco de palmera, y con unas fauces tan furiosamente abiertas, que el banquero y yo retrocedimos inquietos al fondo del pabellón. Y el buen chino, para sosegarnos,

pasó el pie por la arena, borró al monstruo dibujado, con la serenidad fuerte con que había derribado al monstruo vivo.

Fué loado, fué recompensado; y en esa tarde su arroz cubano y su pato de la Florida a la Veracruzana alcanzaron una perfección en que todos advertimos el esfuerzo de un genio a quien un triunfo estimula a otros triunfos.

Al otro día, sin embargo, de mañana, el cochero, a quien indudablemente las glorias del chino habían impacientado, apareció delante de nosotros, en el balcón, trayendo en la mano la culebra, envuelta en un periódico viejo.

¡Oh, furor!... Era un bichito discreto, casi una lombriz, de veinte a treinta centímetros, y de poco más cuerpo que un lápiz. El chino fué llamado, puesto delante de la realidad, interpelado con tumultuosa acritud:

—¿Para qué—clamaba mi amigo blandiendo su enorme pipa de porcelana—para qué fué esa indecente, esa infame exageración?...

Con una perfecta serenidad de modales y de espíritu, el chino respondió:

—No fué exageración, mi amo. Fué para convencerme a mí y para que los otros se persuadiesen, de que yo era capaz de tanto, y para darme ánimo en otra ocasión para matar a una culebra mayor. Pero no es exageración...

Entonces yo, con el clásico cruzar de brazos con que antaño Pilatos preguntó a Jesús qué era la verdad, exclamé:

—Hombre, pero ¿qué es entonces exageración?...

El admirable chino posó sobre mí los ojos oblicuos, donde sentí la madurez y la suculencia de un saber cuarenta veces secular, y dejó escurrir estas palabras profundas:

—¡Exageración era pintar la culebra y luego ponerle cuatro patas!...

III.

OTRA VEZ MÁS SOBRE LAS FIESTAS RUSAS.—EL PUEBLO

Aunque las fiestas de París no fuesen festivas y sus iluminaciones no fuesen iluminadas y sus poesías no fuesen poéticas, nada importa; porque el Zar no vino de tan lejos (no hablo naturalmente de San Petersburgo, que dista sólo tres días del bulevar, sino de su trono de autócrata, que queda a muchos millares de leguas y a muchos centenares de años de la plaza del *Hotel de Ville*) para admirar focos de gas o saborear versos perfectos.

Vino esencialmente para ver cómo es este formidable pueblo que, en menos de un siglo, mató a un rey, depuso y expulsó furiosamente a otros dos, estropeó dos imperios napoleónicos, sacudió varias dictaduras, hizo y deshizo innumerables constituciones... Y vino también para observar cómo es el ejército de que dispone este pueblo, ejército desmenuzado hace veinte años en veinte campos de batalla, y que ahora nos aparece tan entero, tan joven, tan fuerte, tan vigoroso, tan refulgente como si nunca hubiese sido utilizado.

Pues bien: siendo así, Francia contentó plenamente al emperador de Rusia. Esta ciudad de París, incorregible destructora de sus propios tronos, comenzó por mostrarse encantadoramente respetuosa con los tronos ajenos. La atmósfera republicana de París no cesó durante tres días de resonar con sinceros y convencidos gritos de *¡viva el Emperador!*, *¡viva la Emperatriz!*... No hubo en esta población radical, mientras el zar fué su huesped, la menor, la más fugitiva expresión de radicalismo.

La muy socialista municipalidad de París recibió a los autócratas rusos, tipos supremos del despotismo supremo, con la etiqueta y la grave reverencia con que un Parlamento, en el antiguo régimen, hubiera acogido al Rey de Francia y su manto de flores de lis.

El feroz espíritu igualitario fué sofocado para admirar sin reserva, con risueño agrado, la pompa monárquica, los uniformes de corte, los lacayos empolvados. En los viejos *faubourgs* revolucionarios, en la clásica región de las barricadas, fué enarbolada en cada ventana la bandera imperial del Zar; esa bandera amarilla donde el águila negra aprieta en una de sus garras el globo que simboliza el pueblo, y en la otra el cetro, que simboliza el látigo. No hubo ciudadano, por muy libre que fuese, que no adoptase por un momento ante el señor de todas las Rusias la actitud reverente de un *mujik* ruso. Y

la libertad no cesó de ofrecer a la tiranía las más bellas flores de los jardines de Francia.

Pero sobre todo, amigos míos, ¡qué orden, qué disciplina, qué cortesía, que magnífica dulzura mostró ese revolucionario pueblo de París!...

Más de cuatro millones de personas se habían amontonado en esta ciudad, que sólo tiene espacio para dos millones (y la mitad de ese espacio escandalosamente ocupado por las mangas abullonadas y por los sombreros floridos de las mujeres), y no hubo una riña, ni un atropello, ni uno de esos violentos remolinos de cólera o de miedo que ensangrientan siempre las fiestas cívicas.

En la propia coronación de este Zar sólo se juntó una turba de cuatrocientos mil hombres en una libre y vasta planicie de Moscú y en seguida murieron aplastados ¡cuatro mil!... Aquí eran cuatro millones en calles estrechas, alineados entre casas y filas de caballería, y (según afirman las estadísticas de la Policía) únicamente murió un sujeto de provincias, ya viejo, por la rotura de un aneurisma. Y era una multitud que no había dormido porque no encontraba cama en los hoteles; mal comida, porque no consiguió mesas en los *restaurants*, y, por lo tanto, con disculpables tendencias a ese humor áspero y reñidor que da un chorizo mal masticado sobre un banco de una plaza que sirvió de colchón.

¡Pero no!... París, que recibía a un emperador,

quiso ser todo él durante unos días una verdadera corte, y mostró los nobles modales de un cortejo palatino. Y el Zar así lo reconoció, declarando que París le había parecido, por el orden y por la cortesía, *un inmenso salón*. Era un salón, pero un salón del antiguo régimen, uno de aquellos que frecuentaba sin temores Mr. de Coislin, el hombre mejor educado de todos los tiempos y de todas las razas; porque en los salones democráticos, y hasta constitucionales, hay siempre empujones, costillas destrozadas, sobre todo a media noche, cuando se abren al fondo las puertas benditas del *buffet* para la cena.

Bien sé que César conquistó las Galias, y que hay aquí, por lo tanto, el delicioso resultado de diez y ocho siglos de civilización. Pero las legiones de César también circularon por España, también desembarcaron en Inglaterra, y en esos dos países admirables no hay función de gala sin atropello, ni aglomeración de turba sin escándalo grande... No regateemos pues, los loores a este pueblo que está aún mejor educado que Mr. de Coislin.

A más de la Francia civil, que tanto agradó al Zar, este señor de todas las Rusias venía también a ver la Francia militar. Ese solemne examen tuvo lugar en el campo histórico de Chalons. Ochenta mil hombres maniobraron y desfilaron ante el Emperador a caballo y ante el Presidente de la República, sentado entre las señoras en un *landeau*.

(¡Oh, esta abominable terquedad de la República que impone al Jefe del Estado como uniforme la levita negra de camarero de hotel, no le permite los dos actos tan esenciales en una democracia armada, el andar a pie y el andar a caballo, y le aferra fatalmente, en virtud de su misma grandeza, a las almohadas tranquilas de un vehículo civil!...)

Ha habido grandes batallas en que no llegaron a figurar los ochenta mil soldados que se presentaron en esta revista de gala. En la batalla de Farsalia, que decidió de la suerte del mundo, sólo combatieron setenta mil hombres. La batalla de Hastings, que consumó la conquista de Inglaterra por los normandos; la batalla de Azincourt, que dió la mitad de Francia a los ingleses; la batalla de Lutzen, en la que murió Gustavo Adolfo, y que dió fin a la guerra de los Treinta Años; la batalla de Marengo, que entregó Italia a los franceses, y otras muchas fueron libradas con menos de ochenta mil hombres.

Fué, pues, ésta una ceremonia grandiosamente militar, a pesar de que el Jefe del ejército, según la Constitución, estaba en un *landeau*, de levita, entre las señoras. Y tan bella en su totalidad y en sus detalles, probando tan soberbiamente la grandeza militar readquirida por Francia, que luego, al almuerzo, entre quinientos oficiales, el Zar levantó su copa de champaña y proclamó la *confraternidad de armas* entre franceses y rusos.

Por lo tanto, amigos míos, esta visita ciertamente inculcó en el espíritu del señor de todas las Rusias mucha confianza, porque comprobó que este pueblo que le tiende los brazos, hace tres años, como novio deslumbrado, es en su capital en fiestas, extraordinariamente agradable, y en el campo, en armas, extrardinariamente fuerte.

Ahora bien: ¿qué más se puede desear en un amigo con quien se va a andar un trecho de camino en la Historia, que mucha dulzura aliada a mucha fuerza?...

Pero el pueblo francés, ¿con qué seguridad y certeza quedó, después que la vasta Rusia vino a París en la persona un poco frágil y melancólica de ese su Zar a quien ella llama *padrecito*?... Esa impresión tal vez se resuma en las palabras considerables que yo oí a un conductor de ómnibus. Llovía; sólo tres pasajeros ocupaban las largas banquetas de terciopelo; y el digno sujeto filosofaba en la plataforma sobre las fiestas rusas con un sujeto bilioso, cenceño, de barbita rala y rubia, que parecía minado por un escepticismo mortal.

El inmenso ómnibus se detuvo en la estación del Arco de la Estrella. Y el conductor dedujo rápidamente, con un gesto que desbordaba y triunfaba:

—¡En fin, sea lo que sea!... ¡Ahora a trabajar para la exposición próxima, y ya no se está siempre con miedo, y pueden venir los reyes y los emperadores

sin que la República quede ahí en un rincón avergonzada!...

Admiré esta síntesis. Y sentí que ella resumía en una forma tosca y rápida, en una forma adecuada a un ómnibus, el sentimiento de las clases directoras.

Este hombre de gorra galoneada, que vive taladrando billetes, pertenece sin duda por su nacimiento, si no ya por derecho democrático, a la casta política. Hay en él en botón, un próximo consejero municipal, tal vez un diputado, en todo caso un director. Y su opinión sobre la amistad franco-rusa, aunque enunciada sin elegancia académica, no sería de fijo desmentida por las altas corporaciones del Estado.

Pero el sentimiento del pueblo bajo, de las clases dirigidas, me fué más especialmente revelado por una criatura de siete años que toda esta tarde, bajo los castañares y las hayas del jardín vecino, blandiendo una bandera rusa y espoleando un corcel de palo, no cesaba de gruñir esta copla decisiva:

La Russie, la France,
se donnant la main,
gardent l'esperance
d'aller à Berlin
dire au vieux Guillaume (1)

---

(1) «La Rusia, la Francia, dándose la mano, abrigan la esperanza de ir a Berlín a decir al viejo Guillermo...» — (NOTA DEL TRADUCTOR.)

A través del follaje recortado que este fosco Octubre aún no arrancó de la arboleda, no logré advertir lo que Francia y Rusia, así con las manos cruzadas, iban a decir en Berlín al viejo Guillermo. ¿Y por qué al viejo Guillermo? Ese augusto abuelo ya murió, y ahora hay en Berlín un Guillermo joven a quien es excesivamente peligroso decir cosa alguna.

En todo caso, la copla fragmentaria de mi pequeño vecino diseña muy gráficamente la actitud de las dos naciones que se festejan entre sí. Francia y Rusia, en efecto, se han dado las manos, estas manos tan distintas, una tan fina y creadora, otra tan gruesa e inerte, y tienen entre sí una esperanza... ¿Cual? ¡Ojalá sea la esperanza de quedarse cada una en su casa, tratando de sus complicados negocios domésticos, sin decir nada a los Guillermos viejos o jóvenes y dejando a la pobre Europa pasar con tranquilidad los últimos años de este agitado siglo (1).

---

(1) No fué así, y si lo que Eça escribió en 1897 lo hubiera revisado después de diez y siete años, en 1914, hubiera tenido que poner una vibrante e irónica apostilla a este final de capítulo. Realmente Francia y Rusia se dieron la mano; pero antes de que fueran a Berlín a decir algo a Guillermo, el entonces joven y lleno de promesas, hoy ya viejo y cargado de amarguras, se anticipó a ellos y fué a decirles algo al oído a las dos aliadas.—(N. DEL T.)

IV

A LOS ESTUDIANTES DEL BRASIL

(A propósito del caso que á ellos cuenta Madame Sara Bernhardt.)

I

Madame Sara Bernhardt publicó hace poco, en *Le Figaro*, una concisa apología de su vida y de su genio.

A pesar de la concisión, tan substancial y tan henchido de hechos nos aparece este artículo que bien pienso que la considerable señora podría haberlo titulado: «Historia de mi misión y de mi influencia civilizadora en la América del Norte y del Sur.» Y si en tal documento, desde hoy histórico, hay verdad histórica, vosotros, ¡oh, mis amigos!, sois extraordinariamente culpables, horrendamente culpables, ¡oh, mis dulces amigos!

Ahora bien; yo creo que la apología de Madame Sara Bernhardt es sólida y verídica. No nació ni de

la vanidad ni de la ilusión. No tenemos aquí el caso de una vieja y habilidosa actriz que, por hábito de «camerino» y de «maquillage», debiendo recapitular ante un público crédulo su vida pasada y su carrera artística, la recarga atropelladamente con toscas pinceladas de púrpura y de oro, para darle la irradiación poética de un sol. No tenemos tampoco aquí a una ingenua criatura que, viviendo siempre dentro de una luminosa niebla de alabanzas, pierde el sentimiento exacto de su estatura, se considera tan grande como esa fascinante niebla se lo aparenta, y dulcemente embriagada alude a su grandeza, con la sencillez y la llaneza graciosa con que aludiría al color de sus ojos, que no puede disfrazar ni pintar. ¡No! En esta apología de Madame Bernhardt hay únicamente una mujer muy concienzuda, que en perfecto silencio, lejos del susurro adulador de las turbas, se coloca enfrente de su vida, la interroga, la escudriña y la vive, y no encontrando a través de ella sino altos hechos, concepciones geniales, triunfos radiantes e influencias noblemente ejercidas, se ve forzada (a pesar de su modestia y de su humildad) a confesar públicamente que es heroica, que es genial, que es triunfadora y que mereció bien de los pueblos. Por eso Madame Bernhardt, muy cándidamente, y bajando los ojos, llamó a su documento «examen de conciencia».

Por lo demás, los motivos que la indujeron a em-

prender este grave examen garantizan su veracidad. Si no, observad. La literatura de París, aquella parte de la literatura que más especialmente vive del teatro, creando, criticando, comunicando noticias o sólo viviendo parasitariamente, resolvió celebrar la apoteosis de Madame Sara Bernhardt. Apoteosis absolutamente legítima. Madame Bernhardt no es solamente la actriz de garganta de oro y la de inspiración que, a través de ambos mundos, con mucha gloria y mucho lucro, nos ha arrullado y rugido «Doña Sol», «La dama de las Camelias», «Fedra», «Teodora» y otras obras, conmovedoras o terribles. Un mérito más raro y más estéticamente precioso la hace merecedora de todas esas honras cesáreas, casi divinas, que (según ella afirma) la tierra unánime le ha prodigado. Como muy bien notó el buen poeta Rostand en uno de los sonetos jaculatorios que fueron declamados en ese día de la apoteosis (porque ahora en París, como en Lisboa en tiempo del Señor don Juan VI, no hay fiesta sin soneto), Madame Bernhardt es la última inspirada que nos queda en este siglo de chata y monótona materialidad, la única capaz de resucitar con suntuoso idealismo las emociones y las maneras de las Edades Épicas y Romancescas. Y este don es inestimable. Sólo Madame Bernhardt sabe, en efecto, descender por una blanca y trágica escalera y detenerse patéticamente en cada peldaño, con solemnes brocados blancos, arrastrándolos, ex-

halando toda ella fatalidad y terror... ¡Sólo ella sabe en un altivo escenario de arcadas y bóvedas doradas, atravesar entre filas de esclavos o de príncipes, toda rutilante y rígida, bajo el peso de las pedrerías, con los ojos hieráticamente extáticos, alzando en la mano un lirio pálido!. . ¡Sólo ella sabe, con el brazo desnudo blandiendo un puñal, lanzar una imprecación al Destino!... ¡Sólo ella puede ser aún entre nosotros la cortesana india, coronada de rosas y enamorada de un Dios!... ¡Sólo ella, en estos tiempos de crimen inelegante, sabe asesinar con elegancia!...

Ahora bien; en medio del descolorido burguesismo, del drama contemporáneo y de la chocarrería villana de las comedias y de la universal fealdad de las actitudes, estas cosas grandiosas que Madame Bernhardt sabe hacer aún, con tan espléndido relieve, son un consuelo para los que conservan el saludable amor de lo Pintoresco y de lo Novelesco. Y añádase aún que esta privilegiada mujer, ya represente en París, ya se exhiba en Nicaragua, todas las noches, después de mucho arrullar (y tan arrulladoramente que nadie entiende las dulzuras que ella arrulló), y después de rugir (y tan rugidoramente que nadie comprende los furores que ella rugió), tiene siempre, allá cerca de las once y media, un momento, dos momentos, en que es genuina e incomparablemente sublime.

De suerte que nadie que tenga algún gusto por la

pasión y por su expresión decorativa, puede regatear la apoteosis a esta Princesa de los gritos magníficos y Reina de las nobles actitudes.

La apoteosis debía consistir en un almuerzo en el Grand-Hôtel, a 30 francos por cabeza, vino comprendido... ¡Sí, amigos, velemos la faz gimiendo!... ¡Grand-Hôtel..., 30 francos..., vino comprendido!... ¿Qué queréis?... Es la inevitable pelagatería de los tiempos (1). ¡Ah, no; ya no estamos en el siglo radiante, en ese Domingo de Pascua, en que Petrarca, vestido con la túnica de púrpura que le dió Roberto d'Anjou, trovador y Rey de Nápoles, precedido por la Asamblea de la Nobleza, toda emplumada y cubierta también de escarlata y de oro, seguido por el Senado, con sus grandes mantos de terciopelo verde, atravesaba las calles de Roma, entre las aclamaciones de un pueblo deslumbrado, bajo una perfumada lluvia de flores, para recibir en las escaleras del Capitolio, de las manos del Síndico Romano, la corona de laurel, la corona de los antiguos triunfos, mientras resonaban las trompetas y repicaban las campanas y delante del poeta se inclinaban todos los estandartes de Italia!

¡Ah, de fijo Madame Sara Bernhardt sería mujer

(1) El sustantivo *pelintrice*, como el adjetivo *pelintra*, no tienen correspondencia exacta en español más que en las palabras *pelagatas*, *pelagatos*, *pelagatería*; términos más bien de *argot*.—(N. DEL T.)

para atravesar los «boulevards» de París, soberbiamente envuelta en la túnica de púrpura de Roberto d'Anjou! Pero sólo ella nos queda; y todo lo demás nos falta. ¡Ya no hay Rey de Nápoles, buen humanista y buen trovador, para remitir por una embajada la púrpura augusta! ¡Ya no hay Nobleza que para una función poética de gala se cubra de terciopelos recamados de oro!... ¡Ya no hay senadores arrastrando brocados verdes sobre un pavimento alfombrado de rosas! ¡Ya no hay campanas que repiquen, ni pendones que se inclinen cuando un poeta pasa!... Ya no hay nada... Sólo hay Madame Bernhardt, el Grand-Hôtel y un resto de vino falsificado. Sin embargo, seamos justos. A más del almuerzo y del himno y del soneto inevitable de Coppée, había en el programa de la apoteosis una sorpresa. En la víspera de la apoteosis, los periódicos, guiñando el ojo, aludieron a la sorpresa. Y a Madame Bernhardt, seria y grave, conocía la sorpresa. ¿Sabéis cuál era la sorpresa?... En el día de la apoteosis, temprano, de mañana, el Estado iría al Grand-Hôtel; penetraría, de puntillas, en la sala del almuerzo, aún desierta, y delante del lugar, bien adornado y señalado para Madame Bernhardt, resbalaría subrepticiamente, entre el plato y la servilleta, la cruz de la Legión de Honor... Esta era la sorpresa...

Y entonces fué cuando *El Fígaro* (con aquel su buen olfato español por las cosas intensamente pica-

rescas) pidió a Madame Sara Bernhardt que procediese a «un examen de conciencia», recogiese su vida, tan ampliamente dispersa por el mundo, la interrogase con severa sinceridad y declarase después, ante Europa, poniendo la mano sobre el ardiente corazón, si en realidad se consideraba merecedora de la apoteosis, del almuerzo, del himno, del soneto y de la sorpresa... Madame Sara Bernhardt, naturalmente habituada a los lances patéticos, no vaciló. Y durante una larga noche, en su alcoba (o en su oratorio, que esta terrible mujer es capacísima de tenerlo), recogida, «ensimismada», según la vieja fórmula metafísica, desmenuzó toda su vida, en sus motivos y en sus resultados, con el escrupuloso rigor de quien, estando delante de sí misma, se siente delante de su Divinidad... Y al otro día, de mañana, subió a la más alta columna de *El Fígaro*, y muy sobriamente, eliminando de su discurso esos bordados y abalorios que prodiga en sus vestidos, declaró que, habiendo examinado su conciencia, se consideraba merecedora de la apoteosis, del almuerzo, del himno, del soneto y de la sorpresa... Y así se consideraba, porque a más de ser una artista genial y haber trabajado hercúleamente, contribuyó (¡escuchad, escuchad, no perdáis esto!...), contribuyó a civilizar Australia, el Canadá y, sobre todo, América del Sur, y a implantar en esas regiones el amor a Francia, a las letras francesas y a la

civilización francesa. Y de un modo tan insinuante, con una gracia tan intelectual, recibió de esos pueblos (¡escuchad, escuchad, por Dios no perdáis ahora este final!...), recibió de esos pueblos ovaciones, pleitesías, vasallajes, gritos de gratitud, ¡honras casi divinas, como sólo las reciben los conquistadores de almas y los anunciadores de Evangelios!... ¡Y seguidamente Madame Bernhardt citó como pruebas históricas esas pleitesías, esos vasallajes!... Contó el desembarco triunfal en Australia. Contó el portentoso cortejo en el Canadá sobre la nieve. Contó el episodio pavoroso con las señoras de Chile. Y contó, por fin, el caso supremo, el caso que sobrepuja a todos los casos, el caso con los estudiantes del Brasil...

¡Ah, mis dulces amigos, es verdad!... Mas para conversar sobre este caso que me sofoca, yo necesito el aire, el espacio y la tranquilidad de otro artículo...

II

Ahora, en este artículo, más aireado y espacioso, podemos conversar sin precipitación, ¡oh, amigos míos! acerca del caso abrumador. Y vosotros mismos reconoceréis que el caso es definitivo y sobrepuja en sombría extrañeza a todos los casos gloriosamente sucedidos a Madame Sara Bernhardt duran-

te su jornada civilizadora a través de los continentes nuevos. Si no, ¡ved! Tomemos respetuosamente el primer hecho contado por la genial señora, con una sencillez tan noble, en su «Examen de conciencia». Es la llegada a Australia... Madame Bernhardt llega a esa tierra privilegiada de la lana y del oro. En el muelle de desembarco, alfombrado y florido, está esperando por ella, en una trémula ansiedad, el Municipio de Melbourne, con todas las insignias tradicionales de los viejos Municipios ingleses—la dalmática de estola de armiño, los cuatro trompeteros, el portaespada y el portacetro. En los «docks», los silbatos de todos los vapores anclados silban con desesperado entusiasmo. En cada torre ondea la bandera tricolor. Madame Bernhardt desembarca con esa sencillez con que desembarcan siempre los verdaderos conquistadores, los verdaderos civilizadores: San Agustín, en Inglaterra; Hernán Cortés, en México... Entra en su hotel; se da unos polvos de arroz; come; representa *Tosca*, «e inmediatamente» (como ella dice en palabras memorables que no altero), «la colonía francesa, que hasta entonces había vivido en una posición subalterna y oprimida, levantó libremente la cabeza y comenzó a dominar en Australia...»

Esto es ciertamente inesperado. Pero no hay, en este hecho de Madame Bernhardt, nada de extravagante o de extraño. Es la clásica hazaña, tantas veces

consumada a través de la historia: la liberación de una raza. Madame Sara, como Juana de Arco, arranca a la opresión de los ingleses un precioso pedazo de Francia... Con pequeñas diferencias (que nada importan en cuestiones de heroísmo), ella es la «Pucelle de Melbourne» (1). Y notad hasta la superioridad humanitaria de Sara. La Virgen de Orleáns emancipó a Francia, derramando la sangre de ingleses y borgoñeses, y muchas cañadas de sangre fluyeron por su mano, porque a la fuerte Virgen no le disgustaban las recias cuchilladas. Madame Bernhardt, al contrario, no libertó a sus hermanos matando, ¡sino muriendo!... Muriendo en el quinto acto de «La dama de las Camelias», en el quinto acto de «Hernani», en el quinto acto de «Fedra»!... ¡Muriendo siempre, por el puñal, por el veneno, por la tuberculosis!... Y a cada sacrificio de su vida correspondía un beneficio para su Patria... Cuanto más se tendía ella muerta en las tablas, con aquel sublime morir que es sólo de ella, más la colonia francesa, levantando la cabeza, se afirmaba y extendía su dominio... De tal suerte, que si ella no hubiese cesado de morir por haber teminado su contrato, Australia sería hoy una provin-

(1) *La pucelle de Melbourne*, a imitación de *La doncella de Orleans, o Juana de Arco*. Melbourne es como todo el mundo sabe la capital del estado central de Australia, aunque a Sidney se reserva el derecho de sér la cuna de la autonomía australiana.—(N. DEL T.)

cia de Francia, exclusivamente francesa, donde el último inglés estaría comiendo el último canguro a la sombra del último eucalipto...

Pero atravesemos los mares y observemos los triunfos nuevos con que Madame Sara Bernhardt es acogida en el Canadá. Allí (como cuenta la señora artista en frases que humildemente copio), «mi carruaje andaba siempre seguido y acompañado por todos los senadores y diputados...» Sin duda alguna este cortejo es raro... Pero no hay aquí nada de exótico o de sombrío... ¡Al contrario!... Es un claro, delicado y alegre cuadro de nieve y de Representación Nacional. La nieve, toda blanca, bajo un cielo todo blanco, cubre el Canadá; envuelta en pieles, Madame Bernhardt ocupa soberanamente una carroza dorada, que hiende suavemente la nieve; y en torno de ella, sobre patines ligeros, con la mano en la cintura, la Asamblea Legislativa se desliza por la dura nieve en curvas airosas, con garbo parlamentario, según la orden del día... Porque notad bien lo que hace resaltar Mme. Bernhardt. No son dos o tres diputados galanteadores o algún senador depravado los que siguen el trineo de Sara... ¡No; son los senadores y los diputados «reunidos en asamblea!...» ¡Quien va corriendo en el surco blanco, a través de la nieve blanca, es el Poder legislativo!... ¡De otro modo no habría (conforme acentúa Mme. Sara Bernhardt) la intención social y nacional de rendirle

pleitesía a ella como la altísima representante de Francia!... Y bien podemos pensar, pues, que las dos Cámaras electivas seguían a Mme. Bernhardt, «funcionando», provistas del presidente y del secretario, y de la tribuna y de la copa de agua, y que celebraban en torno del trineo divino, en jovial carrera, su sesión ordinaria... En aquel aire purísimo, bajo el sol dorado que arranca a la nieve un fulgor argentino, mientras el trineo corría, y con él corría la Representación Nacional, provechosamente se cruzaban las interpelaciones, las mociones, las proposiciones a la Mesa, las enmiendas al presupuesto, las afirmaciones tranquilizadoras del Ministerio, «que ha de mantener siempre el orden», y los apóstrofes vibrantes de una oposición irritada... ¡Abrigada, con una noble elegancia, en espesas pellizas, imperialmente reclinada en aquel trineo que es un trono, cerrando los párpados lánguidos, con una sonrisa indulgente, Mme. Bernhardt recoge silenciosamente (para transmitirlo a Francia) este homenaje inmenso de la Constitución del Canadá!... Y a veces, incluso sin querer, al saludar a un miembro del Parlamento, con un gesto de agrado, ella choca y derriba un proyecto de ley, un fecundo proyecto de ley, que sobre el trineo iba volando de la Cámara electiva hacia la Cámara Alta, y que cae y queda perdido entre la nieve, mientras el triunfante cortejo rueda y legisla y ya se pierde en los horizontes acaramelados, don-

de se agita, negro sobre la blancura, el brazo del presidente, que agita la campanilla, porque Madame Bernhardt sale para el ensayo y la sesión está clausurada. Contemplemos aún por un instante este cuadro consolador, el más bello tal vez de que se ufana la Historia constitucional del siglo XIX, y embarquemos de nuevo, descendiendo a lo largo de la luminosa costa del Pacífico.

Estamos en Chile, y Madame Bernhardt está con nosotros. «Allí las señoras más distinguidas y los caballeros más elegantes de la alta sociedad chilena (escribe ella en su *Examen de conciencia* y en palabras impresionantes que yo traslado con pluma rendida) recitaban delante de mí, para rendirme homenaje, folletones enteros de Julio Lemaître en el *Journal des Débats*, que habían aprendido de memoria...» ¡Ah, amigos míos!.... Desde que pisamos la América del Sur, ya las cosas se van estragando, y no nos encontramos aquí delante de manifestaciones tan naturales y tan socialmente sencillas como las del Canadá y las de Australia. Considerad este cuadro, que me parece inquietante:

Un amplio salón, bien alumbrado; señoras descotadas, con flores en las trenzas; en los ojos, un fulgor redobladamente chileno, y el dulce pecho nacarado palpitando. Enfrente, en otra sala, caballeros elegantes, tal vez condecorados, sonriendo, con el lívido sonreir trocado de aturdimiento (¡ese aturdimiento

que reconocéis de mañana de examen!) y palpando en el bolsillo trasero de la levita el periódico que habían guardado. En el fondo, mamás gordas, de nariz pensativa. Entre las puertas, papás pasando sobre la calva una lenta mano que la ansiedad humedece. Son las diez... Un rodar de coche... Madame Sara Bernhardt entra arrastrando uno de esos tremendos vestidos de un esplendor casi furioso, compuesto especialmente para las Repúblicas españolas del Pacífico. E inmediatamente las lindas damas escotadas, los caballeros condecorados, levantando el brazo derecho, recitan en un coro amplísimo los folletones de Julio Lemaître en el *Journal des Dèbats*. No se si había acompañamiento de orquesta. Madame Bernhardt en su *Examen de conciencia* no alude a la orquesta. Era, pues, un recitado seco, en que los barítonos expresaban lo que en los folletones de Lemaître hay siempre de filosófico, y las sopranos de ojos rutilantes expresaban lo que en ellos hay de adornadamente melódico. En medio de la sala, bajo el solio, Madame Bernhardt respiraba el aroma intelectual y crítico de aquel personaje estupendo. Los folletones de Lemaître ocupaban entonces en el *Diario de los Debates* dos páginas, y a lo largo de doce columnas se arrastraban. Ciertamente, de vez en cuando, los criados circulaban ofreciendo a los coristas palpitantes agua nevada y azucarillos. Después, de nuevo se levantaban los brazos; el coro majestuoso se reanudaba a través de

las ventanas abiertas: los períodos melódicos de Lemaître rodaban lentamente; se desvanecían en la noche estrellada del Sur, como un incienso de fabricación francesa ofrecido al genio de la tierra francesa. Y siempre en medio de la sala, Madame Bernhardt, inmóvil, en su mirabólico vestido de exportación, con un sonreir divino, aquel sonreir que hoy es sólo de ella, después de haber sido de Melpómene, aprobando la buena pronunciación y la buena memoria de la próspera nación chilena...

¡Amigos míos, huyamos de este espectáculo horrífico!... ¡De prisa, corramos al muelle de Valparaíso!... ¡De prisa, trepemos a la cubierta del vapor que humea!... El mar es benigno, porque sabe quién va a navegar en él... Ya estamos pasando el estrecho de Magallanes, y a lo lejos, en la costa, divisamos los fuegos de los Patagonios... En Patagonia... Pero dejad que yo consulte el «Examen de conciencia», glorioso derrotero de esta jornada gloriosa... ¡No! En la Patagonia Madame Bernhardt, que va con nosotros, no tuvo ninguna ovación, ni en forma de folletón, ni en forma de sesión legislativa. La proa de nuestro buque ya rasga firmemente las aguas donde se balanceaban, vacilantes, las carabelas de Pedro Alvarez. He ahí Río de Janeiro...

¡Salve, tierra amable! El Pão d'Assúcar (1) surge

(1) *Pao d' Assúcar* es una de las colinas que circundan los alrededores de Río de Janeiro. —(N. del T.)

todo color de rosa como una frente que la alegría ilumina!...

Pero el papel se concluyó, y necesito otra hoja. Así, hoja por hoja, se hace un bosque; un bosque donde yo querría esconderme para no presenciar los casos extraños y sombríos que, con Sara y por Sara, van a pasar en esta tierra que es casi mi tierra...

Pero ahí viene la canoa de la Aduana, y «La dama de las Camelias», «Doña Sol», «Fedra» y otras más conmovedoras o terribles, todas en una pieza, desembarcan.

III

Por fin, he ahí a Madame Bernhardt en esas tierras tan famosas de Santa Cruz, que (según se desprende de su «Examen de conciencia») fué simultáneamente a conquistar y a civilizar, a la manera de los Sousas y de los Anquietas. Y yo tengo prisa también de llegar al caso extraño, al homenaje extraño que de vosotros recibió, ¡oh, mis amigos!, tal como se relata en ese *Examen de conciencia*, con una sencillez, con un tono de grave modestia, que es deliciosamente conmovedor. «En el Brasil (dice Madame Bernhardt con palabras que copio y que deseo queden para siempre adicionadas a la Historia de la República) los estudiantes arrancaban los sables de los guardias y distribuían cuchilladas porque no les de-

jaban desenganchar mis caballos, poner los hombros en los varales y arrastrar ellos mi carruaje...»

¡Aquí está! Es sencillamente esta lindeza. Y ahora, decid si tal caso no sobrepuja en sombría extrañeza a todos los casos acaecidos a Sara en su inmortal misión a través de América. Este caso encierra todos los horrores. ¡Son las armas furiosamente arrancadas! ¡Es el golpe y la sangre chorreando! ¡Es toda una mocedad, primavera sagrada, que se engancha a los varales de una calesa y tira trotando! Porque vosotros tirásteis... Y lo que torna vuestro acto humanamente atroz (por ser tan contrario a las leyes sagradas de la Humanidad en sus relaciones con los vehículos de ruedas), es que no tirásteis envueltos y como impelidos por un sentimiento universal y congénere. Si todo el Brasil, en un entusiasmo unánime, clamase: «¡Tiremos!», podríais, muy justificadamente, como ciudadanos de una República, obedecer a esa ardiente decisión de la soberanía popular. Pero no... ¡Al contrario!... Hubo alguien, y alguien muy respetable (como observó y contó Madame Bernhardt), que os quería impedir que metiérais los hombros bajo las lanzas del coche, y tirásteis... ¿Quién fué ese alguien?... ¿El Estado envidioso de que arrastrárais un vehículo que no era el suyo? ¿El Genio de la Libertad indignado? ¿Simplemente la Policía, celosa para oponerse a que en las calles se estableciese una confusión deplorable entre las fun-

ciones que pertenecen a los caballos y las funciones que pertenecen a los estudiantes?... No lo sé. Madame Bernhardt no lo revela; pero hubo «alguien». Hubo un pecho generoso que se colocó entre vosotros y los arreos que apetecísteis. Traspasásteis ese pecho con un hierro iracundo y corrísteis hacia los arreos... ¿De modo que con ese degradante propósito arranca la mocedad del Brasil las espadas que le cuelgan de la cintura airosa?... Pero sosegaos; yo no lanzaré aquí un paralelo sublime entre aquellos que se baten por sacudir un yugo y aquellos que se baten por lograr un freno...

Y no me digáis contritos que Madame Sara es mujer y mujer de genio y que visitó la Universidad, y que vosotros contáis veinte atolondradas primaveras y que el sol del Brasil caldea, y que todas estas circunstancias entontecedoras os precipitaron (una noche en que el vino de Colares estaba especialmente fresco y sabroso) de la intelectualidad a la animalidad... (1). ¡Hueras disculpas, mis dulces amigos!...

Cuando yo era estudiante, también Coimbra fué visitada por genios estupendos, bajo el sol exaltador de Mayo, estando ya desabrochada la flor del Ponto. Vino un prestidigitador; vino un violinista; vino la

(1) *Cavalidade* dice Eça, formando un sustantivo adjetival del nombre *cavallo* (caballo); pero en castellano no encuentro palabra que le corresponda exactamente, a no ser *caballidad*, neologismo excesivo.—(N. DEL T.)

divina Gabriela, que ya no me acuerdo si bailaba en la cuerda floja o si representaba melodramas; pero que era divina. Nosotros acogimos a todos esos genios espléndidamente, como hombres libres... Convidamos al violinista a cenar, en la taberna de Cavalheiro, esa sardina y esa vaca obscura que, desde los tiempos del rey D. Dinis, la Universidad de Coimbra ofrece a las almas en que descubre verdadera grandeza. En esa cena precisamente el Colares estuvo como nunca, fresco y sabroso; y más tarde, a alta noche, en la «Couraça dos Apóstolos», bajo el claro de luna de Mayo, apaleamos al violinista...

A la divina Gabriela dedicamos sonetos excelsos, de sutil concepto y coruscante rima. Después, un guapo mozo pasó, clavó en Gabriela una mirada fatal y negra, y Gabriela siguió al guapo mozo hacia una casita blanca que se escondía entre las acacias de Santa Clara, donde su vida fluyó, sumisa y dulce, arreglando la ropa blanca del guapo mozo que había pasado...

Así trataba Coimbra, en mi tiempo, a los genios que la visitaban, exactamente como Jerusalén trataba a los profetas que a ella venían, y que al punto eran sometidos por su fuerza, o corrompidos y cautivados por el encanto de su gracia. De fijo que nadie en Europa querría que apaleáseis a Sara. Esos desastres son más adecuados a los violinistas. Pero sería honroso para el Brasil y para su mocedad que Sara, la

triunfal, se quedase entre vosotros, con el corazón vencido, en alguna finca clara, entre plantaciones de mangos, arreglando ropa blanca. ¡No! Sino que en vez de eso, después de duras cuchilladas dadas a los que os querían salvar del humillante servicio, desenganchásteis las yeguas de Sara, os colocásteis en los hombros democráticos las lanzas del coche de Sara y tirásteis del carruaje de Sara, trotando, tal vez relinchando...

¡Caso horrendo e inesperadamente nuevo!... Sea el cielo ardiente o gélido, por todas partes la mocedad es excesiva y fantástica. En Coimbra yo asistí a los delirios más variados; y en todos participé. Hicimos tres revoluciones; derribamos Rectores excelentes sólo por el placer de demoler y ejercitar la fuerza demagógica; proclamamos una mañana la liberación de Polonia, enviando un cartel de desafío al Zar; penetramos, en comisión, en un cementerio para intimar a la muerte a que nos revelase su secreto; destruímos una noche, a través de la ciudad, todos los mástiles y arcos de follaje y trapos de banderas y obeliscos de lona, levantados para celebrar no sé qué gloria nacional, porque contrariaban las leyes de nuestra estética; abandonamos la Universidad, en un clamoroso éxodo, para ir a fundar en los alrededores de Porto una civilización más o menos en armonía con nuestro horror a los compendios; atacamos y dispersamos procesiones por no considerarlas suficiente-

mente espiritualistas; organizamos una Asociación secreta para renovar la guerra de los Titanes y destronar a Jehovah... Fuimos tremendos, y casi todos los años nos batimos con las tropas que el Gobierno mandaba para mantenernos dentro de los límites de la decencia y del raciocinio. En realidad, lo hicimos todo menos estudiar; pero nunca pusimos los hombros bajo las lanzas de los carruajes, nunca tiramos de los coches...

Y, sin embargo, sin embargo... ¡Sí, tiramos de un coche!... No deseo ocultar ese hecho que nos honra. Tiramos de un coche, en 1867. Tiramos de una pesada calesa forrada de damasco azul, a galope, relinchando de puro entusiasmo... Pero ¿sabéis a quién arrastrabámos así a través de las calles de Coimbra?... ¡Al vigésimoctavo Rey de Portugal, que había descendido de su trono ocho veces secular para visitar la Universidad! ¿Y sabéis vosotros lo que había hecho ese Rey para que nosotros así tirásemos de su carruaje con tan cuadrupedante y relinchante amor?...

Este Rey magnánimo, al punto que entró en Coimbra, por aquel Puente Viejo que fué tal vez el más dulce, poético y encantado lugar de la tierra, levantó su mano real y concedió a la Universidad ocho días de vacaciones. ¡Ocho días de vacaciones!... Desde luego (como comprendéis) este noble Rey tomó para nosotros las proporciones augustas de un

Trajano, de un Tito, de un Marco Aurelio, de uno de esos Emperadores providenciales a quienes Dios, por sus propias manos, compone un alma especialmente virtuosa para que ellos tornen dichosos a los pueblos. Un bienhechor tan inmenso no podía ser conducido a través de las calles de Coimbra por los mismos animales inferiores que conducen los ómnibus, los carros de la basura o las «victorias» de la burguesía iletrada. A su grandeza moral correspondían, como a la gloria de Alejandro el Grande al entrar en Babilonia, feroces parejas de leones de melena heroica... En Coimbra, por lo menos en mi época, no abundaban los leones. Los únicos animales superiores y heroicos éramos nosotros, los estudiantes. Los profesores... a esos siempre los consideramos como animales inferiores, y, además irracionales... De suerte que no vacilamos ante este servicio de cochera. Y para que ese nobilísimo Rey fuese noblemente conducido, tiramos nosotros del carruaje con nobleza. Poniendo los hombros bajo las lanzas, cumplimos un alto deber cívico, porque conservamos para aquel Rey admirable que nos había dado ocho días de vacaciones el prestigio y el brillo victorioso que le faltarían si tirasen de él simples caballos, sin educación, sin exámenes de Latín y de Lógica, sin nociones de Derecho Romano, sin opiniones metafísicas, ¡sin guantes, sin ideal!...

Aquí están los motivos transcendentales por los

cuales tirábamos del carruaje... Pero ¡vosotros, desgraciados!... Madame Bernhardt no os dió ocho días, ni siquiera un solitario y corto día de vacaciones; y vosotros desenganchasteis los caballos de «La Dama de las Camelias» y trotásteis bajo las riendas de «Fedra»... ¿Qué haríais vosotros, entonces, cuando de nuevo poseyéseis un Emperador o un Rey, y ese Emperador, en su amorosa visita de reconciliación, con la mocedad, os diese ocho o tal vez (porque en el Brasil todo es grande) diez y seis días de vacaciones?... ¡Diez y seis días, oh mis hermanos de allende el mar, diez y seis días!... ¿Qué haréis, entonces, en ese deslumbramiento incomparable?... Decentemente, no podéis tributar a ese Emperador magnífico las honras que tributásteis a una bella dama, sólo porque ella recitaba a Racine poniendo sus moribundos ojos en blanco... Desperdiciásteis así, con una simple actriz ambulante, el homenaje que la Humanidad (por lo menos, a este lado del Atlántico) reserva a los Profetas, a los Enviados de Dios, a los grandiosos donadores de vacaciones...

Y lo más desagradable es que ahora toda actriz genial o bailarina sublime que vaya al Brasil espera el vasallaje que tributásteis a Sara, y que Sara vocingleó con voz de papagayo, estridentemente, al mundo todo, desde lo alto de las columnas triunfales de *El Fígaro*.

Ciertamente, en breve recibiréis la visita de la fa-

mosa Réjane, de la bella Hading o de la muy pícara y muy quejumbrosa Ivette Guilbert. Y, estremecido de horror, ya veo desde aquí a esa Guilbert, horas después de desembarcar en vuestra tierra, bajando por las escaleras del hotel, calzando aquellos inmensos guantes negros que son la parte más considerable de su talento, y diciendo risueñamente al criado:

—Estoy dispuesta... Mande enganchar a los estudiantes...

Y, por fin, para terminar, ¿sabéis cuál es el verdadero e íntimo horror de vuestro caso?... Es que nunca arrancásteis vosotros esas espadas (que, por lo demás, no usáis) y nunca, en realidad, tirásteis de ese carruaje que Madame Bernhardt soñó.

Pero todos vosotros, que tenéis algunas nociones, aunque sean inciertas, de Metafísica, conocéis el gran principio de Kant. Este ultraprofundo filósofo estableció que para nada importa la existencia o la no existencia de las cosas; y sólo importa la creencia o no creencia que los hombres tienen en las cosas. Así, es perfectamente indiferente que Cristo, como tal Cristo, existiese realmente en cierta provincia romana que se llamaba Judea; lo que importa e importó para la transformación del mundo fué que los hombres creyesen en la existencia de Cristo como tal Cristo. En el universo no existe con certeza sino el Pensamiento, y desde que el Pensamiento se concreta y crea un ser o un hecho, ese hecho o

ese ser «existen», y con una existencia indestructible, porque participa de la indestructibilidad del Pensamiento. Ahora bien; hoy toda la Europa culta que lee *El Fígaro*, clara y firmemente cree que tirásteis de ese carruaje que el fogoso pensamiento de Sara creó para su mayor gloria... Y, por lo tanto, según ese sólido principio de Kant, que todas las escuelas reconocen, vosotros tirásteis del coche... Y ahora y para siempre, en la Europa que lee *El Fígaro*, la idea de los estudiantes del Brasil se ligará a la idea de arreos, frenos y una calesa ocupada por Madame Bernhardt, que rueda en un trote entusiástico, llevando entre las lanzas, en vez de jamelgos, doctores.

¡Tal es la última creación de la pérfida Sara!... Cuando ella vuelva al Brasil, no le arranquéis el corazón por las costillas. Y después, considerad que la inspirada señora necesitaba justificar la cruz de la Legión de Honor, y deslumbrar, con una estupenda lista de trinnfos, al Estado que le había de deslizar la condecoración entre el plato y la servilleta...

¡Por eso en el Brasil os enganchó a su carruaje!... ¡Por eso en el Canadá arrastró detrás de su trineo al Poder legislativo!... ¡Por eso forzó a aquellas pobres señoras de Chile a recitar los folletones del buen Jules Lemaître, que es influyente en la *Revista de Ambos Mundos* y, por lo tanto, en los Ministerios!...

¡Y todo en vano, oh gentil Doña Sol!... El Estado

obtuso y duro, no se conmovió, no fué al «Grand-Hôtel», de puntillas, a meter entre la servilleta y el plato de Sara la cruz de la Legión de Honor. Madame Bernhardt necesita, por lo tanto, presentar otra lista de triunfos aún más decisivos, de homenajes aún más prodigiosos... Y para el año próximo, cuando vuelva la estación de las Apoteosis y de las Cruces, la buena Madame Bernhardt, rígidamente sincera y verídica, trepará de nuevo a las altas columnas de *El Fígaro* y publicará ante la Europa atónita otro «Examen de conciencia», en que dirá con palabras que para siempre resonarán a través de la Historia:

«En los Estados Unidos de Norte-América, todas las mañanas, antes del almuerzo, yo trotaba por las avenidas de Washington, montada en los hombros del presidente Mac-Kinley...»

V

REVUELTA DE ESTUDIANTES

París está en revuelta; casi podría decirse en revolución. Ha habido, en efecto, todas las escenas clásicas de las revoluciones parisienses: asalto a la Prefectura de Policía, barricadas hechas con ómnibus derribados, incendios de quioscos, destrucciones de cafés, comités permanentes, corte de las cañerías de gas, sumiendo en tinieblas calles y bulevares, policías arrojados al Sena y clamores de ¡viva la anarquía!... Nada faltó...

Dicen (tal vez exageradamente) que los muertos son casi treinta y que los heridos exceden de dos mil...

¿Por qué esta revuelta tan sangrienta?... ¡Por causa de una mujer desnuda y de un senador pudibundo!... No es, sin duda alguna, la primera vez, desde Helena y desde la guerra de Troya, que los hombres se destrozan entre sí por causa de la desnudez de una mujer. Pero es ciertamente la vez primera que una ciudad levanta barricadas por causa del pudor de un senador. La historia es grotesca y lamentable...

Los estudiantes de la Escuela de Bellas Artes de París organizan todos los años un baile, que no es público, y que por los elementos que lo constituyen se intitula *Baile de las Cuatro Artes*. Es siempre una fiesta en extremo fantástica. Y ¿dónde podrá expansionarse la fantasía más naturalmente que en un baile de artistas, mozos y libres, que en los dominios de la imaginación tienen el derecho nato de ser fantásticos?... Ahora bien; este año, los escultores del taller de Falguière decidieron presentarse en el baile llevando en triunfo, sobre unas andas, como una diosa de belleza y en la actitud de Diana disparando el arco, a una tal Sara Brown, que es de los más lindos y perfectos modelos de París. Excuso añadir que esa Sara, en su calidad de Diana, iba poco vestida. En verdad, para cubrir el esplendor de su cuerpo que ha sido reproducido ampliamente en el mármol y en el lienzo, llevaba solamente (anacronismo deplorable) unas medias de seda negra y unos zapatos. Sería de más en Grecia y en tiempo de Diana. En París y en 1893, es tal vez poco; y una leve túnica, un velo, un cendal, hubieran ahorrado los desastres y la sangre. Con todo, de parte de los estudiantes no había, en esta exhibición triunfal de la bella Sara, intención alguna.

Eran artistas que en su casa, en una fiesta particular, donde sólo se podía penetrar por invitación, celebraban con honras paganas un tipo perfecto de

belleza femenina. Pienso que mostraron poca fantasía e inventiva, porque repitieron en una noche de fiesta las ocupaciones habituales de las escuelas. Su profesión, como artistas y escultores, es contemplar, comprender, reproducir la forma humana. Y llevando con ellos al baile a un modelo desnudo en una actitud de estatua, estos muchachos transformaban la sala en *atelier*, y no estaban tramando una juerga, sino estudiando una lección.

No pensó así, con todo, el senador Berenger. Y aquí aparece este hombre terrible...

El senador Berenger es el presidente de la *Liga contra la indecencia de las calles*. Los fines de esta asociación para quien conoce París, y sobre todo la línea de bulevares que va desde la Magdalena a la Bastilla, no necesitan ser explicados ni justificados. Es una asociación útil, casi providencial. Y quien tenga hijas (1) y a veces necesite atravesar con ellas los bulevares, debe contribuir con su cuota mensual a la fuerza, eficacia y desenvolvimiento de la Liga.

Su único defecto es su presidente—porque este hombre excesivo, que tiene setenta años, y una pudibundez maniaca, no sólo embiste, en nombre de

---

(1) He aquí un grito sentimental, en que el padre ahoga al humorista. Eça de Queiroz tenía ya en 1893, a más de dos hijos, una niña, que luego fué ornato de la sociedad de Lisboa: la elegante y gentil señorita María Eça de Queiroz.—(N. DEL T.)

la Liga, contra todas las indecencias indiscutibles y patentes de las calles, sino contra todo acto humano que vagamente se le figure que revela una tendencia impúdica. Y para este anciano, catoniano y *caturra* (1) (mojigato), todo en el universo es impudicia. Una señora, para atravesar el barro, levanta un poco la falda; inmediatamente llama Berenger a un policía. En el escaparate de un librero, sobre la cubierta ilustrada de una novela, hay una imagen algo descotada; en seguida Berenger, con los cabellos erizados de horror, se querella contra el librero y el libro. Por detrás de una puerta sale un rumor de besos; sin demora Berenger pretende derribar la puerta y empapelar a Cupido. Recientemente llevó a los Tribunales al autor de un libro científico, de medicina, *¡por indecente!...* Es él quien conspira para que se cubran con burdas camisas de lona todas las estatuas antiguas del Museo; y si Berenger triunfase, veríamos en las iglesias a San Sebastián metido castamente en un largo sobretodo de paño negro... Hasta la desnudez de los animales le indigna; y afirman sus

(1) *Catónico*, dice Queiroz; esto es: discípulo de Catón; me parece más conforme con el genio de nuestro idioma decir *catoniano*. En cuanto a *caturra*, ya he dicho en otros pasajes que era un vocablo genuinamente portugués y casi intraducible; aquí es uno de los pocos casos en que tiene traducción fiel y exacta; vale tanto como beato, mojigato, santurrón.—(N. del T.)

amigos que se prepara a presentar un proyecto de ley para que todos los perros y caballos de París anden con manta... El horror que amarga su vejez es que haya dos sexos. Berenger quisiera que hubiese uno solo: el neutro. Y no pudiendo realizar esta reforma en la Humanidad, trabaja por realizarla en la gramática. Así evitará el afrentoso escándalo de que haya sustantivos masculinos y femeninos, viviendo en promiscuidad, encerrados en el mismo diccionario, ¡y tal vez haciendo porquerías allá dentro!... Tal es Berenger.

Imagínense, pues, el furor de este varón castísimo al saber del baile de *Las Cuatro Artes* y de la bella Sara desnuda... ¡Trémulo, subió a la tribuna del Senado y apostrofó!... Desde allí corrió a los Tribunales y se querelló. Y he ahí a la pobre Sara, la gentil Diana, y a los estudiantes refinadamente estéticos que la habían llevado en triunfo, citados ante la policía correccional como promotores de *indecencias públicas*.

El furor púdico de Berenger fué grande; pero ¿cómo decir el furor artístico de los estudiantes? Había en ellos muchos sentimientos ofendidos; sentimientos de arte, sentimientos de clase, sentimientos de libertad, sentimientos de tradición escolar y de tradición estética. Y la idea de que este viejo mojigato arrastraba a los Tribunales, *por obscenos*, a artistas de veinte años que, a la manera de sus antiguos colegas de Grecia y de Italia, celebraban con una fiesta particular, totalmente suya y solamente esco-

lar, la belleza de una modelo, que ellos copian todos los días en la escuela, y que su maestro Falguière, ya reprodujo en mármoles ilustres, pareció intolerable. De ahí provino un odio inmenso contra Berenger. Y, por lo tanto, burla inmensa organizada contra Berenger... No sé cómo proceden los estudiantes de São Paulo y de Río (1) para celebrar sus grandes bromas oficiales. En Coimbra es una enorme multitud armada de tambores, calderos, latas, sartenes, pitos estridentes, bocinas horrendas que, en la alta noche, se acerca a casa del «embromado» y rompe bruscamente en un charivari descomunal, que no cesa y va creciendo demoníacamente hasta que «el embromado» huya por los tejados o muera de terror o se humille e implore absolución.

En París la gran broma escolar se hace por medio del *monomio*, que es una larga cola de mil o dos mil estudiantes, serpenteando por las calles, berreando el nombre del «embromado» e intimando a la población a que lo vilipendie. Y hay algo de imponente y dramático en esta inmensa fila oscura, semejante de lejos a una culebra interminable, que se extiende, colea por las callejuelas estrechas del Barrio Latino y clama, como últimamente lo hizo, en un compás lento

(1) No se olvide que Eça de Queiroz dirigía estas cartas desde París, en estilo llano y casi familiar, a periódicos importantes del Brasil como la *Gaceta de São Paulo* y el *Diario de Noticias*, de Río de Janeiro.—(N. del T.)

y siniestro: *¡Vilipendiad a Berenger!... ¡Vilipendiad a Berenger!...* (1).

Ahora bien; cuando uno de estos monomios, en el domingo pasado, iba vilipendiando a Berenger, tuvo un conflicto con la Policía. O más bien, a lo que parece, el monomio se había deshecho, los estudiantes se habían establecido en el Café d'Harcourt para descansar y refrescar, cuando la Policía, desaforadamente, invadió el café, hizo un asalto tremendo y brutal. Y, por desgracia, en el atropello fué muerto un pobre rapaz que tomaba pacíficamente un bok, que no era estudiante y sí sólo amigo y camarada de estudiantes.

Después, inmediatamente, siguiéronse todos los incidentes tradicionales de un motín académico: inmensa excitación; formación de un comité de resistencia; intimación al gobierno para que dimitiese el Prefecto de Policía, responsable por la injustificada brutalidad de sus agentes; y ante la negativa del gobierno, el desorden en las calles, el asalto a la prefectura, los encuentros sangrientos con las fuerzas de la Policía, el Barrio Latino en estado de sitio y la mitad de París lleno de bayonetas.

Los estudiantes, por lo general, tienen la revuelta muy fácil, pero muy corta. Y cuando los barullos los arman únicamente los estudiantes, el orden renace

(1) La frase ritual es el verbo *conspuer*; por lo tanto, los estudiantes gritarían: *¡Conspuez Berenger!*—(N. del T.)

de repente cuando una madrugada se sienten abrumados de tanto grito y de tanto empujón, y se recogen a sus casas a mudar de ropa y de entusiasmo. Pero en París, desgraciadamente, más que en ninguna otra ciudad, hay una verdadera clase revolucionaria, que está compuesta de las últimas, de las más bajas, de las más viciosas y de las más violentas capas del proletariado. Son los salvajes de la civilización (la frase es conocida). Y son ellos los que convierten cualquier motín de París en algo excesivamente peligroso, porque acuden en seguida a agravarlo, introduciendo en él la violencia bestial, el furor de la destrucción y el desorden por amor al desorden. Que el motivo del tumulto sea una justa teoría política o una indignación humanitaria o un entusiasmo patriótico; el salvaje, que nada sabe de patria, ni de humanidad, ni de justicia, corre en seguida con su porra, su faca y su lata de petróleo, ávido de apalear, quemar, destruir.

Y fué precisamente lo que sucedió en esta simpática algarada de estudiantes, donde la legítima cólera no excluía una alegre moderación. El salvaje apareció y al punto todo tomó un carácter feroz y sangriento. Desde ese momento el gobierno ejerció una represión especial, no prudente y adecuada a estudiantes, sino implacable y adecuada a bandidos... Y de ahí se siguieron todos esos incidentes de los cuales los periódicos cuentan la crónica lamenta-

ble, y que, por la audacia de los tumultuosos y la inmensa brutalidad de la Policía, dieron por triste resultado, a lo que se dice, treinta muertos y dos mil heridos.

¿Y por qué? ¡Por causa del bailoteo de *Las Cuatro Artes!* Por causa también de ese calor terrible, que excita y exalta los temperamentos. Es un hecho, hoy explicado científicamente, que las revueltas populares sólo se dan, sobre todo en los países del Norte, durante los cálidos meses del verano. El termómetro con 40° a la sombra, una atmósfera pesada y eléctrica, llevan a las multitudes a enfurecerse por cosas que durante el invierno y con las calles llenas de nieve las dejarían indiferentes. Y no comprendo cómo no se intentó aún de un modo metódico (porque casual e irregularmente ya se ha hecho) sofocar las algaradas por medio del agua fría. El sistema ya lo poseemos admirablemente organizado en el servicio de incendios. Una revolución es siempre comparada en literatura a un gran incendio. Y no hay motivo para que no se apague en realidad por medio de bombas. Tres o cuatro bombas de vapor, vertiendo sobre una multitud formidables e irresistibles chorros de agua fría, serían, a mi ver, más eficaces que cargas de caballería. Una carga irrita siempre a aquellos contra quienes se da; y el instinto del valor, el deseo del desquite, el fondo de heroismo que tienen en sí todas las multitudes, impele a la resisten-

cia y a la lucha. Pero la venganza y la resistencia son imposibles contra una bomba de incendios que ciega... El hombre acuchillado por la Policía puede acuchillar también, porque tiene un arma igual y se siente bravo. El hombre regado, encharcado, pierde todo valor, porque se siente grotesco... No ve ante sí otro hombre sobre quien vengarse; ve sólo un largo chorro de agua que le empapa y le constipa. Es una humillación bochornosa. No se puede apedrear ni acuchillar a una manga de riego...

Delante de una manga de riego sólo queda huir a secarse. A más de eso, las plebes tienen un horror enorme al agua fría, y tal, que afrontaría una bala, escapa a correr delante de una ducha. Añádase a esto que nadie hay que no tema el agua en cuanto está vestido. Desnudo, el hombre soporta aún el elemento líquido. Pero de levita y sombrero, no lo resiste.

La bomba de incendio (adoptado este método), no sólo operaría como dispersadora, sino como sedativa. Calmaría la exaltación y con ella la revolución. Y después sería una represión perfectamente dulce y humanitaria. No más heridos ni muertos. Sólo mojados. Cuando más, acatarrados. Acabado el motín, los vencidos irían a sudar en la cama y el orden quedaría restablecido. Al siglo XIX competía, dado su espíritu humanitario, hacer esta reforma considerable en la supresión de las revoluciones.

VI

LAS CATÁSTROFES Y LAS LEYES DE LA EMOCIÓN

Desde que no conversamos, amigos míos, este nuestro Viejo Mundo y los otros más viejos que se extienden hacia Oriente, han sido visitados por males innumerables, unos traídos por las violencias de la Naturaleza, otros por la violencia de los hombres, porque lo consciente y lo inconsciente (si es que realmente este existe) rivalizaron como siempre en la producción del dolor.

En el Japón hubo uno de esos pavorosos «macareus» (1) que tanto asustaban a nuestros navegantes del siglo XVI, invadiendo en desmedido torbellino leguas de costa y sorbiéndose aldeas, ciudades, centenas de millares de criaturas, como si fuesen sólo conchas y arena leve. En China el acostumbrado desbordamiento de los ríos, ahogando en una noche quinientos mil chinos, un millón de chinos, todo un inmenso y oscuro hormiguero chino, con la sencillez

(1) Palabra totalmente intraducible y típicamente portuguesa, equivalente desde luego a *huracán*.—(N. DEL T.)

con que, entre nosotros, un riachuelo, después de las lluvias, inunda un garbanzal en una huerta ribereña. En la India la peste, junta con el hambre, a la vieja manera oriental, con ese horrendo aspecto de las expiaciones bíblicas en que los hambrientos acaban por comer a los cadáveres y los pestíferos a centenares agonizan a orillas de los caminos, en breve todos blancos de osamentas. En Armenia, una prodigiosa matanza de trescientos mil cristianos metódicamente dirigida por las autoridades musulmanas, con mucho orden, mucho vagar, horas reglamentarias para asesinar y para descansar y una escrupulosa administración. En Turquía y en Grecia una guerra que no resucitó la lucha clásica del orientalismo y del helenismo (porque ya no hay orientales y aún menos helenos); pero renovó una contienda entre la Cruz y la Media Luna; contienda concebida con el espíritu del siglo XIX, racionalista y positivo, en que los príncipes cristianos (hasta el Papa) se colocaron en un utilitario entusiasmo al lado de la Media Luna, de suerte que la Cruz hubo de huir con uno de los dos brazos partidos por esos caminos tesálicos por donde antaño el Griego acostumbraba a acosar alegremente al Persa numeroso. En la isla de Creta, tan grata a Júpiter, horrores inenarrables, bajo la vigilancia pensativa y paternal de seis escuadras de Europa. En España bombas y ejecuciones. Y en fin, en este París, el día doloroso en que la

ciencia, bajo la forma de un cinematógrafo, quemó, llegándole su hora, en un vasto *auto de fe* a la Religión, representada por piadosas señoras que celebraban una fiesta de devoción y caridad católica...

Mas yo no sé, amigos míos, si estas desgracias realmente os interesan y os conmueven, porque la distancia actúa sobre la emoción exactamente como actúa sobre el sonido. La misma dura ley física rige desgraciadamente la acústica y la sensibilidad. Y siempre en ambas domina el idéntico y tan racional principio de las ondulaciones que van decreciendo a medida que se apartan del centro; —el sonido calla cuando ellas se detienen—: si traen un terror que venía terrible, el terror acaba cuando ellas acaban.

Bruscas, densas, temblorosas, rápidas en torno al choque que las produjo, esas ondulaciones no son más, en los horizontes remotos, que un vago y casi liso aletear que apenas se diferencia de la inercia. ¡Si no, ved! En Pekín, súbitamente, una tarde retumba un pavoroso trueno—y al mismo tiempo un rayo prende fuego en la túnica de un mandarín muy ilustre que muere quemado. Por todo Pekín la impresión es tremenda. Hasta el Emperador, el Hijo del Sol, en sus vastos jardines, se estremeció, aterrado con aquel imprevisto tronar de un cielo puro, y en las callejuelas más sórdidas los *coolies* más piojosos interrumpieron un momento su negro trabajo para lamentar con exclamaciones al mandarín muy ilus-

tre. Pero ¡ved ahí! a veinte o treinta leguas de Pekín, el terrorífico trueno apenas fué un rumor que se confundió con el rodar de las carrozas en las losas—y, cuando se contó en las tiendas locuaces de los barberos el desastre del mandarín, sólo algún obeso funcionario, con jabón en la barbilla, murmuró oficialmente algún ¡ah! desinteresado y blando...

Es que el sonido del trueno y la emoción del desastre vinieron traídos por ondulaciones, que a treinta leguas de Pekín, su centro vivo, ya se aquietaban, se inmovilizaban, morían. Y cuando aquí en Europa sabemos, por el telégrafo chismorrero, del mandarín y del trueno, ni nuestro oído siente el más tenue son, ni nuestro corazón la más tenue piedad. No ondularon hasta nosotros las ondulaciones acústicas y emotivas. Y con absoluta placidez murmuramos: «Hubo en Pekín una gran tormenta, y ¡tiene gracia! quedó carbonizado un mandarín.»

Pero entonces, esa confraternidad humana, por la sublime virtud de la cual nada de lo que es humano debe ser ajeno al hombre ¿no existe? ¡Oh, ciertamente que sí!... Pero para todo hombre, aun el más culto, la humanidad consiste esencialmente en aquella porción de hombres que residen en su barrio. Todos los demás, a medida que se alejan de ese centro privilegiado, se van gradualmente distanciando también en relación a su sentimiento, de suerte que a los más remotos ya casi no se les distingue de la

naturaleza inanimada. Cuando cualquiera de nosotros, en su quieto y salubre barrio, oyó contar que una furiosa peste mató a treinta mil patagonios, queda exactamente penetrado de aquella cantidad de compasión que le invadiría al saber que un huracán derribara treinta mil árboles de un bosque. ¡Y de un bosque muy lejano, de una región muy desconocida!... Porque si los árboles destruídos fuesen los de nuestro dulce Bosque de Bolonia, que nosotros amamos, tan adornados y verdes en Mayo, tan puramente vestidos de blanca nieve cuando el Invierno se hace elegante y fino,—nuestra pena tendría una intensidad más viva que con el aniquilamiento de esos vastos millares de patagonios.

Y esta limitación de la emoción deriva de leyes tan fatales que no se da solamente en las almas de caridad mezquina—sino también en las más tiernas y más amplias, en aquellas que parecen abrigar en su amplitud todo el padecer humano... El buen señor San Vicente de Paul, a quien el encuentro de una criatura temblando de frío en la esquina de una calle, arrancaba llantos desconsoladores que corrían mientras él corría con la criaturita solícitamente apretada en sus santos brazos, sólo daría un pálido y resignado suspiro cuando oyese que también en la Tartaria, en otras callejuelas glaciales, otras criaturitas tiritaban y lloraban—si es que a hombre tan ocupado con las miserias de Francia le quedaba

tiempo para suspirar con las miserias de Tartaria. Y tal vez hasta el muy divino San Francisco, el adorable pobrecito de Asís, hermano de todos los seres, y para quien los propios pajaritos de las vegas de Italia eran hermanos muy queridos, no sintiese su acostumbrada ternura, tan alborozada y activa, por los pobres de Noruega, y no se reconociese totalmente hermano de los pardalitos de Finlandia!...

La superior sabiduría de las naciones ya formuló esta ley en aquel su fino adagio: «Ojos que no ven, corazón que no siente.» *Para llorar es necesario ver.* El más pequeño dolor que delante de nosotros se produzca y delante de nosotros gima, pone en nuestra alma una conmiseración y en nuestra carne un estremecimiento que no le darían las más pavorosas catástrofes pasadas allá lejos, en otro tiempo o bajo otros cielos. Un hombre caído a un pozo en mi calle me sobresalta más ansiosamente que cien mineros sepultados en una mina de Siberia—y un carro aplastando la pata de un perro, enfrente de nuestra ventana, es un caso infinitamente más aflictivo que el de la heróica y adorable Juana d'Arc quemada en la Plaza Mayor de Rouen...

La distancia y el tiempo hacen de las más grandes tragedias ligeras noticias, donde ningún espíritu sano y bien equilibrado encuentra motivo de angustia o de llanto. Hoy seguramente nadie—a no ser algún elevado dignatario de la Iglesia o del Estado—

asistiría, con los ojos secos y el corazón tranquilo al suplicio de Juana d'Arc; pero ningún fisiólogo garantizaría la salud intelectual de un sujeto que, en la soledad de su alcoba, con las ventanas cerradas, se derritiese en lágrimas porque los ingleses habían ejecutado antaño a Juana d'Arc.

Entre tanto, observaréis, amigos, que ya repetidas veces, llorásteis, porque sois buenos, con dolores humanos, no sólo sucedidos lejos de vuestro barrio, sino fuera de vuestro siglo, y aún alguien me mostró como emblema irrecusable de la confraternidad humana, el pañuelo sentidamente humedecido en la víspera al escuchar los adioses de Luis XVI a sus hijos en la prisión del Temple y hasta por la antigua Inés de Castro balbuceando sus súplicas a los pies del antiguo Alfonso IV!...

¡Indudablemente! Y hasta muchas veces habréis sofocado generosos sollozos con miserias y tormentos de criaturas que sólo vivieron en el mundo aéreo de la Imaginación y del Sueño. Pero ¿cuándo y dónde fué cuando así os conmovísteis tan humanamente?... ¿Cuándo? ¿Dónde? En el teatro o en las páginas de una novela o quizá a través de los sinceros versos de un poema, cuando el arte, encarnando los seres dolorosos que concibió o resucitando con flagrante y magnífica realidad las figuras muertas de la historia, convierte durante un momento esas criaturas, no solamente en vuestras contemporáneas, sino

en vuestras vecinas, moradoras en el barrio en que moráis, respiradoras del aire que respiráis y pertenecientes, por lo tanto, a aquella porción de humanidad próxima y tangible, cuyos dolores se comparten porque confinan con los nuestros... Y después, tal sujeto que lloramiqueó en el fondo de su palco, asistiendo a la muerte de *La Dama de las Camelias*, fallecida por milésima vez, en su alcoba de lona y cartón piedra, se recogerá a casa y leerá en el periódico, con absoluta indiferencia, masticando la tostada, que doscientas mujeres, con sus hijitos en los brazos, murieron ahogadas en un naufragio, lejos, en los mares de la Indochina!... Sí, amigos, ¡esas doscientas madres ahogadas seguramente os serían extrañas y como no existentes! ¡Si hubiesen naufragado en los mares de las Azores, ya sin duda noticia tan patética, os arrancaría algún vago murmullo de simpatía!... Pero si ellas hubiesen perecido, ellas y los pobres hijitos, en la bahía de Río de Janeiro ¡qué incomparable catástrofe y cómo correríais por las calles, pálidos y llenos de espanto!...

¿Qué digo? Para conmoveros ni serían necesarias doscientas desgraciadas,—¡bastaría que naufragasen dos, si las conocíais de nombre y de vista!... Porque según la cruel ley física que regula los fenómenos de la emoción, un empleado de la Aduana que cayó de la borda de un barco y desapareció en la bahía de Río de Janeiro, vale, para el habitante de Río, por

mil pescadores despedazados sobre las rocas en las costas de Islandia!...

¡Ah, esta abominable influencia de la distancia sobre nuestro imperfecto corazón!...

Bien recuerdo una noche en que en una villa de Portugal, una señora leía, a la luz del quinqué, que doraba más radiantemente sus cabellos ya dorados, un periódico de la tarde. En torno de la mesa, otras señoras cosían.

Esparcidos por las sillas y en el diván, tres o cuatro hombres fumaban, en la dulce indolencia de la tibia noche de Mayo. Y por las ventanas abiertas sobre el jardín entraba, con el susurro de las fuentes, el aroma de los rosales. En el periódico que el criado había traído y ella nos leía, abundaban las calamidades. Era una de esas semanas en que, por la violencia de la naturaleza y por la cólera de los hombres, se desencadena el mal sobre la tierra...

Ella leía las catástrofes, lentamente, con la serenidad que tan bien cuadraba a su sereno y puro perfil latino. «En la isla de Java un terremoto destruyó veinte aldeas, mató dos mil personas...» Las agujas atentas picaban las telas ligeras; el humo de los cigarros giraba dulcemente en el aire manso;—y nadie comentó, ni siquiera se interesó por la inmensa desventura de Java. ¡Java es tan remota, tan vaga en el mapa!... Después, más cerca, en Hungría, «un río se había desbordado, destruyendo villas, mieses y gana-

dos...» Alguien murmuró a través de un lánguido bostezo: «¡Qué desgracia!...» La delicada señora continuaba, sin curiosidad, muy tranquila, aureolada de oro por la luz... «En Bélgica, una huelga desesperada de obreros que las tropas habían atacado; hubo entre los muertos cuatro mujeres, dos criaturas...» Entonces, aquí y allá, en la abrigada sala, voces ya más interesadas exclamaron blandamente: «¡Qué horror!... ¡Estas huelgas!... ¡Pobre gente!...» De nuevo el aliento suave, venido de entre las rosas, nos envolvió, mientras nuestra rubia amiga recorría el periódico, poblado de desgracias. Y ella misma tuvo entonces un ¡oh! de dolorida sorpresa. «En el Sur de Francia, junto a la frontera, un tren descarrilado causó tres muertos y once heridos...» Una corta emoción, ya sentida, ya sincera, pasó a través de nosotros ante aquella desgracia casi próxima, en la frontera de nuestra Península, en un tren que desciende a Portugal, donde viajan portugueses... Todos lo lamentamos, con expresiones ya más vivas, extendidos en las poltronas, disfrutando de nuestra seguridad.

La lectora, tan llena de gracia, dobló la página del periódico doloroso y buscó en otra columna, con una sonrisa que le brotaba clara y serena... Y de repente, suelta un grito, lleva las manos a la cabeza:

—¡Santo Dios!...

Todos nos levantamos en un sobresalto. Y ella, con espanto, que balbucea:

—Fué Luisa Carneiro, la de Bella Vista... Esta mañana... Se dislocó un pie...

Entonces la sala entera se alborotó en un tumulto de sorpresa y disgusto.

Las señoras arrojaron la costura; los hombres olvidaron cigarros y poltronas, y todos se ponían de bruces, releían la noticia en el periódico amargo, se empapaban del dolor que exhalaba... ¡Luisina Carneiro! ¡Dislocarse un pie!... Ya un criado había corrido furiosamente hacia Bella Vista, a buscar noticias, porque estábamos anhelantes. Sobre la mesa, abierto, herido por la amplia luz, el periódico parecía todo negro, con aquella noticia que lo henchía todo y lo oscurecía.

Dos mil javaneses sepultados en un terremoto; Hungría inundada; soldados matando criaturas; un tren destrozado en un puente; hambres, pestes y guerras—todo había desaparecido; era sombra ligera y remota. Pero el pie dislocado de Luisa Carneiro abrumaba nuestros corazones. ¡Caramba! Todos nosotros conocíamos a Luisa, que moraba allí abajo, en el comienzo de Bella Vista, en aquella casa donde una gran mimosa sobresalía del muro, dando a la calle sombra y perfume.

FIN

INDICE

Ptas.

MÁXIMO GORKY

El sentido de la vida (novela)........... 4,00

G. APOLLINAIRE

El poeta asesinado...... 4,00

OBRAS DE OSCAR WILDE

I.—El crimen de lord Arturo Savile (novelas). 4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)...... 4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)......... 4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas)........ 4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro).......... 4,00
Intenciones........... 4,00

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

Una campaña alegre.... 4,00
San Onofre......... 4,00
San Cristóbal....... 4,00
Cartas de Inglaterra.... 4,00
El misterio de la carretera de Cintra......... 5,00
Notas contemporáneas.. 5,00
Ecos de París........ 4,00
Cartas familiares y billetes de París........ 4,00
Prosas bárbaras....... 4,00

OBRAS DE REMY DE GOURMONT

Colores (cuentos eróticos)............ 4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)..... 4,00
El sueño de una mujer (novela)......... 4,00
El peregrino del silencio. 4,00
Historias mágicas...... 4,00

NOVELAS DE RAFAEL LÓPEZ DE HARO

¿Y después?........ 5,00
Ante el Cristo de Limpias. 5,00
¡Pero el amor se va!.... 5,00
Fuego en las entrañas... 5,00
Entre todas las mujeres. 5,00
La Venus miente...... 5,00
Las sensaciones de Julia. 5,00
Todos los amores..... 5,00
Un hombre solo...... 5,00

Ptas.

NOVELAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

La viuda blanca y negra. 4,00
El secreto del Acueducto. 4,00

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY

El amor imposible..... 4,00
Las diabólicas........ 4,00
Una historia sin nombre. 4,00

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos)............. 10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos...... 10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente........... 10,00
IV.—Psicoanálisis..... 10,00
V.—Interpretación de los sueños.......... 10,00
VI.—Psicología de las masas........... 10,00

COLECCIÓN LITERARIA

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

Espíritu ambulante..... 4,00

EUGENIO NOEL

Piel de España....... 4,00

JOAQUÍN BELDA

La Pregunta de Pilatos (2.ª edición)....... 4,00

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

La Madrecita (novela)... 4,00

JOSÉ E. RODO

Páginas escogidas..... 4,00

JULIO CAMBA

Un año en el otro mundo (2.ª edición)....... 4,00

J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)

Hombres, hombrecillos y animales......... 4,00

CRISTÓBAL DE CASTRO

Las mujeres (2.ª edición). 4,00

	Ptas.
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario	4,00
GABRIEL ALOMAR	
Verva	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso	4,00
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela)	4,00
E. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Santa Coloma (novela)	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas)	4,00
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,00
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. Diario de un testigo	4,00
A. HERNÁNDEZ CATÁ	
Los siete pecados (cuentos)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela)	4,00
MARIA ENRIQUETA	
Sorpresas de la vida (cuentos)	4,00
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas)	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrine (novela)	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00

COLECCIÓN HISTÓRICA

	Ptas.
J. GARCÍA MERCADAL	
España vista por los extranjeros (3 tomos)	12,00
RICARDO FUENTE	
Reyes, favoritas y validos	4,00
E. GONZÁLEZ-BLANCO	
Historia del periodismo	4,00
CARLOS PEREIRA	
La obra de España en América	4,00
E. RODRÍGUEZ SOLÍS	
Historia de la prostitución	5,00
P. OTERO Y SÁNCHEZ	
España, patria de Colón	4,00

COLECCIÓN POLÍTICA

	Ptas.
ANTONIO MAURA	
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos)	8,00
ALBERTO MOUSET	
La política exterior de España	3,50
ALVARO DE ALBORNOZ	
El partido republicano	3,50
JUAN JOSÉ MORATO	
El partido socialista	3,50
M. MORENO RECIO	
Los partidos políticos europeos	4,50
ENRIQUE FAJARDO (FABIAN VIDAL)	
Crónicas de la Gran Guerra	6,00

IDEARIO ESPAÑOL

Colección interesantísima de tomos, en los que están reunidas y ordenadas por materias las ideas expuestas a través de sus obras por las más grandes figuras del pensamiento español.

	Ptas.
Ideario de Larra (Prólogo de Gabriel Alomar)	5,00

	Ptas.
Ideario de Costa (Prólogo de Luis de Zulueta)	5,00
Ideario de Ganivet (Prólogo de Cristóbal de Castro)	5,00

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

	Ptas.
I.—Perlas Negras. Místicas	4,00
II.—Poemas	4,00
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas	4,00
IV.—El éxodo y las flores del camino	4,00
V.—Almas que pasan	4,00
VI.—Pascual Aguilera. El donador de almas	4,00
VII.—Los jardines interiores. En voz baja	4,00
VIII.—Juana de Asbaje	4,00
IX.—Ellos	4,00
X.—Mis filosofías	4,00
XI.—Serenidad	4,00
XII.—La amada inmóvil	4,00
XIII. El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido	4,00
XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira	4,00
XV.—Elevación	4,00
XVI.—Los balcones	4,50
XVII.—Plenitud	4,50
XVIII.—El estanque de los lotos	4,50
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal	4,50
XX.—Cuentos misteriosos	4,50
XXI.—Algunos	4,50
XXII.—La lengua y la literatura (1.ª parte)	4,50
XXIII.—La lengua y la literatura (2.ª parte)	4,50
XXIV.—En torno a la guerra	4,50
XXV.—Crónicas	4,50
XXVI.—Ensayos	4,50
XXVII.—El arquero divino	4,50
XXVIII.—Conferencias. Discursos. Misceláneas	4,50

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernados. Precio de cada ejemplar, 35,00 *pesetas.*

LA «BIBLIOTECA NUEVA» TIENE EN PRENSA Y EN PREPARACION OTRAS MUCHAS E INTERESANTES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

B

C





4 PESETAS

